

VIAJE POR LA JUVENTUD

LUCHO ABARCA

Y

JUAN E. FORCH

NOSOTROS
LOS
CHILENOS

COLECCION NOSOTROS LOS CHILENOS



VIAJE
POR LA
JUVENTUD

LUCHO ABARCA Y JUAN E. FORCH.

PORTADA: FOTOCOLOR DE
JUAN DOMINGO MARINELLO



INTRODUCCION

Este es decididamente un libro. Y los libros tienen, antes que nada, un prólogo, introducción o prefacio, como ustedes saben. Por lo tanto, a nuestro libro no podía faltarle una cuestión tan importante. Con mayor razón cuando nosotros, sus autores, nos hemos preocupado muy seria y metódicamente de que contenga todos esos elementos que tienen los libros de verdad.

Y como estas introducciones y prólogos para lo único que sirven es para explicar de qué trata lo que viene más adelante, y también para ir agarrando confianza, ahora vamos a tirarnos de un viaje al agua.

La verdad es que en estos días la vida anda un poco tensa, arremolinada y dislocada. Tenemos que andar corriendo para que el mundo no se nos pase por el lado. Hay que ponerse, ya no al día, sino a la hora, a cada rato. Las cuestiones suceden así, de repente.

Y bueno, años más adelante, algunos van a plantearse la pregunta: "¿Y los jóvenes. . . qué hacían durante aquellos inquietos días?" La respuesta tratamos de entregarla en estas páginas. Porque, justo es reconocerlo, los muchachos también están participando en la chuchoca. Si les tiran a los chincoles o si les tiran a los jotes, o para qué equipo están jugando, ése es ya otro problema. Si no hubiera gustos no se venderían las telas y no habría carreras de caballos, decía un viejo, amigo nuestro. Y si no hubiera intereses de por medio, no existirían los usureros. . .

De todo esto trata este libro. Claro que no vamos a decir que aquí están representados todos los jóvenes chilenos, porque seríamos más mentirosos que el diablo. Tampoco vaya a creerse que se trata de algo muy profundo o difícil. Nada de eso. Es sólo lo que observamos un par de jóvenes que estamos en el baile y que hemos tratado de retratar, un poco, cómo está viviendo nuestra generación, la que viene un poco más abajo y la que pasó no hace muchos días.

En síntesis, mostrar a los jóvenes, con pinceladas rápidas y a la diablo, sin mucha ciencia de por medio. Un poco en lo informativo, un poco en lo anecdótico, un poco en lo descriptivo. Tal cual nosotros vemos a los demás gallos jóvenes que la sufren, la luchan, la gozan, la sudan o se matan en algún lugar de Chile.

I EN UN VERANO, DOS MUNDOS...

Una noche
de veraneo, en Viña.



El "Topsi-Topsi" queda en la parte alta de Reñaca, el sector más jai de la ciudad más jai del país. Imposible llegar si uno no tiene auto, o, en su defecto, si uno no toma un taxi, que le cobrará 60 lucas desde la plaza de Viña. Al llegar, la afamada discothèque no impresiona en absoluto. Desde la calle de acceso, apenas se distingue una cabaña-bungalow de construcción modernísima. Piedra, madera y vidrio. Sin embargo, mirando desde la playa, el edificio es imponente. Construido en la empinada ladera de una colina, los inmensos ventanales realzan la arrogancia de sus cinco pisos.

Muchos jóvenes merodean por los alrededores. Celosos guardianes cuidan la entrada. "Aquí no admitimos marihuaneros ni pelientes", nos dice uno de los porteros. Adentro, todo es penumbra, rota a veces por luces que relampaguean o destellan intermitentemente. Música, colores y formas caprichosas. La arquitectura del local denota un gusto casi obsesivo por lo irregular, por lo caprichoso. El ambiente es doble. Por un lado, es tenso, casi neurótico por la música sicodélica que sale, ensordecedora, de los grandes amplificadores. Por otro lado, la semioscuridad, las luces rojas, ana-



Noche de verano
en el Topsi.

ranjadas, azules y amarillas dan al ambiente cierta tibieza, cierta blandura amodorrante que llama al relajo, a la laxitud.

Estamos en el piso de arriba. Hacia abajo, hay otros cuatros pisos comunicados entre sí por cinco insólitas vías: una escalera de caracol de fierro forjado, tipo colonial; un ascensor de comienzos de siglo, que parece jaula; un juego de tres toboganes, bastante empinados; un fierro para tirarse abrazado, sólo para tipos intrépidos, y una gran rueda que, al girar lentamente, deposita a los apoltronados viajeros en el piso del año que les pidan.

A medida que vamos bajando, las maravillas van aumentando hasta el paroxismo. Pistas de baile de madera y vidrio en formas caprichosas limitan con jardines y espejos de agua donde flotan plantas acuáticas. Macetas con flores, fuentes multicolores y estatuas de querubines... en pelota. (¡¡Míralo, qué tierno, qué tulita más amorosaaa!!...)

En las paredes, una infinidad increíble de recursos estéticos. Aquí unos retratos grises y antiquísimos de Valentino, Chaplin y la Greta Garbo. Más allá, en vidrio, un dibujo moderno que representa una persecución policiaco-gangsteril, en una explosión muy lujuriosa de colores y gestos de criminalidad viscosa.

En los rincones hay cortinajes que se asemejan a los lechones nupciales del siglo XVIII. Lámparas orientales de un lujo que aplasta. En





el cielo raso, vigas de madera quemada alternan con sedas, tulés y otros huaipes. Allá hay un jardín colgante: de unas mohosas y gruesas cadenas penden repisas de madera labrada que sostienen maceteros con plantas tropicales de interiores. Pasillos tortuosos y oscuros desembocan en misteriosas salitas privadas sumidas en penumbras. Hay parejas en su interior.

Cabros muy decorativos



En las pistas, un par de docenas de muchachos bailan sincopadamente discos de Joe Cocker, The Doors, Cleadence Clearwater Revival, Mitch Rider and the Detroit Wheels y otros aborígenes. Son todos pellejitos finos, sonrosados y lánguidos. Las niñas, pelo largo y sedoso. Cintillos apaches en las frentes y campanillas en los cogotes. Jeans con tiras de gamuza apretando las rodillas. Mangas cortas encima de mangas largas. Quimonos, cinturones con gruesos argollones. Pantalones ajustadísimos como una segunda piel, debajo de los cuales no llevan ropa interior. Y anillos, pulseras, collares y colgajos surtidos.

Los cabros, abrigos negros tipo frac encima de blue jeans y zapatillas de tenis. Casacas de cuero negro sobre poleras "Texas University". Gargantillas de gamuza, parkas impermeables finísimas llenas de cierres éclairs, chombas a rayas verticales encima de camisas a rayas horizon-

tales. Formalmente, el baile es entre dos, pero en la pista los muchachos se mueven concentrada y aburridamente en una especie de introspección gimnástica. Sus compañeros o compañeras de baile no tienen ninguna importancia. Igual bailarían solos. Son movimientos de autocomplacencia, de seducción de sí mismos.

Un par de parejas llaman la atención, principalmente por su facha estridente y por la belleza de las niñas.

—Oye, somos periodistas..., ¿qué tal si conversamos?

Nos siguen silenciosamente. Después vamos a saber que tienen 14, 15, 16 y 18 años. Las niñas son bellísimas. Morenas, esbeltas, ojos claros.



Las "Correas", mis amigas

—¿Cómo se llaman?

—Luis Franke. (16 años).

—Patricio... (18)

—¿Patricio... cuánto?

—¡¡Patricio no más!!

—Aaahh... ¿eres hermano de la María
no más...?

—Magdalena Correa. (14)

—Claudia Correa. (15)

—¿Son hermanas?... .

—Sí.

—Tu papá ¿en qué trabaja?





Magdalena Cerrea,
Luis Franke
y un pellizco
de reportero.

—Es industrial, tiene fábrica.

—¿Fábrica de "correas"?

—No, de persianas.

—¿Dónde viven?

—Nosotros, en Reñaca. Ellos, en Viña.

El diálogo es cortante. Las fotos, disparadas de todos los ángulos, contribuyen a ponerlos tensos. Ellas parecen intrigadas e interesadas, pero permanecen a la defensiva. Los cabros dan la impresión de que participan en la conversación a la fuerza. Preferirían seguir bailando. O estar lejos.

—¿Vienen seguido?

—Todos los sábados. Aquí lo pasamos descueve.

—Aquí hay buen ambiente, sabís.

—A veces se pone medio penca, cuando llega mucho viejo.

—¿Es tan importante venir todos los sábados?

—Mira, el sábado es el único día fuera de lo común.

—Es una manera de cortar la monotonía de la semana. . .



"La aventura"

Son sinceros y no ocultan nada. Es cierto. La gran mayoría de la juventud burguesa que asiste al "Topsi-Topsi" va a vivir la Gran Aventura. Por unas horas consiguen romper el aburrimiento de una existencia ociosa, gris, sin horizontes. Lo notamos en las actitudes de la mayoría de ellos. En aquella niña que baila en una isla de cemento de menos de un metro cuadrado de superficie, ubicada en medio de un espejo de agua de regular profundidad. Ella piensa, sueña, le causa terror y placer la perspectiva de caerse al agua. El lunes llegará a la escuela y, con gritos de placer, contará a sus compañeras que le faltó poquito para precipitarse a un lago infestado de caimanes, tiburones y pirañas.

—*¿Han pensado que esto es demasiado exclusivo, que otros jóvenes no podrían venir aunque quisieran?*

—¡Lógico! Y así debe ser, porque se selecciona el ambiente.

—Aquí los pelientos no entran porque cobran caro.

—Yo me cacho a un peliento de lejos. Y no es cuestión de cómo se vista sino de estilo, ¿entendís?

—A mí me carga que los pelientos nos traten de imitar. Se ven grotescos.

—*¿Tú crees que los que vienen aquí sean todos igual que ustedes?*

—Claro. Somos egoístas ¿y qué? La vida hay que disfrutarla.

—Si yo estoy bien... ¿para qué me voy a ocupar de los demás?

—*¡Aguántale..., es que también existe otra juventud! ¿Qué opinan ustedes, por ejemplo, de esos jóvenes que estudian, trabajan y ayudan a los suyos al mismo tiempo? Aquellos que abrazan un ideal, se comprometen con el pueblo.*

—Bueno, esos gallos son felices a su manera.

—Está bien que se esfuercen por salir de su pobreza. (¡¡¡¿¿??!!!)

—A mí esas cuestiones no me interesan.

—*¿Serías capaz de sacrificarte por los demás, dar algo?*

—Mira, se pueden hacer cosas... Juntar ropas pa los pobres, cosas así.

—No, yo no. Estoy bien así. ¿Sabís que más?... Yo soy más feliz que la recresta.

—*¿Y qué hacen ustedes... aparte de divertirse más que la recresta?*

—Ellos tres estudian. A mí me echaron hace un mes de las monjas.

—*¿Dónde estudiabas y por qué te echaron?*

—En las Monjas Francesas, de aquí de Viña. Me echaron por escribir güevadas en los baños. Escribí "Viva Silo".

—*¿Ah, admiras a Silo?*



El
"topsi-style"
en todo
su esplendor.

—¡No! Es un güevón y los que lo siguen son más todavía.

—¿Y por qué escribiste eso, entonces?

—Por molestar. También puse "Monjas güevonas".

—¿Eres rebelde?

—No. Soy feliz, muy feliz.

—¿Has pensado alguna vez cómo habría sido tu vida si hubieras nacido pobre?

—No. Nunca me lo he imaginado.

—Yo he tenido amigos pobres, proletas como tú los llamas. Son mejores que nosotros, son más generosos, dan más.

—Es cierto, nosotros somos más egoístas.

—Oye, bueno..., ¿y por qué nos hacis esas preguntas? ¿Periodistas de dónde son ustedes? A mí me carga la política.

Por primera vez son ellas las que preguntan. Nos quedan mirando fijamente. Los cabros parecen choreados y demuestran ganas de irse. Magdalena se fija en cada palabra que anota y parece intrigada. De repente parece tener una inspiración:

—A mí me cargan los comunistas.

—¿Por qué?

—Porque me cargan y punto. Son odiosos, no los soporto.

—¿Conoces tú algún comunista?

—No sé... , no creo... ¡Ustedes como que me tinca que lo son!... Total, no importa nada... Me da lo mismo...

Mientras
tanto,
en otro
lugar.

—¿Desean agregar algo que no les haya-
mos preguntado?...

—Claro. Mira, decirte que a mí, personal-
te, me encantó responderte y ayudarte con tu
reportaje. Me fascina pensar que voy a salir en
tu libro.

—¡A pesar de que al principio tratamos de
agarrarte pal güeveo!, ¿entendís?

Nos despedimos formalmente, con un apre-
tón de manos y una sonrisa afectuosa. Se me-
ten en la pista nuevamente, vuelven a su mun-
do. Son casi las dos de la mañana y el "Topsi"
está lleno de buque en buque. Mientras sali-
mos, me sorprende el primer disco en castella-
no de toda la noche. Es un disco extraño, es-
peso, ondulante.

"Tengo un algo adentro... que se llama
el coso,

es tan peligroso... pensar en el coso...
coso... coso... goloso."

Los muchachos bailan con especial deleite.
Se retuercen con frenesí, moviendo exagerada-
mente las caderas. Con esa música en los oí-
dos y con esa visión, salimos a la fría noche de
Viña. Traemos un extraño malestar. Tomamos
los últimos apuntes y comenzamos a pensar en
la mejor manera de describir todo aquello que
empezamos a dejar atrás.





Un día de "vacaciones" en el Cañón del Maipo

Permanecíamos tensos a la espera. Allá arriba, en el cerro, la mecha se quemaba a razón de un centímetro cada dos segundos. En cualquier momento estallaría la carga de más de 6 toneladas de explosivos. Un terremoto grado nueve remecería la tierra por algunos instantes en varios kilómetros a la redonda.

El sol caía rápido y las sombras escalaban aceleradamente las escarpadas laderas de las montañas. Hacía un poco de frío a esa hora, las seis y media de la tarde, allá en el Cañón del Maipo, a 3.000 metros sobre el nivel del mar, 15 kilómetros más arriba de los Baños Morales.

Un poco rato antes, el compresor que bombeaba aire fresco hacia el interior del socavón había dejado de trabajar. Recién entonces advertimos el silencio impresionante de esas soledades. Y ese silencio era ahora más tangible, más apremiante que nunca, mientras los cincuenta pares de ojos miraban expectantes y ansiosos hacia el cerro, donde el estallido monstruoso derrumbaría una ladera completa.



Donde las águilas se atreven

De Puente Alto hacia arriba, el camino, la línea del tren de trocha angosta y el río Maipo

son tres cintas aproximadamente paralelas que serpentean entre el angosto desfiladero. El paisaje es agreste, de una belleza indómita, aire puro, perfumado, seco.

El barroso caudal del Maipo y sus afluentes —el Colorado, el Yeso y el Volcán— baja tempestuoso y rapidísimo. A veces ruge al fondo de profundas gargantas y se precipita a trechos en pequeñas cascadas. En otros se desliza más tranquilamente por amplios cauces, orillado por riberas de piedras redondas y pulidas.

Al llegar a la planta "Los Queltehues", el camino abandona el río Maipo y sigue por el desfiladero del río Volcán. Atrás van quedando el pueblecito del mismo nombre y las famosas termas, Baños Morales.

Por fin, en un terreno parejo y pedregoso, donde el río canturrea, aparecen dos refugios de gruesas paredes blanquecinas. Flanquean el lecho del río cadenas de cerros gigantescos. Los montes del lado derecho tienen un aspecto oscuro y amenazante. Sus cimas deben sobrepasar las 5.000 metros. Inmensas moles penden casi perpendicularmente sobre el pequeño campamento. Pensamos en un rodado o un terremoto y un escalofrío nos recorre la espalda.

A la izquierda, el monte tiene una pendiente más suave. En sus laderas plomizas se advierten canteras, caminos y socavones. Huellas de trabajo humano. Tras dos horas de camino desde Puente Alto, hemos llegado al lugar



El pelo
largo y
también
algo más

donde se realiza la gran aventura: la mina de yeso de la Compañía Volcanita.

Es mediodía. Nuestros vehículos se estacionan ante la mirada curiosa de varios trabajadores. Sorprende la juventud de muchos de ellos. Más bien son unos lolos, de pelo largo y facciones finas. Como que no encajan con el prototipo del minero que tenemos. Nos saludan cordialmente. Poco después, una información pone las cosas en su lugar. Los adolescentes son estudiantes de Puente Alto y Santiago, 19 en total, que están colaborando con trabajo voluntario.



El túnel

En la ladera, un túnel de 1,30 metro de diámetro se hunde en las entrañas del monte. Los hombres entran y salen como insectos en un hormiguero. Algunos cargan, en carretillas de mano, peñascos de varios kilos. Luego los grandes trozos son transportados hacia el interior por una cadena humana; los cabros recogen y entregan con precisión los bloques de piedra: "¡El uno... , el dos... , el tres... , el cuatro... !"

Pido autorización para interrumpir el durísimo trabajo y nos internamos por el estrecho pasadizo. Caminando agachados y a tientas en la oscuridad, vamos tropezando con los compañeros. 10 metros, 20 metros, 30 metros. Distinguimos la luz roja de una linterna de mano y por fin llegamos al fondo.

En el suelo, 15 centímetros de agua. En





las paredes, un barro plumizo, fino y gredoso lo inunda todo. El ambiente es pesado y enervante. Hace un calor húmedo que agobia, que oprime el pecho y acelera las pulsaciones. La atmósfera está impregnada del olor característicos de la dinamita. Un olor dulzón que a ratos produce un dolor de cabeza espantoso.

El túnel tiene forma de T. Cuarenta metros de profundidad y dos brazos perpendiculares de 20 metros hacia ambos lados. En los extremos, repartida en partes iguales, la mortífera carga explosiva, compuesta de 400 cartuchos de dinamita y 6 toneladas de nitrato de amonio, conectadas entre sí por 100 metros de guía tronante "Primacord". En la boca del túnel, unido a la guía explosiva, un fulminante y 2 metros de guía negra. En unos pocos minutos más... un fosforito, seis minutos para arrancar a perderse, un estampido formidable... y 600.000 toneladas de material que volarán por el espacio.

Salimos al aire y al sol con gran alivio. Los muchachos reinician su pega. Salvo su aspecto juvenil y sus rostros de niños vivaces, no son tan diferentes a los hirsutos mineros. Trabajan silenciosamente y con los dientes apretados. Están empapados de transpiración los rostros curtidos por el sol y el aire de la cordillera.

Al rato salen a descansar.

Adolfo Castillo, de 19 años, es presidente

de la Federación de Estudiantes Secundarios de Puente Alto (FESPA). Moreno, macizo, de rostro "achinado" y sonriente.

—Esta mina pertenece a la Compañía Volcanita, que está intervenida por el Gobierno. O sea, está dirigida por sus propios trabajadores. Nosotros supimos que aquí se necesitaban brazos y buena voluntad. ¡Y aquí estamos! Ahora estamos terminando de rellenar el túnel con piedras y arena, para aprovechar al máximo la potencia del estallido. La cuadrilla entera tiene un compromiso de honor: la voladura del cerro debe ser realizada hoy.



Todo listo, todo dispuesto

A las seis de la tarde el túnel fue bloqueado totalmente. El compresor y las herramientas fueron retirados. Entonces se hizo un gran silencio en la montaña. Poco a poco la gente se fue replegando hacia el campamento, allá abajo, a 500 metros. El impacto lanzaría una lluvia de rocas de gran tamaño a cientos de metros de distancia. De los refugios empezaron a salir mujeres y niños, familiares de los mineros, a presenciar el Gran Espectáculo.

Arriba, a más de 4.000 metros, la montaña negra se elevaba, ominosa y amenazante. ¿Y si el movimiento de tierra desprende todo el farrellón rocoso, y se nos cae encima y nos aplasta a todos?

La presencia a nuestro lado de un par de

Juan Carlos Bolbarán,
estudiante de Puente Alto.





trabajadores nos devuelve la tranquilidad y la confianza. Uno es un joven de bototos, medias de lana encima del pantalón, barba cerrada y renegrida. Es Edgardo Latorre, estudiante de Matemáticas de la Universidad Técnica y jefe de la brigada.

—Mira, compañero, tú sabes que los trabajos voluntarios de este año están concebidos para elevar la producción. Pues bien, esta mina sólo trabaja cuatro meses al año. Desde marzo adelante, el frío y la nieve —que en invierno alcanza a 7 metros de altura— la aíslan del mundo. Por lo tanto, para no paralizar la industria, que necesita 100 mil toneladas de materia prima al año, es preciso entraer y transportar el máximo de material en estos meses de verano. Se trata de hacer un acopio de materia prima allá abajo.

—¿Y... qué tal ha funcionado la brigada?

Es el otro trabajador el que contesta. Un hombre maduro, de rostro atezado, barba canosa, mirada inteligente y serena. Su nombre, Julio Moreno Ortega.

—Yo soy muy derecho para mis cosas. No le voy a decir jamás una cosa por otra ni voy a mentir para agradar a nadie. Cuando estos niños llegaron todos estábamos un poco desconfiados. Creíamos que venían a gastar sus energías de verano. Como aquí la cosa es seria, entre hombres, les pusimos una tarea bastante pesada. Levantada a las seis de la mañana, desayuno. A las siete, comienza la pega. De siete

¿Mi nombre?

¡Qué importa!

a doce, de una a seis. Se les exigirían rendimiento, disciplina y seriedad... Y han cumplido a carta cabal, ¿sabe? Por ejemplo, lo que hicieron hoy no es un trabajo de cabritos, es pega de hombres maduros. Sin embargo, creo que esto les va a servir mucho para su formación.



El chancacazo

A las seis y veinticinco de la tarde la mecha fue encendida. En un jeep, los hombres se alejaron rápidamente. Abajo, todos permanecíamos tensos. Un leve cosquilleo de nerviosismo nos recorría de arriba abajo todas las presas de nuestro cuerpo. El fuego de la mecha se aproximaba inexorablemente al fulminante.

Y de repente la tierra se estremeció. Un golpe seco nos sacudió, la tierra temblaba, parecía encabritarse y ondular. Un trueno sordo y horrible estalló entre los montes. Y allá arriba, en el cerro blanco, la tierra pareció hervir. Miles de toneladas de roca saltaron, se abrieron, se desintegraron, se desmoronaron y cayeron cerro abajo. Una nube de polvo lo cubrió todo, como un gran hongo, mientras el eco del estampido era llevado y traído por entre las cadenas de montes, retumbando hacia el valle.

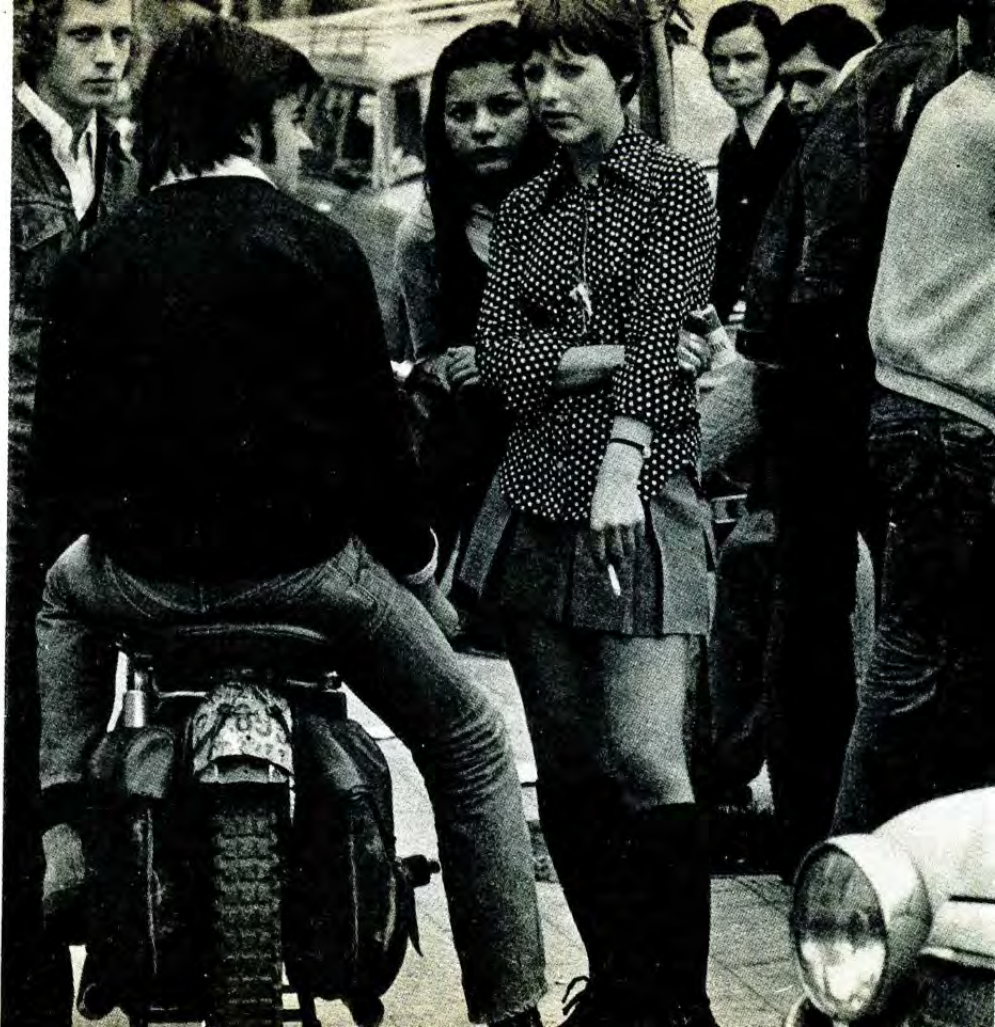
Había sido una tronadura perfecta. Después de la inspección, felicitaciones, abrazos y sonrisas. El yeso estaba allí, listo para ser transportado y procesado. Para ser convertido en material aislante, en planchas de volcanita, en paredes divisorias, en cielos rasos, en viviendas populares.





Seis
toneladas
de explosivo
acechan

Un nuevo
deporte
aplanar
calles
sin impulso



Un alto en el camino



El viaje recién comienza y ya empieza a enredarse el moño. No está de más, entonces, lanzar algunas dudas. ¿Por qué existen estos tipos de adolescentes tan distintos? Entre los jóvenes del "Topsi" y los de El Volcán no hay más similitud, aparentemente, que su edad. Salta a la vista que su vida, ideales, costumbres, gestos, vocabulario, ropas e incluso aspecto físico, son diametralmente opuestos. Mientras los unos durante el veraneo pasan todo el día tendidos en una playa, y en la noche bailan hasta las seis de la mañana, los otros están en plena cordillera, a esa misma hora, levantándose para ir a hacerle empeño en el oscuro y deprimente socavón de una mina.

¿Qué los hace tan diferentes que mientras unos exhiben como trofeos sus pinches de verano, otros muestran con orgullo los callos que se ganaron trabajando? ¿Es todo esto un reflejo de lo que sucede actualmente en el mundo y, con fuerza aun mayor, en América Latina? Porque, querámoslo reconocer o no, en nuestras sociedades existen conglomerados humanos que algunos llamamos clases sociales y otros denominan "sectores de ingresos per cápita diferenciados". El asunto es que, llamémosle como queramos llamarle, aquello está determinando que gente que habita un mismo país, hace ya mucho tiempo, constituya mundos separados. Y viven en barrios distintos, asisten a escuelas

distintas, comen, se movilizan, trabajan, se entretienen en forma diferente. Y etc., etc., etc.

Entonces, reconocemos que el naipe viene barajado con pillullo desde que uno nace. No hay que olvidar que nuestros primeros héroes viven en Reñaca y los otros en Puente Alto. De aquí que uno comprende que para poder disfrutar de un veraneo guata al sol hay que tener billete, así como para resistir una temporada completa con el sol en el lomo hay que tener espíritu.

En todo caso todo esto no es una novedad y ya ha sido comprobado hasta la saciedad por las Ciencias Sociales. El asunto es que ahora vamos a hablar de todos aquellos jóvenes que se doran la guata y otras presas en los balnearios de moda, y otras formas similares de masoquismo.

Claro que capaz que más de alguno diga: "¡Pucha los gallos pa sectarios!" Pero si miramos bien, el asunto no es tan gratuito o tan arbitrario. Conversando una vez con Juan Manuel Serrat, una periodista aguachenta le hizo la típica pregunta idiota: "¡Ay Juan Manuel, dime... ¿qué opinas de la juventud chilena?" El catalán le respondió con aspereza: "¡Puez, que la juventud no se divide por nazionalidad, anda! ¡Ze divide por clazez zozialezzz!..." Y tenía razón. Un adolescente burgués nacional es diez mil veces más parecido a un hijo de familia media norteamericana que a un joven proletario chileno. Sus creencias y valores forman un mundo aparte, distinto y curioso.

II LA RESPLANDECIENTE OCIOSIDAD

En las sociedades dependientes, las normas y pautas culturales son dictadas desde las metrópolis. En nuestro caso, y en lo que se refiere a las clases y capas sociales enfermas de “*extranjeritis aguda*”, los que dan la línea son EE.UU., Inglaterra, Francia y otros próceres. Y dentro del país colonizado, los usos y costumbres de esa masa penetrada los dicta la clase dominante. Y como la clase dominante es la más permeable a esta invasión extranjerizante, así tenemos que nuestros lolitos son un increíble eslabón que permite, por ejemplo, que de repente se observen portentos tales como una robusta y morena descendiente de Arauco cantando a lo Sinatra: “Estrenyers in de nait... du-bi-dubi-duuu...”

Es claro que, por el fortalecimiento de la ideología del proletariado, cada vez es menor la acogida que esta dependencia en dos pasos encuentra en los sectores populares. Prueba de ello es que la más nefasta revista juvenil de todos los tiempos, y que hace cinco o seis años alcanzó un tiraje de 180 mil ejemplares, ahora se defiende ratonamente con apenas 20 mil. Podemos concluir, entonces, que sólo permanecen atados a la burguesía la juventud de la pequeña burguesía arribista y los sectores jóvenes del lumpemproletariado.

Tenemos, entonces, que las metrópolis dictan las normas. Sin embargo no siempre nuestros héroes-lolitos pueden cumplirlas. Por ejemplo, en Estados Unidos, para ser choro hay que usar blue jeans “Lee”, “Levi’s” o “Wrangler”. Y punto. No hay escapatoria. Entonces, en Chile, lolitos y lolitas se desviven por tener uno. Encargan a sus tías que viajan o escriben a algún amigo becado en California. Y al final, con grandes consuelos, no les queda otra que cruzar la Plaza Italia, partir para los barrios bajos, llegar a la Estación Central... y comprarse un ordinario “pecos bill” “El As” o “Rodeo”. “¡¡Qué humillación más espantosa, mami!!...”

Otra característica es la moda en la pintura del caracho. Por lo general las niñas comunes y corrientes se pintan con harto pancake, su gruesa capa de sombra, métale delineador en rayas que llegan hasta las sienes, alargando y agrandando artificialmente las pepas. Las uñas pintadas con barniz color natural, rosado o gris perla. Igual, la pintura de labios es leve, en tonos naturales o claruchos. El efecto final es una niña de tipo “agitada”.

En cambio, nuestras lolitas jai están mucho más en la onda. Ellas jamás van a cometer el pecado de maquillarse tal como lo recetaban las revistas *Ecran* de allá por al año 1945.



“Never in the world!!... Jamais!!” Ellas siguen los consejos de *Vogue*, *Mademoiselle*, *Glameur*, *Seventeen* o *20 Ans*.

Vamos viendo qué tal es la pomadita: Mucho rimmel en las sedosas; sombra, morada o lila; colorete rojo Comité Central en los cachetes, y rouge fucsia o rojo oscuro; uñas de las manos y de los pies con cútex concho de vino. Es decir, le queda el rostro como una mezcla de Twiggy, Cleopatra y Marcel Marceau. Algunas, si no fuera por escrúpulos políticos, le pedirían ayuda a la Brigada Ramona Parra. El efecto final es semejante a una muñeca de cartón piedra o a la sota de bastos.

Este es otro de los rasgos lolos. Su afán de exclusividad. En cuanto logran contaminar a sectores modestos, tiran aquella moda al tacho de la basura. Y vamos leyendo *Vogue* para descubrir otra onda más computable, ¿cachái?

Los “héroes”... están cansados



La vida de los jóvenes de Providencia transcurre la mayor parte del tiempo fuera de la casa. Y a pesar de esto, sus actividades son restringidísimas, de un horizonte estrecho y limitado. Pareciera que todo se reduce a la sextología Pasear-Mirar-Bailar-Comer-Arreglarse-Choarse. Además, claro, de ciertas actividades naturales comunes a todos nosotros, como dormir, ir a las casitas y lavarse los dientes.

Otra cosa que también hacen es ir a colegios bastante caros, pero de ahí a afirmar que también estudian, no nos atrevemos, ya que tenemos una ética profesional que nos impide dar por cierto lo que no hemos comprobado. Porque al conversar con ellos, no impresionan en absoluto por la luminosidad de sus ideas ni la profundidad de sus conceptos.

Al revés, ese lenguaje compuesto de cinco sustantivos, ocho adjetivos, dos verbos y tres frases clichés (¡el descueve!, ¿cachái?), más que un loable afán de síntesis, denota una pobreza de lenguaje de tipo franciscano.

Una de las características principales de estos niños es que se mueren de ganas de hacer nada. "*Síndrome amotivacional*", le llaman los psicólogos. "Estar choreados" lo denominan ellos. "¡Nacieron cansados!", diría mi abuela.

Y ahí uno los ve. Se cansan de tanto estar hastiados. Y se hastían de tanto estar cansados. Por eso, sus estados de ánimo son más inestables que gato de solterona. Están decididos hasta las últimas consecuencias, pero a los cinco minutos la idea los mata de aburrimiento.

La verdad es que quema ver a cabros y cabras jóvenes, sanos (al menos corporalmente, porque en lo que es la salud del cuesco, preferimos no meternos en forros), ágiles y fuertes en actitudes contemplativas.

Uno parte un sábado para Providencia, y ahí los ve, entre Pedro de Valdivia y Los Leo-

nes, hilando babas y tejiendo mocos, aplanando las baldosas y calentando los bancos. Meditan horas y horas en el caos que se produciría en el mundo si un buen día un sabio (alemán, desde luego) descubriera que: 1 más 1 no es 2. Sufren ante la perspectiva de tal catástrofe.

De pinta, ni hablar. Un día, para hacer un experimento, agarré a mi bisagüela, le pegué sus plumerazos y partí con ella al paseo de Provi. Lo primero que dijo fue: "¡¡Ave María Purísima... qué niñitos más raros!!... ¡¡Y todos disfrazados igualitos!!" Justo, tal como lo imaginábamos nosotros. Daban ganas de gritar vivas a la viejita. Más sabe mi bisagüela por diablo vieja que por vieja pillá. Eso era precisamente lo que queríamos probar. De tanto echarse encima cartones, cueros, enchapados, rulos, miriñaques, parches, latas, fierros, palos, gomas y otros accesorios —además de un poco de ropa también—, terminaron por uniformarse.

En este paseo por los jóvenes jai, ustedes van a observar que aparecen actuando muy poco. Sus opiniones se pueden contar con los dedos de la mano izquierda y van a sobrar dedos. El asunto es que cuesta reportearlos. Por varias razones. En primer lugar, porque son pasivos, receptivos, apoltronados. Nada los motiva. Mucho menos un par de chascones como nosotros.

En segundo lugar, si se les consigue mo-

tivar, es repoco lo que puede sacárseles, porque no tienen la más mínima idea de nada. Y en tercer lugar, porque aparte de todas las llegadas estrechas que les cachamos, los perlas... ¡¡se dan el lujo de ser selectivos en sus relaciones!! ¡Ellos no se meten con cualquiera, no!... ¿Cómo lo van hallando?

Muchas veces fuimos rechazados violentamente. Aquello que nos dijo la cabrita del "Topsi" —"Yo me cacho a un peliento de lejos"... — parece que es común en todos los niños bien. Y como nosotros somos un par de pelientos —uno, peliento legítimo, de cuna pelienta; el otro, peliento por propia iniciativa o por degeneración—, el asunto es que la mayoría de las veces que quisimos reportear, poca bola, chaíto no más...

Bueno, aquí van nuestros distinguidos coetáneos en sus quehaceres característicos: la salida del sábado con la pololita en su Chorilolauto, la disothèque con el espectáculo de moda, el deporte contemplativo, el ristorante en la onda y el cine jai. Vamos allá.

La salida nocturna



La lolita se siente el descueve cuando el ganso del pololo la invita al "Eve", una disothèque de allá arriba en Vitacura. Sale a com-

No se meten
con cualquiera



prarse una maxi a telar, de esas con dibujos diaguítas. Va para que la peine Luigi y la maquille Armando, un par de maricas que son el último grito de Providencia y la obsesión de la revista *Paula*. Corre a la casa, agarra el teléfono, le cuenta todo, todo, a cada una de las amigas y comienza después el lento y minucioso proceso de remodelación. Esto es como a las seis. A las siete ya decidió que la blusa que va a usar es la negra, esa escotada que le prestó la mamá, y llama a todas las amigas para contarle. Tipo siete y media encuentra que el peinado le quedó como la mona; procede a peinarse según sus propios conocimientos. A las ocho se larga a llorar porque la embarró. Llama a su mejor amiga y le cuenta. A las ocho y media, ya consolada, se da a la tarea de elegir los zapatos. Al fin agarra los primeros que había pensado. A las nueve en punto está lista y sentada en la cama. A la media hora llega el gallo en el Mini de la mamá, que de la mamá le queda el puro padrón.

La señora se ve mahoma no más en el charro azul con franjas plateadas, el escape directo, con patones y jaula. Pero, bueno, el pobre hijito tiene que manejar el auto de vez en cuando, ocasiones que aprovecha para ponerle faros de yodo, cinturones de seguridad, butacas, aros de magnesio, un par de tomas de aire y el infaltable tocantinas.

Por el puro ruido que mete, la lola lo es-





cucha como cinco cuadras antes. En ese instante, casualmente, descubre que no le gustan las medias, que se las va a cambiar y que demorará 15 minutos. Por entonces escucha apagarse el motor del Mini, el gallo se baja pausadamente, viene capó, con los pantalones de la "Maison" y esa chaqueta que se compró en Nicolás Flaño, la corbata que le trajo el viejo de Francia; se ve bien computable.

Después de un rato salen. Se suben al Mini y le meten cuesco, a todo lo que da. Para esto, ha tenido que revisar el amperímetro, el volómetro, el vacuómetro; le aprieta quince switches. Mete primera, mira el tacómetro, segunda, tercera, cuarta, esquina, embala en la segunda y dobla de punta y taco, mete cuesco, cruje la caja de cambios, chirrean los neumáticos, pasa a llevar a dos viejas ("Sonaron, gallo"), cruza por tres luces rojas. vuelve a doblar, embala en segunda y hace una impecable llegada arrastrada en el ripio del estacionamiento del "Eve".

El gallo es capó.

A la entrada le pasa sus 20 lucas al portero, se aproxima al mesón de recepción, saluda al ñato que atiende y le pasa los 500 escudos de entrada. Recibe el vale y llama al maître.

—Oye, Víctor, la mejorcita.

Le indican la mesa y se sientan. Traen los

tragos. Se mete la mano a un bolsillo y saca un pequeño paquete, se lo pasa displicentemente a la lola. Sonrojada, baja la vista y comienza a abrir el regalo poco a poco. Aparece una cajita y dentro de ella un amoroso corazón de madera, de esos para colgarse del cuello, que dice: "Soy tierna".

—¡Ah! *Qué chori...*

Se miran, se paran, bailan. Se miran. Bailan. Se miran. Cada disco es más loco que el anterior: Soul, beat, blues, psychodelic, rock, modern jazz, country rock y folk. Al cabo de un buen rato, cansados, se miran. Deciden sentarse. Se miran, y se vuelven a mirar.

La tomadura de todos los pelos



Y comienza el espectáculo. "¡Esta noche y directamente desde allende los Andes llega para que lo disfruten todos ustedes: "De Todos los Pelos, el Pelo"!

Aparecen en escena doce gallos y gallas argentinos. Chascones, jóvenes. Comienza la música de *Acuario*. Clao agarra el micrófono y con una voz entre agria y vinagre se larga a cantar la famosa canción de *Hair*. Después Susy, una chicoca rucia bien computable; ella cuenta que estaba enamorada de Clao, allá en Buenos Aires, y de repente quedó embarazada. Se fue donde su mamá. Clao descubrió en el firmamento una estrella muy brillante. La





"Hair"
en un
rato más
les voy a
mostrar
la "tulinga".

Aquí
comienza
el despelote.





siguo. Llegó al Bolsón, que queda como 1.000 kilómetros al sur. Agotado, se tendió y besó la Tierra Prometida. Al cabo de medio año regresó a Buenos Aires para conocer a Aladino. Pero resultó que Susy amaba a Teddy y también un poco a Clao, y como Clao amaba a Bárbara y Bárbara amaba a Susy, no hubo ningún problema, y Susy, Bárbara, Teddy y Clao, más el diminuto Aladino, se fueron al Bolsón. Hasta que se les acabó la guita. Entonces decidieron que en Argentina no había libertad. Se vinieron a Chile (y la encontraron en el "Eve", a 500 lucas un par de tragos).

Además de esta pública narración, durante el show violan a Bárbara, acarician a Clao, crucifican a Teddy, se dan un banquete y se desnudan. Por efecto de las luces, no se ve ni cacho. Excepto los de primera fila, que alcanzaron a divisar algo cuando un viejo verde y libidinoso prendió un encendedor para aguar. Y termina "De Todos los Pelos, el Pelo". De todos los gansos, el ganso del Mini es uno de los que más aplauden. Piden otro trago, bailan, se miran, pagan y se van.

Suben al Mini y le meten cuesco, a todo lo que da. Para esto ha tenido que revisar el amperímetro, el voltmetro, el vacuómetro, le aprieta quince switches, mete primera, mira el tacómetro, segunda, tercera, cuarta, y por Vitacura hacia arriba se pierde el pequeño bolido en la espesura y negrura de una noche del Barrio Alto.



Lolitos tuercas en Las Vizcachas

Pero los lolos no sólo farrean de noche. ¡No, no, no! También son muy deportistas, no vayan a creer. Y uno de los tipos más característicos es el lo!o tuerca. Ese que no pierde fin de semana que no va al Autódromo de Las Vizcachas.

Para allá partimos un domingo en la tarde. El espectáculo es multicolor y floripondioso. Se lleva mucho el "Vizcachas Style", último alarido de la moda: pantalones "guargüero de pollo"; chalecos multicolores anudados a la cintura ("*No te los recomendamos si tú eres un poco llenita, zas...*"); blusa con motivos Peace; casaca de mezclilla Made in U.S.A. o parka "escandinava de las legítimas" displicentemente, OJO, displicentemente colgada de un hombro; anteojos mosca, y un gesto que debe ser practicado durante horas ante el espejo: una mezcla de hastío, entusiasmo y choreamiento. Este gesto debe ser bien llevado, porque si no, la tenida toma un acentuado matiz de mal gusto, ¿cachái?

En la pista, unos pobrecitos Fiat 600 y Austin Mini son espantosamente exigidos por sus desaprensivos dueños, que insisten en sacarles más de 80 km. por hora. ¡La explotación del más débil!

La explanada luce un aspecto hermoso.



"Tengo la
exclusiva, gallo."



50.000 personas en las galerías, sentadas, ordeñaditas. Todos mascan. Chicles, helados, barquillos, maní, chocolates, cabritas. A pesar de que compran por toneladas, no hay desabastecimiento.

Algunos tipos son realmente extraordinarios. Uno de ellos, mientras se come las uñas mirando pasar los bólidos, escucha en una radio portátil el partido del Estadio Nacional. O sea, hace dos deportes simultáneamente: automovilismo y fútbol. ¡¡Capo el gallo!!

Unas lolas adentro de un auto. Cada hora se informan de las alternativas de la carrera. Como cada vez que preguntan es una prueba distinta, no entienden ni cacho. Claro que nunca falta el amigo-lolo-tuerca, tipo entusiasta, que les relata detalladamente de todo: que los segundos, las mangas, las curvas, los promedios, el pique, fulano dejó forro en la partida, zutano quebró caja de cambios y mengano fundió en la primera vuelta. Ellas parecen impresionadísimas, dan grititos de excitación, pero a los cinco segundos, cuando el gallo se da vuelta, se les pasa. Ahora parecen lateadas. En compensación escuchan música ("Yo no soy esa que tú te imaginas...") y leen la *Revista del Domingo* de *El Mercurio*. ¡Ah, ya! ¡Estamos listos! Matizan la actividad física con el quehacer intelectual.

Oscurece en Las Vizcachas. Las pruebas han terminado. Y cada lolo tuerca, sintiéndose

un Kovacs, se viene rajado camino a Santiago, para desdicha de los peatones y desgracia de las gallinas puentealtinas.

★ ¿Te comerías una pizza? . . . , ¡nicca!

Con toda esta actividad, digamos, subirse al auto, sentarse, llegar a Las Vizcachas, bajarse, caminar, 20 metros sentarse, meter la mano al bolsillo, sacar plata y estirla para recibir el paquete de maní, y además de esos excesos, pasar tres horas pujando para que el auto de Perico corra más, les significa un gasto de energías que calculamos, un poco a la diablo, en unas 592 calorías, que se han perdido irremediablemente a no ser que se repongan de inmediato engullendo una pizza, a la cual le calculamos unas 594 calorías. Las 2 calorías que sobran las gasta el individuo en un sonoro bostezo mientras espera que el mozo lo atienda.

¿Y en dónde se consigue una pizza? Muy fácil.

En Apoquindo, altura del 5700, hay un paisaje algo especial. Una plaza tipo foro romano con escaños de piedra, losas, jardines con plantas exóticas y macizos de flores. Un ambiente de lujo sobrio y refinado. Rodea esta plazoleta un muestrario de las tiendas más representativas de la jai laif: Boutique Papillon ("un minuto para Papillon"), dos tiendas de Artesanía Populaire y Popular Art, papeles mu-





rales Colowall. En todas ellas se habla castellano también. En una vitrina un afiche (poster) solicita ayuda para el Hogar de Ancianos San José: *"Para aquellos que les quedan muy pocos días, dale uno de los tuyos"*. El ingenio del publicista ha confundido días de vida con días de sueldo; ha confundido lo humano con lo material, lo mercantil. En todo caso, aquí en Apoquindo altura 5700 a nadie le importa. Arriba de las tiendas, en coquetones departamentos, funcionan cinco salones de belleza. Son para la gente que les queda algo más que algunos días de vida.

En medio de este panorama, como primerísimo actor, está "Nico's Pizza". La clientela llega en coches al inmenso estacionamiento. Hay uno por cada dos clientes. La mayoría son parejas jóvenes. Bajan de los autos y con gestos cansinos (no es de extrañar después de la agotadora jornada) se dirigen a la entrada. Evidentemente que no están muertos de hambre ni mucho menos. Todos visten a la última moda. Las lolas llevan dientes en los collares y perlas en las encías.

El "Nico's Pizza" los espera tibiamente, con faroles de suaves tonos amarillos y anaranjados, y una música ambiental soul. Adentro hay más plantas finas en maceteros. En el cielo raso, listas multicolores y vigas metálicas con dibujos rococó. Sillas y mesas de metal, madera y vidrio.

El local tiene grandes ventanales. Los que

dan hacia el norte y el poniente son rectangulares, por lo que los comensales parecen maniqués en exhibición. Y en realidad lo parecen, ya que sus rostros no reflejan emoción alguna, salvo un hastio de padre y señor mío. Hacia el oriente los ventanales son en forma de rombo. De afuera se semejan a un gran acuario lleno de peces tropicales.

El ambiente es quieto. Las pizzas son lo de menos. Todos conversan en voz baja y posan con elegancia. A pesar de que tratan de ignorar a los demás, la presencia de los otros parroquianos determina cada uno de los gestos y ademanes. El ambiente es tan frío y estirado que parece un banquete de culebras aristócratas (aunque no estamos seguros de si las culebras, especialmente las aristócratas, participan en banquetes).

Entre los clientes hay celebridades esta noche. Llega Helvio Soto, gran cineasta y director del ardiente filme *Voto+Fusil*. Espera pacientemente durante casi una hora (él, tan impaciente otras veces) y por fin lo instalan en una mesa junto a sus acompañantes. Seguramente anda buscando material para una nueva película cuyo título podría ser *Voto+Pizza o Pizza+Fusil*, según su estado de ánimo.

Al instalarse los clientes en una mesa, les ponen un individual de papel con dibujos sícodélicos. Ahí uno elige entre las cuarenta y tantas variedades de pizzas. Las sirven en unas





Conversan
en voz baja
y posan
con
elegancia.

cuestiones que parecen paletas de pimpón con mango y todo. Son mahoma no más las pizzas.

El equilibrio del ambiente es roto por la presencia de seis pelusitas que pegan su nariz a los ventanales. Dos de ellos fuman unos puchos de 5 milímetros de largo. Las muecas y los ademanes pedigüefios incomodan a la clientela. Un mozo hace ademán de salir, y se retiran a prudente distancia. Los seguimos. Al principio son reacios a conversar. Sospechan que o somos tiras o los vamos a llevar a un hogar de menores.

—¿En qué andan?

—Na, tamos mirando no más.

—¿Y qué miran?

—¡Caso los dan pizzas!

—¿Y les dan o no?

—¡Qué nos van a dar! ¡Son puro cagones no más!



Gente de película

Al otro día nos las echamos para un cine. Y fuimos a parar al Lo Castillo, Vitacura altura del 4000, Comuna de Las Condes. El estacionamiento exclusivo está lleno de autos, de los cuales bajan las olorosas y bien alimentadas gentes de esos lugares.

Los lolosaurios recauchados vienen disfrazados de jóvenes, con sandalias, pantalones





**Piernas:
también
sirven
para
caminar.**

ajustadísimos y camisas “panza de elefante” abiertas a lo Tom Llon. Los acompañan unos ulpos de cosméticos, perfumes y joyas adentro de los cuales suele ir una vieja. También, por supuesto, llegan nuestros amigos lolitos y lolitas en bandadas, cada cual más coqueto, finito y lánguido.

La platea está llena, pero no hay ese calor humano, esa vivacidad que hemos advertido en los cines populares. Aquí todos están en sus asientos mirando con una especie de aburrimiento y/o desprecio a sus vecinos. Da la impresión de que son gente que viene de vuelta de todas las experiencias humanas, y ahora, pobrecitos ellos, deben conformarse con espectáculos absolutamente ordinarios.

Se apagan las luces y empieza la exhibición de un cortometraje chileno en colores. No tiene título. Habla de los libros, de la historia, del acervo cultural de los pueblos, etc. Pero son sólo chivas. Aparece la Papelera de Puente Alto. Toman de cerca a un obrero trabajando. De repente éste se da vuelta a la cámara, sonríe cual una calavera y empieza a recitar de memoria, con una voz monocorde e inexpressiva, una increíble letanía:

“Me-lla-mo-Pedro-Agui-le-ra-y-ten-go-cua-ren-ta-y-ocho-años-y-ha-ce-vein-te-que-tra-ba-jo...”

Nos baja una vergüenza ajena insopportable. El pobre hombrecito recita incómodo, lo hace malísimo. Le molestan la cámara y el mi-





Y en
la tarde,
al cine.

crófono, la voz se le quiebra, se muere de miedo.

Entonces, atrás nuestro, una patota de lolas se pone a reír.

—¿Dios mío? *¿Qué tipo más ridículo?*

Lanzan la exclamación en tono de pregunta. Entonces el pobre hombre, en su último estertor, manifiesta que él se opone terminantemente a la estatización de la Papelera, “*porque estamos muy contentos con el patroncito que tenemos*”. En el cine hay una ovación. Las lolas son las que más aplauden. El “tipo ridículo” es ahora todo un prócer.

Nosotros somos los únicos del teatro que chiflamos. Por fin, tras otras entrevistas muy parecidas, termina la infamante película entre las ovaciones de la pitucancia.

Un borrascoso intermedio



Decidimos ir a entrevistar a las lolas.

—Perdón, *¿podríamos conversar con ustedes dos minutos?...*

Una de las lolas reacciona en forma increíblemente agresiva:

—¡No... de ninguna manera... no tenemos el menor interés!...

—¿Pero por qué? *¡Si no saben de qué se trata!*

—¡No nos interesa...; por favor retirete... no hablamos con desconocidos!



Hippies
"andante
con moto".

—*Bueno, nosotros no somos desconocidos. Somos dos periodistas muy famosos.*

Intentamos un chiste, porque en realidad estábamos asombrados. Para que ustedes entiendan, estamos absolutamente pasmados e impresionados ante la histérica reacción. La niña grita fuera de sí. No es una parada de carros discreta. Es agresiva, escandalosa. La gente de diez metros a la redonda mira burlona.

—¡Oye, por favor, retirense!... No queremos hablar con ustedes...; porque no y punto. ¡Por favor... , no y no, y punto!

—*Bueno, no tienes para qué ser tan apartosa. No es contigo especialmente con quien deseamos hablar, puede ser cualquiera. ¿Quién eres tú para contestar por todas?... ¿Líder, guía espiritual?*

Nos dirigimos a las otras cuatro, que miran avergonzadas. Ninguna quiere. Entonces no nos queda otra que encogernos de hombros, dar media vuelta y hundirnos en el asiento. ¿Por qué habrán reaccionado así? Puede que nos hayan visto tomando notas y cacharon nuestras intenciones. O nos escucharon chiflar

y se dieron cuenta para qué lado tiramos. Hundidos en estos pensamientos y calmándonos para no largarles un garabato, comienza la película.

Es una porquería, comercial y yanqui: *Corre, Angel, Corre*. Bandas de gringos mafiosos, los Hell's Angels. Hay motos tipo "Busco Mi Destino", drogas, alcohol, robos, asesinatos, violaciones, palizas y peleas a cuchillo. Todo muy edificante, como se puede apreciar.

Una niña se mete con los mafiosos, ingenuamente se pone a conversar con ellos en un bosque y los muy bellacos la violan brutalmente. Como todavía estamos sumamente picados, nos damos vuelta en el asiento y les decimos a las lolas:

—*¿Ven lo que le pasó por hablar con desconocidos?...*

Algunas se ríen, pero otras dan un bote en el asiento y adoptan un aire de princesas ofendidas. Después de unas cuantas escenas brutales más: FIN. La lolas lanzan una insólita carcajada, porque la película ha terminado y no han entendido nada. Y salen arrancando y no nos dejan decirles que, a pesar de que la película es una mugre, refleja de alguna manera la realidad de aquel país al cual ellas tanto admiran.

Pero se fueron antes, y nos dejan con esa "pica seca" que ustedes ya habrán notado.

La escuela quedó atrás.



III EL ESFUERZO DE TODOS LOS DIAS

Antes de contarles de otra juventud, afortunadamente muy distinta, vamos a acudir a unos datos que una vez leímos por ahí y que nos quedaron grabados a fuego en el mate.

En América Latina, según datos entregados por la CEPAL, la población puede dividirse en cuatro grupos de acuerdo a su ingreso monetario:

a) Un primer grupo, que reúne al 60% de la población total (o sea, más de 170 millones de personas), recibe un ingreso promedio, por cada familia, que equivale, en la moneda de cada país, a 60 dólares mensuales. Este grupo incluye, especialmente, campesinos y obreros no calificados.

b) Un segundo grupo, que representa al 30% de la población (unos 80 millones de personas), recibe solamente un ingreso promedio de 190 dólares al mes. Este grupo incluye obreros calificados, artesanos y empleados.

c) Un tercer grupo, bastante menor, y que equivale al 9,9% (unos 25 millones de personas), recibe por familia un promedio de 490 dólares mensuales. En este grupo se encuentran empleados de alto nivel, industriales pequeños y medios, profesionales y comerciantes.

d) Finalmente, hay un grupo ínfimo, de apenas el 0,1% de la población total de América La-

tina (no más de 250 mil personas), en que cada familia dispone mensualmente de ¡¡¡27.500 dólares!!! Forman este grupo los grandes empleadores o patronos.

¿Qué duda cabe, entonces, que entre los dos grupos de los extremos, más de alguna diferencia debe haber! Y en los hijos también.

En Santiago hay 515.360 jóvenes entre los 15 y los 24 años de edad. De éstos, 218.160 (el 42,3%) trabajan en algún lugar. Y desde luego que pertenecen al sector de más bajos ingresos, por una razón muy simple: antes de los 15 años ya ha desertado de la educación un 45% de los niños. El continuar estudiando para los hijos de familias de trabajadores implica grandes dificultades. Entre muchas, se pueden señalar factores socioculturales y exigencias económicas que no se está en condiciones de cubrir (materiales de estudio, alimentación, vestuario, gastos de movilización, etc.). No constituye ninguna novedad señalar que los que continúan estudiando pertenecen en su gran mayoría a los que provienen de hogares de sólidos ingresos.

De aquel 45% que deserta, una mayoría se inicia en el trabajo apenas han finalizado la escuela primaria, para ayudar económicamente al grupo familiar. Un factor determinan-

te en esta deserción es una educación que jamás ha conseguido vertebrar siquiera un Plan de Educación coherente, a partir de las características socio-económico-culturales del niño proletario.

En el estudio *Los Problemas Funcionales del Adolescente Urbano Popular*, realizado por Cecilia Montero y M. E. Campusano, del Instituto de Sociología de la Universidad Católica, ambas autoras señalan: "En la transición de la escuela al trabajo, el joven encuentra muchos obstáculos, incertidumbres y desilusiones. Sin embargo, trata de sobrepasar los problemas y asumir su responsabilidad, movido por el deseo de cambiar el status de alumno por el de trabajador".

¿Y en qué trabaja ese 45% de jóvenes que desertó de la educación antes de los 15 años? Al principio, en actividades económicas de las llamadas terciarias, esto es, servicios. El hecho de no tener una preparación técnica o cultural adecuada, ya que los doce años de estudios primarios y secundarios están concebidos únicamente como paso previo para la Universidad, determina que los que no llegan, quedan ante un callejón sin salida.

De ahí para adelante viene un largo deambular, salpicado de experiencias amargas o risueñas, que van formando lo que Cecilia Montero y M. E. Campusano denominan en su estudio "un adulto prematuro". De estos jóvenes traba-





jadores, que en el país sobrepasan la cifra de 500 mil personas, vamos a hablarles en este capítulo.

Al revés de los jóvenes jai, no necesitamos describirlos mayormente. Tienen no sólo mucho que decirnos, sino también mucho que mostrárnos. Son los protagonistas de nuestra época.

Las lolas estatizadas




“Vayan a la fábrica de camisas McGregor. Mes a mes están batiendo todos los records de producción. El grado de conciencia es realmente alto. Y lo más extraordinario es que el 80% de los trabajadores son niñas jóvenes.”

Esa fue la información que nos hizo ir. Y allí estábamos nosotros, entre puras chiquillas buenas mozas. Sin embargo, el asunto era bien distinto a como nos lo habían pintado. Ninguna de ellas parecía contenta con la intervención estatal. Todo era puras quejas, reclamos. Que el desorden aquí, la politiquería allá. El respeto se había perdido. La eficiencia no existía.

Y nosotros, asombrados, compungidos. Con la moral a la altura de la suela de los zapatos. Entonces nos agarramos la cabeza a dos manos, con desesperación, y suspiramos

“¡Anda a peinarte, Juana, que nos van a sacar fotos!”

bieeeeeen hoooooondo. Ahí ellas se rieron con picardía. Nos consolaron como a niños chicos. Y nos empezaron a contar las cosas positivas también. Y nos abrieron las puertas a un mundo fascinante. Aquel mundo lleno de problemas. Pero un mundo lleno de todas esas cosas que caracterizan el cambio en una industria. De los modos y relaciones de producción típicamente capitalistas a otros de nuevo tipo, donde quienes empiezan a dirigir ahora son sus propios trabajadores.



En sus mejores manos

En los primeros metros de la Carretera Panamericana Norte está Algodones Hirmas, hoy en manos de sus trabajadores después de la intervención del Gobierno. Dentro de la enorme industria, y ocupando el ala sur del terreno, en medio de amplios jardines, se alza un moderno edificio: aquí funciona la fábrica de ropa deportiva ex McGregor, hoy Departamento de Confecciones de Algodones Hirmas.

Al cabo de algunos contactos, saludos y explicaciones, empezamos a recorrer los talleres. Centenares de máquinas de coser, modernísimas. El ruido de sus acelerados motores llena el ámbito como un panal de gigantes abejas. Las operarias, la gran mayoría muy jóvenes, cosen agachadas sobre las máquinas, concentrada

y velozmente. Algunas levantan la cabeza y nos miran a hurtadillas. Hay secretesos y sonrisitas.

—¡Anda a peinarte, Juana, que nos van a sacar fotos!

Se ha reunido un grupo. Lindas, vitales, sonrientes, nos rodean por todos los lados.

—¿Y... , *qué tal andan las cosas por aquí?*

Hay un silencio. Se miran unas a otras. Por fin se adelanta una, muy decidida:

—Mire... , ¿quiere que le cuente la firme?

—*Desde luego.*

—Mal andan las cosas. Muy mal. Aquí se ha perdido el orden, el respeto. Todos gritan, pero nadie ordena. Las cosas andan al lote.

Y se nos viene el aluvión encima. Nos pilla desprevenidos y nos deja helados. Críticas, recriminaciones, acusaciones de abusos. Les pedimos que nos den ejemplos concretos de algún acto de prepotencia. Pero no contestan nada. Discuten entre ellas. Al fin, una se atreve:

—En los pagos nos embarran, ¿sabe? Aquí todas estamos a trato. Y los jefes no respetan esos tratos. Llega el fin de semana o fin de mes. Una está convencida, ilusionada que ganó tanto. Y le salen con que son varios miles menos. Muchas nos ponemos a llorar.

—A veces les echan la culpa a las IBM. O a los planilleros... A veces pienso que nos hacen lesas.

—Escuche, compañero. A nosotros nos pi-

den esfuerzos, que aumentemos la producción... Y lo hemos hecho. Pero no nos han respondido en los pagos. Y fallando la cuestión plata, todo se complica.

Durante un rato permanecemos en silencio, con el lápiz a medio camino. El joven empleado que nos acompaña se ha retirado a un discreto segundo plano, muy serio. Nos damos vuelta y lo interrogamos con la mirada; nos contesta con un gesto que se puede interpretar de cualquier manera. Es entonces cuando hacemos el gran teatro. Nos amargamos a tal punto que las convencimos de que si no nos reconfortan, nos vamos a suicidar de inmediato. Para más remate, una trabajadora que cada vez que ha intervenido lo ha hecho rezongando quejumbrosamente, con gesto taimado, se adelanta y dice con rencor:

—¡Yo preferiría que volvieran los antiguos patrones! Estábamos más esclavizadas, pero había más orden.

—¡Chih... no poh!... Ahí sí que te pasaste pa la punta. Nadie puede desconocer que en algunas cosas estamos mucho mejor.

—¡No "en algunas cosas"! En hartas cosas estamos diez mil veces mejor. Por ejemplo, la micro de la Industria nos trae desde nuestras casas en la mañana y nos lleva en la tarde.

—Ahora a las diez de la mañana tomamos desayuno.

—Antes el almuerzo costaba 5 lucas y no

se podía tragar. Ahora vale 3 escudos y está bastante potable.

—Y tenemos sala-cuna y jardín infantil.

—Y podemos dar opiniones, lanzar iniciativas. Hay más libertad.

La conversación ha entrado en un franco tren de optimismo. Todos discutimos entonces e intercambiamos tallas en forma amistosa. Risas, secretos, morisquetas y más risas. Hay alegría, todas la revuelven. Les preguntamos por la producción. Nos contestan que esos datos no los tienen, que a ellas les gustaría saber muchas más cosas de las que pasan en la conducción de la industria. Y va a ser una niña rubia, de pelo ondulado y belleza serena, la que nos diga lo más impresionante que escuchamos en todo el día. Su nombre, Ingrid Pérez.

—¿Sabe, compañero? Aquí hay problemas, es cierto. A lo mejor nosotras somos injustas y criticamos a quien no lo merece. No somos capaces de ubicar bien dónde están las fallas. Puede que estén en nosotras mismas. Puede ser, porque no tenemos la preparación necesaria para explicarnos muchas cosas, ni menos para hacérselas entender a las demás compañeras.

Al final hay una encuesta popular: ¿Cuándo estaban más contentas: ahora o antes?

Y la Industria en manos de sus trabajadores gana por goleada en un ambiente de jolgorio.



Los hijos de La Araucanía



El paisaje es bellissimo. El camino que une Cholchol con Nueva Imperial serpentea por entre suaves ondulaciones del terreno cubierto de pastizales y sembrados. Cada cierto trecho se ven manadas de ovejas y vacunos. Nos salimos del camino y torcemos hacia el poniente, por una casi imperceptible huella que zigzaguea entre los pastos ralos. A lo lejos, recortándose en el horizonte, en la cima de unas suaves colinas, a unos cinco kilómetros, distinguimos las casas de la Reducción Indígena Carrerreñi, que en dialecto mapuche significa “el lugar donde crecen los coligües verdes”. Es una de las centenares de comunidades indígenas que existen en la provincia de Cautín, donde el 75% de la población rural es de origen mapuche.

Lo primero que llama la atención es la gran cantidad de niños que pastorean animales. En las colinas hay sembrados: trigo, cebada, avena. Algunas chacras pequeñas. Un coro de perros hermosísimos, de una raza semejante a los perros esquimales, nos sigue con sus ladridos.

Al fin llegamos a nuestro destino. Una ruca nos espera, pintoresca y de hermosa apariencia. Tablones abajo y totora arriba.

El interior es oscuro. Un olor a humos, penetrante, lo impregna todo. El tizne de la leña ha ennegrecido vigas, totora, utensilios, maderas. Una tetera cuelga de un grueso alambre desde el techo y cae perpendicularmente sobre el fogón encendido. El piso es de tierra. En los rincones se ve infinidad de enseres. De unos cordeles cuelga ropa secándose. Sentados en unos pisitos de madera, siete compañeros nos esperan. Ellos son delegados al Primer Encuentro Nacional de la Juventud Mapuche: Necul Painemal, 23 años, trabajador de la Radio Aucán, de Villarrica; Victor Antivil, 18, estudiante universitario en Temuco y comunero de la Reducción Metrenco; Oscar Paineo, 13, estudiante de quinto básico en Cholchol y antifitrión de todos nosotros, ya que el foro se realiza en la ruca de sus padres; Carlos Huisca, 20, empleado y estudiante nocturno en Osorno; Segundo y Antonio Painemal, 16 y 18, campesinos de la Reducción Coigüe; y Rosa Paillavil, 19, modista de la Reducción Ranquilco.

—Mira, este Encuentro sirvió para reunir por primera vez a los representantes de una minoría cultural que a lo largo de siglos ha soporado una verdadera guerra de exterminio. Desde la conquista del país hemos tenido que defendernos con las armas en la mano, en una lucha por la supervivencia, por la dignidad.

**Hermanos,
todos
hermanos...**





—Todos veníamos preparados; éramos los portadores de las inquietudes de los compañeros de base. Ellos nos nombraron sus legítimos representantes de las comunidades mapuches.

—Y ahora volvemos a nuestros campos con nuevo ánimo. Vinimos a educarnos y a hacer un aporte al estudio de la realidad de nuestro pueblo. Y el solo hecho de habernos reunido, de haber entrado en contacto, es ya un avance.

Yo acuso



—El racismo nos ha tenido por el suelo, compañero. Sobre nosotros se ha descargado una discriminación odiosa no estatuida en las leyes. Y ésta es una acusación que yo lanzo responsablemente. Hay pueblos enteros que viven del trabajo de los mapuches. Y es en aquellos lugares donde más mal se trata a los mapuches.

—¡Es cierto! Yo, por ejemplo, odio a Cholchol. Cada cuatro casas hay una cantina. En algunas partes les venden droga, el chamico, que es capaz de enloquecer a cualquiera.

—Cuántas veces los huincas se aprovechan de nuestra ingenuidad. Los tractoristas, por ejemplo. Vienen a las trillas de verano. Pues bien, se acercan a las casas, se ganan la confianza. Pero traen la mala intención desde un comienzo. Su táctica es llegar con chuicos de

vino, emborrachan a los viejitos. . . , y después se aprovechan de las niñas, las violan impunemente.

—Nosotros sabemos que nuestros peores enemigos son los latifundistas. Sin embargo, también tenemos problemas con gente modesta igual que nosotros. Cantineros, choferes de micro y feriantes. En los recorridos rurales se ven casos increíbles. Los cobradores son unos matones y abusadores. Hace poco tiempo, aquí en la provincia, a un mapuche porque le faltaban 500 pesos para pagar el pasaje que se cobra al finalizar el recorrido, lo golpearon con un fierro hasta matarlo. Todo se silenció, se le echó tierra encima.

—Por eso a nadie debe extrañarle la desconfianza hacia el blanco. Incluso en muchos de nosotros existe un racismo al revés, como producto de una justa reacción.

—Nosotros somos unos desconocidos para el resto de los chilenos. A veces vienen unos investigadores entre comillas, y analizan toda nuestra realidad. . . , después de pasar tres días encerrados en el Hotel La Frontera. Fíjense que el único estudio serio hecho sobre nosotros es uno realizado por. . . ¡un checo! Milán Stuchlic es su nombre.

—Sí, yo conozco ese folleto. Y a propósito, fue también un extranjero, un periodista fran-





La Bernardita,
el Oscar y
el Duque.

cés, el que denunció casos frecuentes de *esclavitud* que se producen con niños mapuches. Niños de cinco o de seis años son comprados por periodos de unos dos años para cuidar ovejas. Sus padres reciben sacos de trigo por este arriendo.

Y es el pequeño Oscar Paineo el que reafirma a su compañero:

—¡Cierto!, muchos amigos míos, compañeros de escuela, trabajan así. Desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche, con un puro pedazo de pan. Muchas veces porque un chanco o una oveja se escapó y se metió a un sembrado, fueron azotados a rebencazos; los patrones les dejaban hinchadas las piernas.

Al despedirnos, y acompañada con las cuerdas bajas de la guitarra y un cultrún, escuchamos la sencilla, poética y combativa canción con que los hermanos Nahuelpán saludaron este Encuentro de Jóvenes Mapuches:

*Hermanos, todos hermanos,
que viene un gran combate, se dice,
hermanos, todos hermanos.*

*¿Qué haremos, hermanos, si esto fuera
cierto?*

*Si morimos, moriremos;
si vivimos, viviremos*

hermanos, todos hermanos.

Dos experiencias en el mineral de El Salvador



A mediados del año pasado estuvimos en el mineral de cobre de El Salvador. Y entre los mineros atacameños nos tocó vivir dos experiencias inolvidables. Conmovedora la primera. Interesantísima la segunda.

Por esos días había problemas en el mineral. Mal aconsejados por interesados personajes de nuestra política, que fomentaron entre ellos apetencias económicas desmedidas, los trabajadores acordaron una huelga. —“Si ahora el mineral es de todos ustedes, tírense no más, que lo que pidan van a conseguirlo”.

Cuando la huelga cumplía su segundo día, un terremoto asoló el Norte Chico y dejó convertida en escombros la ciudad de Illapel. Entonces en una de las asambleas que discutían la marcha del conflicto un trabajador propuso enviar una ayuda a la gente de Illapel. Los sindicatos abrieron sus cajas de fondos, se hicieron colectas. Y al final los trabajadores enviaron a los sufridos damnificados un cheque por varios millones de pesos.

Al tercer día de huelga los mineros empe-



**¡Total,
con agua
sale!**

zaron a recibir telegramas desde todo el país. Los trabajadores organizados de todo Chile, Centros de Madres, Juntas de Vecinos, Centros de Alumnos y Federaciones Estudiantiles les solicitaban la vuelta al trabajo. El cobre, el suelo de Chile, que ahora pertenecía a todo el pueblo, debía ser defendido en primer lugar por sus propios trabajadores, decían los telegramas. Les recordaban sus responsabilidades para con sus hermanos de clase.

Y cuando la huelga entraba en su quinto día llegó otro telegrama. Este tenía una redacción distinta. Se refería a otra cosa. Pero tenía un significado exactamente igual. Decía textualmente:

Desde el centro mismo de la catástrofe nos dirigimos a ustedes para informarles que nos hemos reunido en las ruinas de lo que antes era nuestra plaza. Y hemos tomado el acuerdo, por unanimidad, junto con agradecerles su gesto, de devolverles su aporte. Consideramos que ustedes lo necesitan mucho más que nosotros.

Firmado: EL PUEBLO DE ILLAPEL.

En la sala del Sindicato Industrial donde el telegrama fue leído en voz alta ante una multitud de huelguistas se produjo un silencio im-

presionante. La vergüenza proletaria golpeó como un bofetón a los duros mineros. Fueron largos minutos en que extraños sentimientos se abrieron paso por entre gargantas anudadas. Fue la hora en que la conciencia revolucionaria emergió por entre ojos nublados.

Al día siguiente, en un desfile espectacular de reafirmación de su responsabilidad para con los suyos, se produjo la reintegración al trabajo.

Fue en estos días cuando conocimos a los compañeros Hernán Monardes, "El Tribilín", de 21 años, y Bernardo Villalobos, "El Chino", de 23. Ambos obreros del interior de la mina y encargados juveniles de las actividades culturales de los trabajadores. Andaban muy entusiasmados porque por esos días se estrenaría una obra teatral didáctica escrita, dirigida, montada e interpretada por los propios trabajadores.

Y un día sábado asistimos al estreno en el teatro del mineral. El diálogo tenía asperezas que recordaban los vinos pipeños:

—¡Pero, mujer, por las entretelas... qué diablos van a ir a esparramar a esas reuniones!...

—¡Esparramar... esparramar!... Voh, Juan, lo único que sabís es reírte de too, pero no soi capi pa naíta constructivo... .



**Actores y
espectadores,
todos
mineros.**

—Y ¡le llamái constructivo el irte a pelar con las otras viejas chasconas ahí al Centro de Madres. . . ¡¡Centro de Madres!! . . . ¡Centro de viejas ociosas les llamaría yo!

—No seái insolente oohh... ¿Voh creís que sea ociosa y chascona la señora del supervisor?

—¡¡Aahh, así que la cosa es con el arribismo también, ah!! ¿Qué tenís que ir a meterte voh con esas viejas copetúas. . . , ah, ah, te pregunto?

La obra era seguida con extraordinario interés por los trabajadores. Pero también participaban de la misma. Al reconocer situaciones reales y muchas veces vividas en sus propios hogares recibían o encajaban tallas. Con harto humor y a “la sin picarse”. Fueron nuestros amigos “El Chino” y “El Tribilín”

quienes terminaron de explicarnos los objetivos de la obra: —Mira, compañero, esta obra fue concebida para terminar con algunas reticencias machistas de los mineros. Muchos se niegan a permitirles a sus mujeres participar en actividades comunitarias.

—Y estas obras sencillas son los primeros pasos del surgimiento de una cultura, nacida del pueblo, sin contaminaciones extranjerizantes y de acuerdo a las necesidades del momento.

—Fíjate en un detalle. Nosotros mismos, que tenemos gran conciencia de clase, a veces nos sentíamos disminuidos cuando nos tocaba ir a conversar con algún alto dirigente o ejecutivo. Era como un embarazo, una vergüenza por nuestro modo de hablar y expresarnos. Y entonces dijimos: “¡Esto tiene que terminar!”

—Y por esto estamos haciendo obras teatrales con nuestro propio lenguaje. O sea, queremos decirle al país que nuestros dichos, nuestros giros populares, son un modo de hablar tan digno y legítimo como cualquiera. ¿Onofre?

¿No es cierto que la semana pasada en el mineral de El Salvador bien valió por varias en Santiago?

Una pega rara . . . , limpiar murallas desde un trapecio



Hasta ahora hemos hablado de los jóvenes que trabajan en centros de producción bastante conocidos. Pero también sucede que hay una infinidad de pegas menudas; trabajos curiosos, modestos, insólitos, pintorescos, peligrosos, desconocidos.

Ustedes, en más de una oportunidad, se habrán detenido en el centro de Santiago a mirar hacia arriba, donde suspendidos en un andamio increíble, a más de 50 metros de altura, unos muchachos lanzan chorros de vapor hacia las murallas de un edificio. Sí, ¿no es cierto?

El asunto es que el otro día íbamos por Agustinas con Teatinos. Allá estaban los intrépidos muchachos. Y nos quedamos, como muchos transeúntes, con la boca abierta, mirándolos balancearse en el vacío. Entonces se nos prendió la ampolleta:

—Oye . . . , ¿y si fuéramos a ayudarles a los compañeros del columpio ese?

Y empezamos a chiflar como condenados, causando gran escándalo entre los graves y circunspectos peatones de ese sector cívico-financiero del centro de la capital.



Hay que
ser gallo
para
encaramarse.

—¡¡Eeeeeeeehhhhh... , compañeros trapicistaaaaas!!... ¿Cómo podemos encaramarnos para allá arribaaaaaa?...

Ellos nos miraban perplejos, y nosotros, vamos haciendo muecas y ademanes ridículos que querían significar: “subir-ayudar-conversar-conocer-fotografiar-entrevistar”. Les mostramos las cámaras fotográficas y, al fin, entendieron. Nos pusimos de acuerdo por medio de musarañas y al rato subíamos rajados las escaleras.

Estaban detenidos justo en el sexto piso. Golpeamos en una oficina, explicamos y nos hicieron pasar. Nos pusimos de acuerdo con los cabros a través de una ventana. Mientras uno de ellos (Segundo Toro, 17 años) nos cedería su lugar, trabajaríamos con el otro (Elicer Vergara, 19 años) durante la media hora que les restaba de jornada.

Nos pasamos al columpio. Es un andamio que cuelga del tejado de unos alambres que nos parecieron espantosamente flacuchentos. Tenía barandas de fierro, y un espacio de 2 metros de ancho por $\frac{1}{2}$ de fondo. El aparato se mecía suavemente. Abajo, en línea recta, la calle. Y entre la calle y nosotros, ¡NADA! ¡Un puro gran pedazo de vértigo! Por lo menos, mientras permaneciéramos en el columpio, es-





tariamos atados de pies y manos a la buena voluntad de los compañeros cables.

—¿No se han caído nunca estas cuestiones?

—Por lo menos yo no me he caído nunca —nos tranquiliza Eliecer—, pero es porque soy nuevo. Llevo menos de un mes en esto... Y total, si nos caemos... , del suelo no vamos a pasar...

Menos mal. Da gusto cuando a uno lo reconfortan. Allá abajo, una máquina infernal, parecida a una tetera, calentaba agua y la enviaba, por medio de una manguera, convertida en vapor hacia arriba. Y ahí empezó lo lindo. El chorro de vapor hacía transpirar las grisáceas murallas y las iba aclarando poco a poco. Una nube de vapor nos rodeaba. ¡¡Qué emoción!!

A la media hora suspendimos la pega. En treinta minutos habíamos limpiado como dos cuartas cuadradas de muralla. No era ninguna “Batalla de la Producción” ganada que digamos. Desenchufamos las mangueras y las mandamos ¡¡¡guaaaaaardaaa abaaaajooo!!! Entonces hubo que subir el aparato. Unas palancas de chicharra, conectadas a un teclé, nos servían de impulsores. Con cada palanqueada, su-

bíamos algo así como... ¡2 centímetros!... ¡Y había que subir cuatro pisos más!

Al rato teníamos la lengua afuera. Estábamos tan cansados, que no habríamos sido capaces de levantar ni una calumnia. Eliecer nos llevaba cortitos, y si nos quedábamos atrás, el andamio se empezaba a ladear espectacularmente. Lo peor era el balanceo. Algo así como cruzar el cabo de Hornos en una tina. ¡Quién nos mandó a meternos en este forrito! Al fin llegamos a la ventana del último piso.

—Vamos a tener que pedir que nos abran —informó Eliecer.

—Pero... ¿que dejan el aparato colgando toda la noche?

Así no más era. Durante el día suben y bajan, igual que las arañas en un hilo. Al final de la jornada, lo dejan colgando lo más cortito posible y vuelven al otro día. Como entran y salen por las ventanas, es claro que necesitan la colaboración de los oficinistas o vecinos del edificio.

—¿Y quién vive en este departamento? —preguntamos frente a la ventana.

—No tengo idea.

—Pero... ¿y si no hay nadie? ¿Vamos a pasar la noche aquí afuera?

Empezamos a golpear los vidrios como locos. Atrás se veían unos visillos sucios. La ventana estaba inmunda por fuera. Llena de telarañas, hollín y mugre. Allí dentro, o no había nadie o... En ese momento captamos un casi imperceptible y extraño ser tras los visillos. Algo parecido a un rostro humano se adivinaba detrás. Presentíamos más bien un par de ojos malignos mirándonos torvamente.

Entonces ocurrió aquello... (Da escalofríos recordarlo.) Se abrieron los visillos y una cara espantosa se asomó a la ventana. Un graznido de pajarraco nos sacudió. Casi nos fuimos baranda abajo de puro terror.

—¡Váyanse de aquí, bandoleros! ¡Quítense de mi ventana, facinerosos!...

Era una dama antigua horrible, fea, pintarrajeada. Se parecía a la de *Qué Pasó con Baby Jane*. Eliecer empezó a disuadirla amablemente, intercalando en su alegato algunas maldiciones en voz baja.

—Oiga, pues, señora... Abranos... Estamos trabajando, dejándole bonitas sus ventanas. (¡Puchas la vieja pa huevona!) Sea buena persona, misia, qué le cuesta. (¡Abre, pos, vieja fea!) Por favor, madame, se lo ruego...

—No, esa ventana no se puede abrir. Yo la mandé soldar hace 35 años...

Pero se equivocaba si creyó que Eliecer es de los que se rinden así no más.

—¡Aahh!... Pero si no hay ningún problema... Precisamente ando trayendo una soldadora especial para desoldar ventanas soldadas... Con permiso...

Y se coló muy forongo. Debajo de la ventana había un mullido diván forrado en raso púrpura. Eliecer le puso las dos gambas arriba, y como andaba con zapatones tanque, los dejó marcaditos. Ahí quedó la crema.

—Miren cómo me dejaron mi “chiffonnier Luis XV”... ¡Vándalos!...

La misia estaba enfurecida, parecía gallina clueca. Bufaba de ira, pasaban diez segundos y daba unas carcajadas histéricas. Luego se desplomaba arriba de un sillón. (“¡Traigan las sales!”)

—Bueno, señora, tenemos que hacer, así es que, lamentablemente, no vamos a poder seguir acompañándola...

—Debieran haberse mandado cambiar hace rato —nos contesta choreadísima.

—Entonces, será hasta mañana —se despidió Eliecer.

—Pero... ¿es que van a volver? —exclama al borde del ataque de caspa.

—Claro, porque es la única forma de volver al andamio.

—¡Ah... miren qué bueno!... ¿Y con qué quieren que los espere?... ¿Con pastelitos... con un coctel?

La vieja es perversa, sin duda. Se aprovecha porque tiene la sartén por el mango. Intervenimos, medio picados.

—Mire, señora, por el coctel no se preocepé... De eso me encargo yo... Le voy a traer un coctel... ¡Molotov!... ¿Por qué es así, doña? Ellos son trabajadores que le están limpiando sus ventanas... Harta falta que les hacía por lo demás. Usted tiene la obligación de ayudarlos.

—Déjese de payasadas usted también. ¡Y ya, ya, ya... vayan saliendo!...

—Usted debe llevar una vida sumamente aburrida, señora, encerrada aquí. Contenta debería estar de haber tenido en su casa a jóvenes alegres, buenos mozos... ¿Ve cómo se ha entretenido hartito con nosotros?

Comenzó a gritar como una loca. Entonces ahí sí que nos retiramos. Y también nos despedimos de nuestros amigos. Ahí los dejamos, echándole el pelo, lidiando con viejas momias, arriesgando la vida y limpiándole el rostro a Santiago.



Una Olimpiada chora

Y ahora les vamos a contar cómo se hizo en La Granja la Olimpiada más chora de los últimos tiempos. ¿Es posible hacer de unos potreros disperejos un campus deportivo, sin medios económicos? Sí, ¡es posible! Con voluntad, con sacrificio e imaginación.

Los cabros de esa proletaria comuna se organizaron. El Ministerio de Obras Públicas se cuadró con la motoniveladora y la aplanadora; al cabo de dos días de intenso trajín, el terreno quedó más o menos parejo. ¡No se trataba de ponerse muy exigente tampoco! ¡Ya, listo, flor flay!

Un viernes de octubre, Gran Inauguración Gran. Cuatrocientos jóvenes, hombres y mujeres. Siete deportes: atletismo, básquetbol, vóleibol, ciclismo, pimpón, baby-fútbol y ajedrez.

En un lugar doce muchachos lanzan la bala. La emoción es doble. Por un lado la apasionante lucha por el primer lugar; por el otro, la preocupación de todos porque la bala no vaya a descabezar a un cabro chico. ¡¡Palabra!! Los menores hormigean por millones a todo lo largo y ancho del campus.

Andan radiantes.

Cada prueba los motiva al máximo, ven lanzar la bala, y al rato una docena se ha pre-





Olimpíada
chora:
final
100 metros
damas



munido de una pie-dra-más-o-me-nos-re-donda-y-bien-pe-sa-da-pero-no-tan-to, y la lanzan con fiereza. Se hacen trampa en las distancias, discuten acaloradamente.

—Chih, no, güeón, no seái pillo, güeón, persiste el pie más adelante, güeón.

Acá, salto alto. Dos palos rústicos de dos pulgadas de diámetro, clavados en el suelo. Unas abrazaderas “máde in La Granja” (soldadas por nosotros mismos) sujetan un coligüe no muy derecho que digamos. El saltador debe luchar contra la altura y contra el público que se achoclona y no lo deja tomar vuelo. Hay carreras de velocidad, postas. Se pasan el bastón sin ningún estilo, a la que te criaste.

Un mozalbete en equipo de gimnasia repasa una y otra vez el trazado de la pista; usa un curioso artefacto hecho con un palo de escoba, dos ruedas de un coche de guagua y una tetera. Después de cada prueba, patientemente y con cariño, sale y rehace el tizado.

Los pequeños ahora se multiplican. Corren, saltan, lanzan, brincan. ¡¡Más de algún excelente decatleta debe salir de aquí!! Hacen mil cabriolas. Se desafían. Sólo se quedan tranquilos frente a los ajedrecistas, a quienes miran con seriedad y respeto. A pesar de que no entienden nada, observan con fijeza. Escrutan durante largo rato el tablero y las piezas. Hablan

Y les queda
tiempo para
ser bonitas.

con gravedad y en voz baja. “¿No cierto que los arfiles y las cabezas de caballo valen más que los peones?... ¿No cierto?... ¡Veís!...”

Afuera las barras ponen el bullicio. Bromas, chistes, tallas. Mientras tizan nuevamente la cancha, nos acercamos a conversar con un grupo.

—No tenemos medios. Aquí todo es rústico e improvisado. Pero no nos importa. Queremos demostrar que la juventud obrera se la puede.

—Los problemas de muchos jóvenes de esta comuna son el alcoholismo y la delincuencia. Ahora último, incluso, la marihuana. Pues bien, tú has visto a todos estos cabros chicos. Ya no van a querer imitar al “choro” del barrio, sino al compañero que ganó los cien metros planos.

—Nosotros pensamos que nuestro ejemplo debe ser seguido en otras partes. En escuelas y clubes deportivos. Así, masificando nuestro deporte, lo podemos sacar del estado en que se encuentra.

Se ha hecho de noche, nos despedimos poco antes de que comience el Gran Baile con que termina la Olimpiada. Chao, compañeros. Ya nos veremos. Hay mucho más que podemos conversar.

IV EL EMPEDRADO CAMINO DEL APRENDIZAJE

En nuestro país hay 5.101.250 personas entre los 5 y los 25 años. Indiscutiblemente que somos un país joven. ¡Y eso que no metimos en el saco a los enanos chicos entre los 0 y los 4 años, y que son otro lote de este porte: 1.110.420! Entre los cinco millones y tantos que están entre los 5 y los 25 años, 900.600 son lolos entre 15 y 19 años, constituyendo un 10% del total de la población del país. Ellos son los adolescentes de Chile. De ellos hemos querido contarles aquí. Si no los hemos agarrado a todos ellos juntos, si no hemos hablado de "la juventud chilena", es porque hemos considerado que, si bien tienen inquietudes comunes y comportamientos similares (estilos propios, rebelión en general, conflictos), tales coincidencias no deben desviar del hecho de que la índole de sus problemas es distinta. Ellos están en estrecha relación con el tipo de sociedad en que viven y se desenvuelven. Es por esto que los hemos separado, sin pretender abarcarlos a todos.

Ahora vamos a contarles de los estudiantes. Si nos dejamos llevar por algunos datos (en Chile, al ingresar a primaria, los hijos de campesinos constituyen el 75% del total; al

ingresar a la Universidad, son apenas el 3%), podríamos concluir que los estudiantes se diferencian muy poco de los lolitos jai, ya que, en su gran mayoría, tienen un origen de clase semejante. Y esto no es tan así. En algunos casos se da. En otros, nica... Pero mejor que sean ellos quienes lo muestren.

Los secundarios: grandes señores y rajadiablos



El grupo de lindas chiquillas con sus uniformes de liceo atravesaban la Plaza de Armas de Temuco cuando las interrumpimos.

—¿Ah? ¿Son de Santiago? ¿Un reportaje... en serio? ¡Ya, vamos al tiro!

Así más o menos empezó la conversación. Ágiles, entusiastas, vitales, las chiquillas que abordamos en la plaza nos llevaron hacia el local del liceo. Y en una sala desocupada armamos al tiro la chuchoca.

—Mira, la juventud actual es más egoísta. Nosotros, que tuvimos acceso a la educación, somos injustos ya que les echamos la culpa de todo a nuestros padres, que no tuvieron esa oportunidad. O cuando no es a los padres, es



Escuela Pública de Coigüe, comuna de Cholchol

a la sociedad. Y yo me pregunto: ¿Hasta dónde de la sociedad tiene la culpa? En total desacuerdo. Aquí el conflicto no es con los padres, sino con una sociedad que los jóvenes en su gran mayoría rechazamos. El capitalismo no es responsabilidad individual de nadie, sin embargo nos castiga a todos.

—¡Claro! Unos lo sufren económicamente, y otros moralmente, pero a todos perjudica. Por eso es que los jóvenes tenemos mucho que hacer, mucho que contribuir. Y resulta extraño que algunos jóvenes estén más preocupados de justificar el pasado que de mirar con optimismo al futuro.

—¿Aquí, en Temuco, tienen problemas con los hippies, las drogas, etc.?

—Mira, aquí claro que hay algunos adolescentes penetrados culturalmente. Los marihuanoeros de la Avenida Alemania, por ejemplo, donde vive toda la crema de Temuco. Esos pobres cabros viven, hablan, visten y piensan siguiendo moldes de sociedades viejas y corrompidas.

—¿Y qué tal andan sus asuntos sentimentales, el "atrinque", como le llaman aquí?

—Para mí, atrinque es sinónimo de oscuridad. Apenas el cabro invita a "pasear a donde estemos más tranquilos", "a la terraza", ¡tate! ¡Este huevo quiere salir! Y el atraque o pololeo gestado en la frivolidad de una fiesta no es una base para iniciar nada serio. Al contrario, es denigratorio para una chiquilla.





Lolas de
la Frontera.

—Y las ridiculeces que nos dicen: “Tú eres lo que siempre soñé”, “Antes de conocerte, te imaginé”. Y para qué vamos a hablar de la manibrita cuando nos invitan al teatro y empiezan con las rodillas...

—Hay factores de deformación cultural, malos hábitos, malas políticas educacionales. Por ejemplo, todos los liceos deberían ser mixtos. Ahí el ambiente es más sano. En el Liceo de Hombres, si ven de repente a una mujer, parecen obsesionados sexuales como miran. En cambio, en el Comercial, que es mixto, hay más madurez y comprensión.

Días más tarde, en Santiago, fuimos a ver a los “angelitos” del Liceo Lastarria. Ahí dialogamos con un segundo medio. Treinta alumnos entre 13 y 16 años, y entre 1,50 metro y 1,90 de estatura. (“¡Por Dios que está grande este niño, cómo pasa el tiempo!”)

—Con los profesores jóvenes nos avenimos mejor. Y no porque estemos planteando una lucha generacional, sino, se me ocurre a mí, porque los cabros recién salidos de la Universidad tienen frescos los problemas que se les presentaban a ellos como estudiantes; por lo tanto, son más flexibles y comprensivos.

—Yo quiero referirme a un asunto específico. Creo que no debería permitirse la política en los liceos. Es una plaga que perjudica. ¡Cuántas huelgas se han producido como consecuencia de esta politización!

—Yo no estoy de acuerdo con eso. Frente

a cualquier problema, es deber de todo ciudadano asumir una posición. Y para llegar a ella es necesario tener un mínimo de conocimientos de diversas materias de las ciencias sociales. ¡Si eso tan simple no puedes comprenderlo, allá tú!

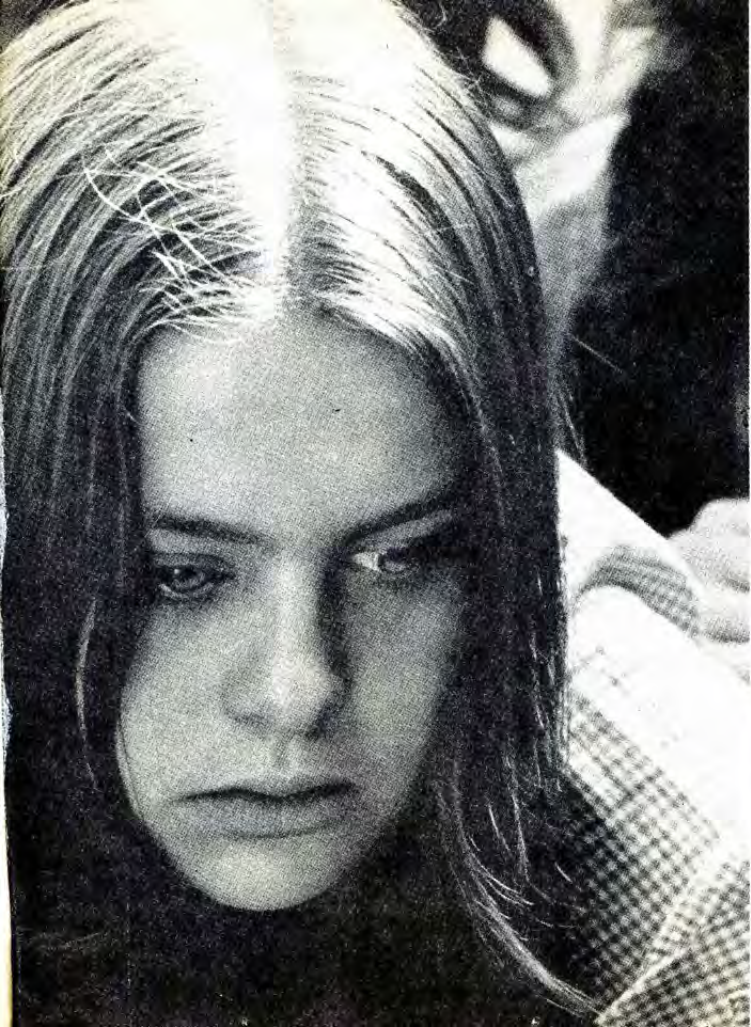
—La política es tan sólo el arte de bien gobernar. A lo mejor estamos muy nuevos para meternos en honduras. Es cuestión de madurez de cada cual y yo creo que ahora es un buen momento para empezar. Y el liceo es el lugar más adecuado para hacerlo.

Antes de despedirnos un cabro chico bromea con respecto a la marihuana. Les preguntamos si la han fumado y quince de ellos (la mitad del curso) responden afirmativamente. “Yo he fumado como ocho veces”, contesta uno con cara de niño regalón que no se la puede. “¿Y por qué?”, le preguntamos. Y con su mejor cara de inocencia nos contesta: “Por pura curiosidad”.

¡Harto exagerará la curiosidad del cabro!
¿No?

**Vehementes... chispeantes...
talleros... patudos** ★

El Primer Encuentro Nacional de la Juventud Chilena, realizado por el Departamento de Educación Extraescolar del Ministerio de Educación, nos permitió reunir a un grupo de cabros estudiantes secundarios, desde Arica a Puerto Montt. Y una mañana, entre tallas, chis-



Pensando en...



...el amor.

tes, anécdotas y hueviche, les sacamos punta a algunas cuestiones.

Jorge Romero (16, Liceo de Quillota): —Si bien los jóvenes podemos participar en las luchas políticas, quienes van a construir en definitiva la nueva sociedad son los obreros, los trabajadores en general. Nosotros hablamos muy lindo, pero los teóricos aquí no valen mucho. Hablando somos capaces de las mayores hazañas. Pero cuando llega la hora de la verdad, no estamos dispuestos a sacrificarnos.

Alejandro Cuevas (18, Liceo de Arica): —Está bien eso de buscar el desarrollo para el pueblo, pero me carga eso de andar imitando. Hay que decirles no a los yanquis, pero no también al Che Guevara y a cualquiera que venga con ideas extranjeras. Las soluciones deben salir de cabezas chilenas. Todos los que aquí hablan de revolución no aplican ideas chilenas.

Mario Devan (16, Liceo de La Unión): —Yo te voy a hacer una sola pregunta para que veas lo irracional de tu afirmación. La nacionalización del cobre: ¿la recomendó Carlos Marx o la decidió el pueblo chileno?

—¿Cómo ven ustedes, que son jóvenes, cuestiones como el matrimonio, el pololeo, el sexo?

Ladislao Gajardo (18 años, Instituto Comercial de Arica): —Las relaciones sexuales prematrimoniales deben ser un paso previo al matrimonio, ya que la gran mayoría de los

fracasos matrimoniales son causados por desavenencias sexuales, producto de su no preparación anterior.

Adriana Maulén (19, Escuela Normal Superior de La Reina): —Lo único malo es que con esa chiva ustedes nos hacen lesas. . . y después ni se casan con una. . . Yo pregunto: ¿no se podrían preparar las parejas, sin que sea necesario acostarse? Con las puras clases teóricas no más, digo yo.

Basilio Barrientos (18, Liceo 2 de Valparaíso): —¡No, pues, compañerita! Acuérdate lo que dijo Lenin: “La teoría debe ir estrechamente ligada a la práctica”. . . A propósito de esto, les voy a contar un caso que le pasó a un amigo mío. . . Tenía 16 años y quería “hacerlo” por primera vez. Como no tenía con quién, decidió ir a un prostíbulo. Juntó plata harto tiempo, peso por peso. Y cuando ya le alcanzaba, partió, se vistió bien endomingado, se bañó, se perfumó. . . Llegó al prostíbulo y bien cortado habló con la regente. La vieja lo llevó a una pieza resucia donde estaba una fiata acostada. Fea, vieja, bigotuda, tirada encima de la cama leyendo *La Tribuna*. Con remalos modos le dijo que se anduviera empiluchando su poco. . . Cuando el compadre estaba listo, le dijo: “Ya, huevón, hazlo rápido”. . . Y lo atendió así no más, ni se movió. No me acuerdo si este gallo me contó que había dejado el diario a un lado o no. Bueno, esto es como para dejarlo a uno por un año sin habla.



**"Y después,
ni se
casan
con una."**

Alejandra
Mizala,
17 años,
850 puntos



Ladislao: —Bueno, pos, Basilio... ¿Y vos qué le dijiste? ¡Debiste haberle reclamado! ¡O no pagarle, en último caso!

Un cedazo temible: la Prueba de Aptitud Académica



Los cabros estudian su poco, la revuelven su resto, discuten, opinan, etc. Y al final de doce años de estudios una ominosa sombra se cierne sobre ellos. Es la Prueba de Aptitud Académica. Al principio era la terrible perspectiva de quedar fuera de la Universidad. Pero poco a poco las Universidades, con el apoyo presupuestario del Gobierno, han conseguido ir ampliando la cuota de matrículas. En 1965 no eran más de 15 mil los privilegiados que conseguían su matrícula. Ahora las cifras han subido a 60 mil anuales. Pero no sólo es el problema de quedar afuera, sino también el ser rechazado de las carreras elegidas. De los 80 mil que dan la Prueba, casi todos desean seguir Medicina, Ingeniería o... Periodismo. Y los más altos puntajes se transforman, por aquellos días de febrero, en favoritos absolutos de los periodistas y de amigos y parientes chochos.

Alejandra Mizala Salces, 17 años, fue uno de los tres más altos puntajes nacionales en las Pruebas de Selección. Y que le permitió ingresar en el primer lugar a Economía con 850

puntos. Ella es rucia, bonita, ojos verdes, chiquitita y muy amiga nuestra... ¡Nosotros le estuvimos enseñando un poquitito de matemáticas cuando se estaba preparando para la Prueba!

—¿Cómo recibiste la noticia de haber sacado el primer puntaje en Economía?

—Con una alegría tranquila.

—¿Qué factores te ayudaron en tus estudios?

—Es bueno que me lo preguntes. Yo estoy consciente de que el ingreso a la Universidad es una especie de carrera en la que todos no tienen las mismas oportunidades. Yo, por ejemplo, lo tuve todo: alimentación, libros, facilidades de todo tipo. Además, nunca tuve problemas en el hogar. Soy una privilegiada en ese sentido. Es por eso que no le doy mayor valor a mi puntaje.

—¿Y quiénes no tienen esas facilidades?

—Los estudiantes que provienen de hogares modestos, los hijos de obreros y campesinos. Todos aquellos niños que estudian en medio de condiciones increíblemente adversas. Aquellos que a pesar de todo esto logran llegar... ¡ésos sí que merecen la admiración de todos!

¡En la escuela...

El joven ha conseguido llegar. ¿Y qué pasa una vez que está adentro? ¿Cómo mira a la sociedad, a los suyos, a su clase de origen?



¿Se acentúan en él sus rasgos egoistas o, por el contrario, emerge su altruismo? ¿Y cómo mira al resto de la juventud? Para tener una idea (no pretendemos agotar el tema ni mucho menos), una mañana que estábamos en nuestra Escuela de Periodismo de la "U" propusimos esta conversación a un grupo de compañeros.

Carmen Lechuga (22, 4.º año): —El medio del cual venimos la mayoría de nosotros te forma una imagen distorsionada de la universidad. Entonces ella pasa a ser para uno algo así como una meta. Hacer una carrera y tener un título es un imperativo.

Patricia Politzer (20, 4.º): —A la universidad llega gente de una sola clase social, por causas socioeconómicas conocidísimas. Y la gran mayoría de los que llegan vienen porque esto da status y porque después van a salir a ganar dinero como locos, motivados por el lucro.

Roberto Careaga (23, 4.º): —Es que la universidad tiene un carácter de clase, siempre ha servido a las clases dominantes para tener profesionales técnicamente preparados que sirven y refuerzan el sistema.

Paty Espejo (20, 2.º): —Yo vengo de un colegio para élites económicas. Y cuando llegué aquí, los propios planes de estudio me obligaron a leer bastante de Ciencias Sociales, a Marx. He cambiado mi visión del mundo en





Amable
diálogo
con
futuros
colegas

forma increíble, y ahora recibo la presión de mi medio.

—*De ustedes seis. . . , ¿cuántos pertenecen a familias de gente de derecha? (Cinco de ellos levantan la mano.)*

Héctor Bustos (21, 3.º): —Mi caso es curioso. Yo soy hijo de campesinos que mientras no tuvieron nada fueron de izquierda. Pero la familia se vino a la capital y poco a poco fue subiendo en la escala social. Ahora mi padre es un vendedor viajero. Tenemos todo tipo de comodidades y los mayores de la familia han ido evolucionando hacia la derecha y adquiriendo la ideología burguesa.

Augusto Alvarado (24, 4.º): —La pequeña burguesía se caracteriza por su posición fluctuante. Por un lado aspira a subir de status. Por el otro, ha madurado políticamente junto con el ascenso de la lucha del pueblo. Esta contradicción es la que condiciona la permanente frustración del estudiante universitario.

—*¿Crean ustedes que se puede hablar de la juventud como un todo?*

Héctor: —Yo creo que no; hay que separar. Un lolo de Providencia no se asemeja en nada a un joven proletario que ha tenido que trabajar desde los 12 años.

Paty: —Yo no creo que los lolos jai sean malos. Lo que sucede es que desconocen, viven en un mundo muy estrecho. Fíjense que a un niño de 8 años, al que le hago clases parti-

culares y vive en una mansión, el otro día le pedí que me hiciera una composición sobre el invierno. Y puso que había que prender leña en la chimenea, poner más frazadas en la cama, usar calcetines de lana, etc. Y cuando le conté que había casas que se llovían, él no lo podía creer. . .

Patricia: —Eso es cierto. A los niños de familias acomodadas, sus padres tratan por todos los medios de esconderles la realidad social. En mi caso, mi mamá me dice que yo voy a ayudar a las poblaciones cuando hay emergencia de puro morbosa que soy, que me gusta mirar lo feo. Desde luego que ella sería incapaz de ir alguna vez, porque para ella el barro, la desnudez, la desnutrición, son cosas horribles, pero en el sentido estético de la palabra.

Roberto: —La burguesía es muy sabia. Es mucho más conveniente para ella tener gente marginada de la realidad. Y como la ideología burguesa también se mete en el proletariado, así tienen juventudes homogéneamente ajenas y desinformadas.

Héctor: —Se crean mitos, estereotipos. Así, tenemos a “la mujer Paula”, “al adolescente Ritmo”. La burguesía provee de pautas y conductas sociales a todas las clases. Una vez *Ritmo* decía: “Llegó el invierno, chicas; tomen sus esquís y partan para Farellones”. Y como la tal revistita se vendía preferentemente en sectores populares, se producían casos patéticos.



"Nos
esconder
la
realidad
social."

—Una vez, cuando chico, me pasó un chasco. Fue una patota a Farellones y yo me pegué. Como no tenía parka, mi mamá me mandó con abrigo. . . , ¡cáchense!. . . Me miraban como pájaro raro. . . Es cierto lo que tú dices, Héctor. Se produce un rechazo social fuerte. . .

Augusto: —La juventud no es una sola, de acuerdo. Pero sí como bloque tiene crisis que corresponden al desmembramiento del sistema capitalista, que no le da la oportunidad de desarrollarse íntegramente. Y estos problemas los vive tanto el joven burgués como el trabajador. Igual como el problema de los viejos (ricos o pobres) que sufren el problema de la soledad, de que los desechan porque ya no son productivos. El comprender esto nos puede ir facilitando el camino, puesto que lo peor que podríamos hacer es ser sectarios en este aspecto. Son jóvenes que se oponen al sistema. Ahora, que están mal proyectados, de acuerdo, pero no podemos descalificarlos por eso, sino tomar en cuenta sus problemas de juventud también en crisis.

Y en la calle



Las fábricas en manos de sus trabajadores corrian peligro. Entonces, al llamado del Departamento Juvenil de la CUT, miles de muchachos y jóvenes universitarios salieron a la calle. Lienzos alusivos, Bosques de banderas chilenas. Estandartes rojos, verdes, azules, rojine-

gros. Las Federaciones de Estudiantes con sus dirigentes a la cabeza.

Como un torrente de entusiasmo y combatividad, la marcha avanzó por Alameda. Una, dos, tres, cinco, muchas más cuadras de muchachos coreando consignas.

“¡La industria estatizada. . . jamás será entregada!”

Un muchacho de pelo largo dirige los gritos de una gruesa columna. Camina de espaldas, dando la cara a sus compañeros, haciéndose bocina con las manos. Es Jano Jiménez, vocal de la FECH. Tiene un vozarrón imponente:

—¡Los momios en Chile! —Y doscientas gargantas rugen al unísono: —¡NO PASARAN!. . . —¡Los vendepatrias!. . . —NO PASARAN!. . . —¡Los yanquis ladrones!. . . —¡NO PASARAN!. . . —¡Los sinvergüenzas!. . . —¡NO PASARAN!

Frente a la Biblioteca Nacional, el desfile se detiene por algunos momentos. Sube a un improvisado estrado el rubio vicepresidente de la FECH, “Maño” Riesco. En sus manos sostiene un megáfono.

— . . . En el día de ayer, un inmundo pasquín vendido al imperialismo ha tenido el descaro de pedirle al compañero Allende que se suicide. . . (Hay gritos indignados entre los jóvenes. “Maño” los calma y sigue en un tono in crescendo.)



**LLAMA: A PARAR EL FASCISMO Y
CON EL PROGRAMA REVOLUCIONARIO DE
MUP T 72**

No nos
moverán.





"Nosotros, los jóvenes, desde aquí, queremos decirles a esos desgraciados, a esos traidores, que se anden con cuidado... Han pretendido crear una crisis constitucional. Pues bien, si en el Congreso no logran reunir los dos tercios, que se olviden de su proyecto... , que se olviden... (Habla con garra y va creando una verdadera mística en la masa. Toma fuerzas para el final.) Porque el pueblo no vuelve atrás, el pueblo caminará siempre, y siempre hacia adelante, el pueblo... (Sus últimas palabras son ahogadas por las ovaciones y gritos de los jóvenes.)

El desfile entra por Ahumada. Son miles las personas que lo ven pasar, desde las aceras, desde los balcones. Hay aplausos, manifestaciones de solidaridad. Frente al Café Haití los gritos se redoblan. Dedos acusadores que apuntan... "¡Los que trafican con dólares!... ¡NO PASARAN!... ¡Los delincuentes de cuello y corbata!... ¡NO PASARAN!... ¡Los pichicateros!... ¡NO PASARAN!"

El desfile abarca ya quince cuadras. Nuevos manifestantes se incorporan. El final del desfile no dobla aún por Ahumada, cuando el frente de la columna empieza a bajar desde Plaza de Armas, por Estado.

Y es precisamente en ese momento cuando un grupo de jóvenes obreros se bajan bulliciosamente de la micro que los llevaba a sus casas, y se incorporan al desfile.



LOS AUTORES: Lucho Abarca y Juan E. Forch son alumnos del cuarto año de la Escuela de Periodismo de la U. de Chile. Entre los dos tienen un término medio de veintitantos años y han trabajado juntos en la revista "Ramona", de la cual se ha obtenido parte del material que conforma "Viaje por la Juventud".

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de la
EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU LTDA.,
Av. Santa María 076, Santiago de Chile, en septiembre de 1972.

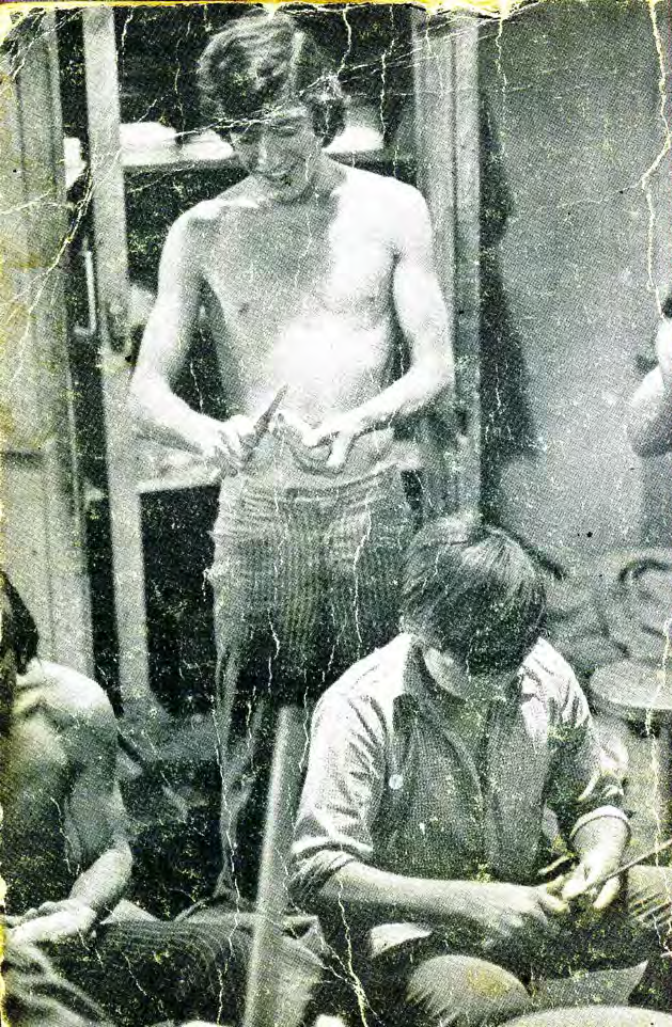
Director de la División Editorial: JOAQUIN GUTIERREZ
Jefe del Departamento: ALEJANDRO CHELEN ROJAS

Director de la Colección: HANS EHRMANN
Asesor: MARIO VERGARA
Diseño: PATRICIO DE LA O
Documentalista: HEBERT CORBO

Edición de 50.000 ejemplares; 1.º al 20.º millar. \$ 40.100.
Fotografías: Lucho Abarca, Juan E. Forch y Pool Fotográfico de Quimantú
Secretaría de la Redacción: Vinka Zamorano

INDICE


I	En un verano, dos mundos	7
II	La resplandeciente ociosidad	26
III	El esfuerzo de todos los días	49
IV	El empedrado camino del aprendizaje	74



COLECCION NOSOTROS LOS CHILENOS

Volúmenes publicados:

1. Quién es Chile.
2. Así trabajo yo, tomo I.
3. La lucha por la tierra.
4. Historia del cine.
5. Así trabajo yo, tomo II.
6. Yo vi nacer y morir los pueblos salitreros.
7. Así trabajo yo, tomo III.
8. Los araucanos.
9. Chiloé, archipiélago mágico, tomo I.
10. Chiloé, archipiélago mágico, tomo II.
11. Historia de las poblaciones callampas.
12. Así trabajo yo, tomo IV.
13. Pintura social en Chile.
14. Historia de la aviación chilena.
15. Los terremotos chilenos, tomo I.
16. Los terremotos chilenos, tomo II.
17. Geografía humana de Chile.
18. Así trabajo yo, tomo V.
19. Niños de Chile.
20. Las grandes masacres.
21. Islas de Chile.
22. La mujer chilena.
23. Comidas y bebidas de Chile.
24. Viaje por la juventud.



VIAJE POR LA JUVENTUD

LUCHO ABARCA

Y

JUAN E. FORCH

NOSOTROS
LOS
CHILENOS

COLECCION NOSOTROS LOS CHILENOS



4

VIAJE POR LA JUVENTUD

LUCHO ABARCA Y JUAN E. FORCH.

PORTADA: FOTOCOLOR DE
JUAN DOMINGO MARINELLO

INTRODUCCION



Este es decididamente un libro. Y los libros tienen, antes que nada, un prólogo, introducción o prefacio, como ustedes saben. Por lo tanto, a nuestro libro no podía faltarle una cuestión tan importante. Con mayor razón cuando nosotros, sus autores, nos hemos preocupado muy seria y metódicamente de que contenga todos esos elementos que tienen los libros de verdad.

Y como estas introducciones y prólogos para lo único que sirven es para explicar de qué trata lo que viene más adelante, y también para ir agarrando confianza, ahora vamos a tirarnos de un viaje al agua.

La verdad es que en estos días la vida anda un poco tensa, arremolinada y dislocada. Tenemos que andar corriendo para que el mundo no se nos pase por el lado. Hay que ponerse, ya no al día, sino a la hora, a cada rato. Las cuestiones suceden así, de repente.

Y bueno, años más adelante, algunos van a plantearse la pregunta: “¿Y los jóvenes... qué hacían durante aquellos inquietos días?” La respuesta tratamos de entregarla en estas páginas. Porque, justo es reconocerlo, los muchachos también están participando en la chuchoca. Si les tiran a los chincoles o si les tiran a los jotes, o para qué equipo están jugando, ése es ya otro problema. Si no hubiera gustos no se venderían las telas y no habría carreras de caballos, decía un viejo, amigo nuestro. Y si no hubiera intereses de por medio, no existirían los usureros...

De todo esto trata este libro. Claro que no vamos a decir que aquí están representados todos los jóvenes chilenos, porque seríamos más mentirosos que el diablo. Tampoco vaya a creerse que se trata de algo muy profundo o difícil. Nada de eso. Es sólo lo que observamos un par de jóvenes que estamos en el baile y que hemos tratado de rescatar, un poco, cómo está viviendo nuestra generación, la que viene un poco más abajo y la que pasó no hace muchos días.

En síntesis, mostrar a los jóvenes, con pinceladas rápidas y a la diestra, sin mucha ciencia de por medio. Un poco en lo informativo, un poco en lo anecdótico, un poco en lo descriptivo. Tal cual nosotros vemos a los demás gallos jóvenes que la sufren, la luchan, la gozan, la sudan o se matan en algún lugar de Chile.

I EN UN VERANO, DOS MUNDOS...

Una noche
de veraneo, en Viña.



El "Topsi-Topsi" queda en la parte alta de Reñaca, el sector más jai de la ciudad más jai del país. Imposible llegar si uno no tiene auto, o, en su defecto, si uno no toma un taxi, que le cobrará 60 lucas desde la plaza de Viña. Al llegar, la afamada discothèque no impresiona en absoluto. Desde la calle de acceso, apenas se distingue una cabaña-bungalow de construcción modernísima. Piedra, madera y vidrio. Sin embargo, mirando desde la playa, el edificio es imponente. Construido en la empinada ladera de una colina, los inmensos ventanales realzan la arrogancia de sus cinco pisos.

Muchos jóvenes merodean por los alrededores. Celosos guardianes cuidan la entrada. "Aquí no admitimos marihuaneros ni pelientos", nos dice uno de los porteros. Adentro, todo es penumbra, rota a veces por luces que relampaguean o destellan intermitentemente. Música, colores y formas caprichosas. La arquitectura del local denota un gusto casi obsesivo por lo irregular, por lo caprichoso. El ambiente es doble. Por un lado, es tenso, casi neurótico por la música sicodélica que sale, ensordecedora, de los grandes amplificadores. Por otro lado, la semioscuridad, las luces rojas, ana-



Noche de verano
en el Topsi.

ranjadas, azules y amarillas dan al ambiente cierta tibieza, cierta blandura amodorrante que llama al relajo, a la laxitud.

Estamos en el piso de arriba. Hacia abajo, hay otros cuatros pisos comunicados entre sí por cinco insólitas vías: una escalera de caracol de fierro forjado, tipo colonial; un ascensor de comienzos de siglo, que parece jaula; un juego de tres toboganes, bastante empinados; un fierro para tirarse abrazado, sólo para tipos intrépidos, y una gran rueda que, al girar lentamente, deposita a los apoltronados viajeros en el piso del año que les pidan.

A medida que vamos bajando, las maravillas van aumentando hasta el paroxismo. Pistas de baile de madera y vidrio en formas caprichosas limitan con jardines y espejos de agua donde flotan plantas acuáticas. Macetas con flores, fuentes multicolores y estatuas de querubines... en pelota. (¡¡Míralo, qué tierno, qué tulita más amorosaaa!!...)

En las paredes, una infinidad increíble de recursos estéticos. Aquí unos retratos grises y antiquísimos de Valentino, Chaplin y la Greta Garbo. Más allá, en vidrio, un dibujo moderno que representa una persecución policiaco-gangsteril, en una explosión muy lujuriosa de colores y gestos de criminalidad viscosa.

En los rincones hay cortinajes que se asemejan a los lechos nupciales del siglo XVIII. Lámparas orientales de un lujo que aplasta. En





el cielo raso, vigas de madera quemada alternan con sedas, tules y otros huaipes. Allá hay un jardín colgante: de unas mohosas y gruesas cadenas penden repisas de madera labrada que sostienen maceteros con plantas tropicales de interiores. Pasillos tortuosos y oscuros desembocan en misteriosas salitas privadas sumidas en penumbras. Hay parejas en su interior.

Cabros muy decorativos



En las pistas, un par de docenas de muchachos bailan sincopadamente discos de Joe Cocker, The Doors, Cleadence Clearwater Revival, Mitch Rider and the Detroit Wheels y otros aborígenes. Son todos pellejitos finos, sonrosados y lánguidos. Las niñas, pelo largo y sedoso. Cintillos apaches en las frentes y campanillas en los cogotes. Jeans con tiras de gamuza apretando las rodillas. Mangas cortas encima de mangas largas. Quimonos, cinturones con gruesos argollones. Pantalones ajustadísimos como una segunda piel, debajo de los cuales no llevan ropa interior. Y anillos, pulseras, collares y colgajos surtidos.

Los cabros, abrigos negros tipo frac encima de blue jeans y zapatillas de tenis. Casacas de cuero negro sobre poleras "Texas University". Gargantillas de gamuza, parkas impermeables finísimas llenas de cierres éclairs, chombas a rayas verticales encima de camisas a rayas horizon-

Cuando terminen
de bailar, conversemos

tales. Formalmente, el baile es entre dos, pero en la pista los muchachos se mueven concentrada y aburridamente en una especie de introspección gimnástica. Sus compañeros o compañeras de baile no tienen ninguna importancia. Igual bailarían solos. Son movimientos de autocomplacencia, de seducción de sí mismos.

Un par de parejas llaman la atención, principalmente por su facha estridente y por la belleza de las niñas.

—Oye, somos periodistas..., ¿qué tal si conversamos?

Nos siguen silenciosamente. Después vamos a saber que tienen 14, 15, 16 y 18 años. Las niñas son bellísimas. Morenas, esbeltas, ojos claros.



Las "Correas", mis amigas

—¿Cómo se llaman?

—Luis Franke. (16 años).

—Patricio... (18)

—¿Patricio... cuánto?

—¡¡Patricio no más!!

—Aaahh... ¿eres hermano de la María no más...?

—Magdalena Correa. (14)

—Claudia Correa. (15)

—¿Son hermanas?...

—Sí.

—Tu papá ¿en qué trabaja?





Magdalena Cerrea,
Luis Franke
y un pellizco
de reportero.

—Es industrial, tiene fábrica.

—Fábrica de "correas"?

—No, de persianas.

—¿Dónde viven?

—Nosotros, en Reñaca. Ellos, en Viña.

El diálogo es cortante. Las fotos, disparadas de todos los ángulos, contribuyen a ponerlos tensos. Ellas parecen intrigadas e interesadas, pero permanecen a la defensiva. Los cabros dan la impresión de que participan en la conversación a la fuerza. Preferirían seguir bailando. O estar lejos.

—¿Vienen seguido?

—Todos los sábados. Aquí lo pasamos descueve.

—Aquí hay buen ambiente, sabís.

—A veces se pone medio penca, cuando llega mucho viejo.

—¿Es tan importante venir todos los sábados?

—Mira, el sábado es el único día fuera de lo común.

—Es una manera de cortar la monotonía de la semana. . .



"La aventura"

Son sinceros y no ocultan nada. Es cierto. La gran mayoría de la juventud burguesa que asiste al "Topsi-Topsi" va a vivir la Gran Aventura. Por unas horas consiguen romper el aburrimiento de una existencia ociosa, gris, sin horizontes. Lo notamos en las actitudes de la mayoría de ellos. En aquella niña que baila en una isla de cemento de menos de un metro cuadrado de superficie, ubicada en medio de un espejo de agua de regular profundidad. Ella piensa, sueña, le causa terror y placer la perspectiva de caerse al agua. El lunes llegará a la escuela y, con gritos de placer, contará a sus compañeras que le faltó poquito para precipitarse a un lago infestado de caimanes, tiburones y pirañas.

—*¿Han pensado que esto es demasiado exclusivo, que otros jóvenes no podrían venir aunque quisieran?*

—*¡Lógico! Y así debe ser, porque se selecciona el ambiente.*

—*Aquí los pelientos no entran porque cobran caro.*

—*Yo me cacho a un peliento de lejos. Y no es cuestión de cómo se vista sino de estilo, ¿entendís?*

—*A mí me carga que los pelientos nos traten de imitar. Se ven grotescos.*

—*¿Tú crees que los que vienen aquí sean todos igual que ustedes?*

—*Claro. Somos egoístas ¿y qué? La vida hay que disfrutarla.*

—*Si yo estoy bien... ¿para qué me voy a ocupar de los demás?*

—*¡Aguíntale..., es que también existe otra juventud! ¿Qué opinan ustedes, por ejemplo, de esos jóvenes que estudian, trabajan y ayudan a los suyos al mismo tiempo? Aquellos que abrazan un ideal, se comprometen con el pueblo.*

—*Bueno, esos gallos son felices a su manera.*

—*Está bien que se esfuercen por salir de su pobreza. (¡¡¡¡¿?!!)*

—*A mí esas cuestiones no me interesan.*

—*¿Serías capaz de sacrificarte por los demás, dar algo?*

—*Mira, se pueden hacer cosas... Juntar ropas pa los pobres, cosas así.*

—*No, yo no. Estoy bien así. ¿Sabís que más?... Yo soy más feliz que la recresta.*

—*¿Y qué hacen ustedes... aparte de divertirse más que la recresta?*

—*Ellos tres estudian. A mí me echaron hace un mes de las monjas.*

—*¿Dónde estudiabas y por qué te echaron?*

—*En las Monjas Francesas, de aquí de Viña. Me echaron por escribir güevadas en los baños. Escribí "Viva Silo".*

—*¿Ah, admiras a Silo?*



El
"topsi-style"
en todo
su esplendor.

—¡No! Es un güevón y los que lo siguen son más todavía.

—¿Y por qué escribiste eso, entonces?

—Por molestar. También puse "Monjas güevonas".

—¿Eres rebelde?

—No. Soy feliz, muy feliz.

—¿Has pensado alguna vez cómo habría sido tu vida si hubieras nacido pobre?

—No. Nunca me lo he imaginado.

—Yo he tenido amigos pobres, proletas como tú los llamas. Son mejores que nosotros, son más generosos, dan más.

—Es cierto, nosotros somos más egoístas.

—Oye, bueno..., ¿y por qué nos hacis esas preguntas? ¿Periodistas de dónde son ustedes? A mí me carga la política.

Por primera vez son ellas las que preguntan. Nos quedan mirando fijamente. Los cabros parecen choreados y demuestran ganas de irse. Magdalena se fija en cada palabra que anotamos y parece intrigada. De repente parece tener una inspiración:

—A mí me cargan los comunistas.

—¿Por qué?

—Porque me cargan y punto. Son odiosos, no los soporto.

—¿Conoces tú algún comunista?

—No sé... , no creo... ¡Ustedes como que me tinca que lo son!... Total, no importa nada... Me da lo mismo...

—¿Desean agregar algo que no les hayamos preguntado?...

—Claro. Mira, decirte que a mí, personalmente, me encantó responderte y ayudarte con tu reportaje. Me fascina pensar que voy a salir en tu libro.

—¡A pesar de que al principio tratamos de agarrarte pal güeveo!, ¿entendís?

Nos despedimos formalmente, con un apretón de manos y una sonrisa afectuosa. Se meten en la pista nuevamente, vuelven a su mundo. Son casi las dos de la mañana y el "Topsi" está lleno de buque en buque. Mientras salimos, me sorprende el primer disco en castellano de toda la noche. Es un disco extraño, espeso, ondulante.

"Tengo un algo adentro... que se llama el coso,

es tan peligroso... pensar en el coso... coso... coso... goloso."

Los muchachos bailan con especial deleite. Se retuercen con frenesí, moviendo exageradamente las caderas. Con esa música en los oídos y con esa visión, salimos a la fría noche de Viña. Traemos un extraño malestar. Tomamos los últimos apuntes y comenzamos a pensar en la mejor manera de describir todo aquello que empezamos a dejar atrás.





Un día de "vacaciones" en el Cajón del Maipo

Permanecíamos tensos a la espera. Allí arriba, en el cerro, la mecha se quemaba a razón de un centímetro cada dos segundos. En cualquier momento estallaría la carga de más de 6 toneladas de explosivos. Un terremoto grado nueve remecería la tierra por algunos instantes en varios kilómetros a la redonda.

El sol caía rápido y las sombras escalaban aceleradamente las escarpadas laderas de las montañas. Hacía un poco de frío a esa hora, las seis y media de la tarde, allá en el Cajón del Maipo, a 3.000 metros sobre el nivel del mar, 15 kilómetros más arriba de los Baños Morales.

Un poco rato antes, el compresor que bombeaba aire fresco hacía el interior del socavón había dejado de trabajar. Recién entonces advertimos el silencio impresionante de esas soledades. Y ese silencio era ahora más tangible, más apremiante que nunca, mientras los cincuenta pares de ojos miraban expectantes y ansiosos hacia el cerro, donde el estallido monstruoso derrumbaría una ladera completa.



Donde las águilas se atreven

De Puente Alto hacia arriba, el camino, la línea del tren de trocha angosta y el río Maipo

son tres cintas aproximadamente paralelas que serpentean entre el angosto desfiladero. El paisaje es agreste, de una belleza indómita, aire puro, perfumado, seco.

El barroso caudal del Maipo y sus afluentes —el Colorado, el Yeso y el Volcán— baja tempestuoso y rapidísimo. A veces ruge al fondo de profundas gargantas y se precipita a trechos en pequeñas cascadas. En otros se desliza más tranquilamente por amplios cauces, orillado por riberas de piedras redondas y pulidas.

Al llegar a la planta "Los Queltehues", el camino abandona el río Maipo y sigue por el desfiladero del río Volcán. Atrás van quedando el pueblecito del mismo nombre y las famosas termas, Baños Morales.

Por fin, en un terreno parejo y pedregoso, donde el río canturrea, aparecen dos refugios de gruesas paredes blanquecinas. Flanquean el lecho del río cadenas de cerros gigantescos. Los montes del lado derecho tienen un aspecto oscuro y amenazante. Sus cimas deben sobrepasar las 5.000 metros. Inmensas moles penden casi perpendicularmente sobre el pequeño campamento. Pensamos en un rodado o un terremoto y un escalofrío nos recorre la espalda.

A la izquierda, el monte tiene una pendiente más suave. En sus laderas plomizas se advierten canteras, caminos y socavones. Huellas de trabajo humano. Tras dos horas de camino desde Puente Alto, hemos llegado al lugar



El pelo
largo y
también
algo más

donde se realiza la gran aventura: la mina de yeso de la Compañía Volcanita.

Es mediodía. Nuestros vehículos se estacionan ante la mirada curiosa de varios trabajadores. Sorprende la juventud de muchos de ellos. Más bien son unos lolos, de pelo largo y facciones finas. Como que no encajan con el prototipo del minero que tenemos. Nos saludan cordialmente. Poco después, una información pone las cosas en su lugar. Los adolescentes son estudiantes de Puente Alto y Santiago, 19 en total, que están colaborando con trabajo voluntario.



El túnel

En la ladera, un túnel de 1,30 metro de diámetro se hunde en las entrañas del monte. Los hombres entran y salen como insectos en un hormiguero. Algunos cargan, en carretillas de mano, peñascos de varios kilos. Luego los grandes trozos son transportados hacia el interior por una cadena humana; los cabros recogen y entregan con precisión los bloques de piedra: "¡El uno... , el dos... , el tres... , el cuatro... !"

Pido autorización para interrumpir el durísimo trabajo y nos internamos por el estrecho pasadizo. Caminando agachados y a tuestas en la oscuridad, vamos tropezando con los compañeros. 10 metros, 20 metros, 30 metros. Distinguimos la luz roja de una linterna de mano y por fin llegamos al fondo.

En el suelo, 15 centímetros de agua. En





las paredes, un barro plumizo, fino y gredoso lo inunda todo. El ambiente es pesado y enervante. Hace un calor húmedo que agobia, que oprime el pecho y acelera las pulsaciones. La atmósfera está impregnada del olor característicos de la dinamita. Un olor dulzón que marrea y a ratos produce un dolor de cabeza espantoso.

El túnel tiene forma de T. Cuarenta metros de profundidad y dos brazos perpendiculares de 20 metros hacia ambos lados. En los extremos, repartida en partes iguales, la mortífera carga explosiva, compuesta de 400 cartuchos de dinamita y 6 toneladas de nitrato de amonio, conectadas entre sí por 100 metros de guía tronante "Primacord". En la boca del túnel, unido a la guía explosiva, un fulminante y 2 metros de guía negra. En unos pocos minutos más... un fosforito, seis minutos para arrancar a perderse, un estampido formidable... y 600.000 toneladas de material que volarán por el espacio.

Salimos al aire y al sol con gran alivio. Los muchachos reinician su pega. Salvo su aspecto juvenil y sus rostros de niños vivaces, no son tan diferentes a los hirsutos mineros. Trabajan silenciosamente y con los dientes apretados. Están empapados de transpiración los rostros curtidos por el sol y el aire de la cordillera.

Al rato salen a descansar.

Adolfo Castillo, de 19 años, es presidente

de la Federación de Estudiantes Secundarios de Puente Alto (FESPA). Moreno, macizo, de rostro "achinado" y sonriente.

—Esta mina pertenece a la Compañía Volcanita, que está intervenida por el Gobierno. O sea, está dirigida por sus propios trabajadores. Nosotros supimos que aquí se necesitaban brazos y buena voluntad. ¡Y aquí estamos! Ahora estamos terminando de rellenar el túnel con piedras y arena, para aprovechar al máximo la potencia del estallido. La cuadrilla entera tiene un compromiso de honor: la voladura del cerro debe ser realizada hoy.



Todo listo, todo dispuesto

A las seis de la tarde el túnel fue bloqueado totalmente. El compresor y las herramientas fueron retirados. Entonces se hizo un gran silencio en la montaña. Poco a poco la gente se fue replegando hacia el campamento, allá abajo, a 500 metros. El impacto lanzaría una lluvia de rocas de gran tamaño a cientos de metros de distancia. De los refugios empezaron a salir mujeres y niños, familiares de los mineros, a presenciar el Gran Espectáculo.

Arriba, a más de 4.000 metros, la montaña negra se elevaba, ominosa y amenazante. ¿Y si el movimiento de tierra desprende todo el farellón rocoso, y se nos cae encima y nos aplasta a todos?

La presencia a nuestro lado de un par de





trabajadores nos devuelve la tranquilidad y la confianza. Uno es un joven de bototos, medias de lana encima del pantalón, barba cerrada y renegrida. Es Edgardo Latorre, estudiante de Matemáticas de la Universidad Técnica y jefe de la brigada.

—Mira, compañero, tú sabes que los trabajos voluntarios de este año están concebidos para elevar la producción. Pues bien, esta mina sólo trabaja cuatro meses al año. Desde marzo adelante, el frío y la nieve —que en invierno alcanza a 7 metros de altura— la aíslan del mundo. Por lo tanto, para no paralizar la industria, que necesita 100 mil toneladas de materia prima al año, es preciso entraer y transportar el máximo de material en estos meses de verano. Se trata de hacer un acopio de materia prima allá abajo.

—¿Y... qué tal ha funcionado la brigada?

Es el otro trabajador el que contesta. Un hombre maduro, de rostro atezado, barba canosa, mirada inteligente y serena. Su nombre, Julio Moreno Ortega.

—Yo soy muy derecho para mis cosas. No le voy a decir jamás una cosa por otra ni voy a mentir para agradar a nadie. Cuando estos niños llegaron todos estábamos un poco desconfiados. Creíamos que venían a gastar sus energías de verano. Como aquí la cosa es seria, entre hombres, les pusimos una tarea bastante pesada. Levantada a las seis de la mañana, desayuno. A las siete, comienza la pega. De siete

¿Mi nombre?

¡Qué importa!

a doce, de una a seis. Se les exigirían rendimiento, disciplina y seriedad. . . Y han cumplido a carta cabal, ¿sabe? Por ejemplo, lo que hicieron hoy no es un trabajo de cabritos, es pega de hombres maduros. Sin embargo, creo que esto les va a servir mucho para su formación.



El chancacazo

A las seis y veinticinco de la tarde la mecha fue encendida. En un jeep, los hombres se alejaron rápidamente. Abajo, todos permanecemos tensos. Un leve cosquilleo de nerviosismo nos recorría de arriba abajo todas las presas de nuestro cuerpo. El fuego de la mecha se aproximaba inexorablemente al fulminante.

Y de repente la tierra se estremeció. Un golpe seco nos sacudió, la tierra temblaba, parecía encabritarse y ondular. Un trueno sordo y horrible estalló entre los montes. Y allá arriba, en el cerro blanco, la tierra pareció hervir. Miles de toneladas de roca saltaron, se abrieron, se desintegraron, se desmoronaron y cayeron cerro abajo. Una nube de polvo lo cubrió todo, como un gran hongo, mientras el eco del estampido era llevado y traído por entre las cadenas de montes, retumbando hacia el valle.

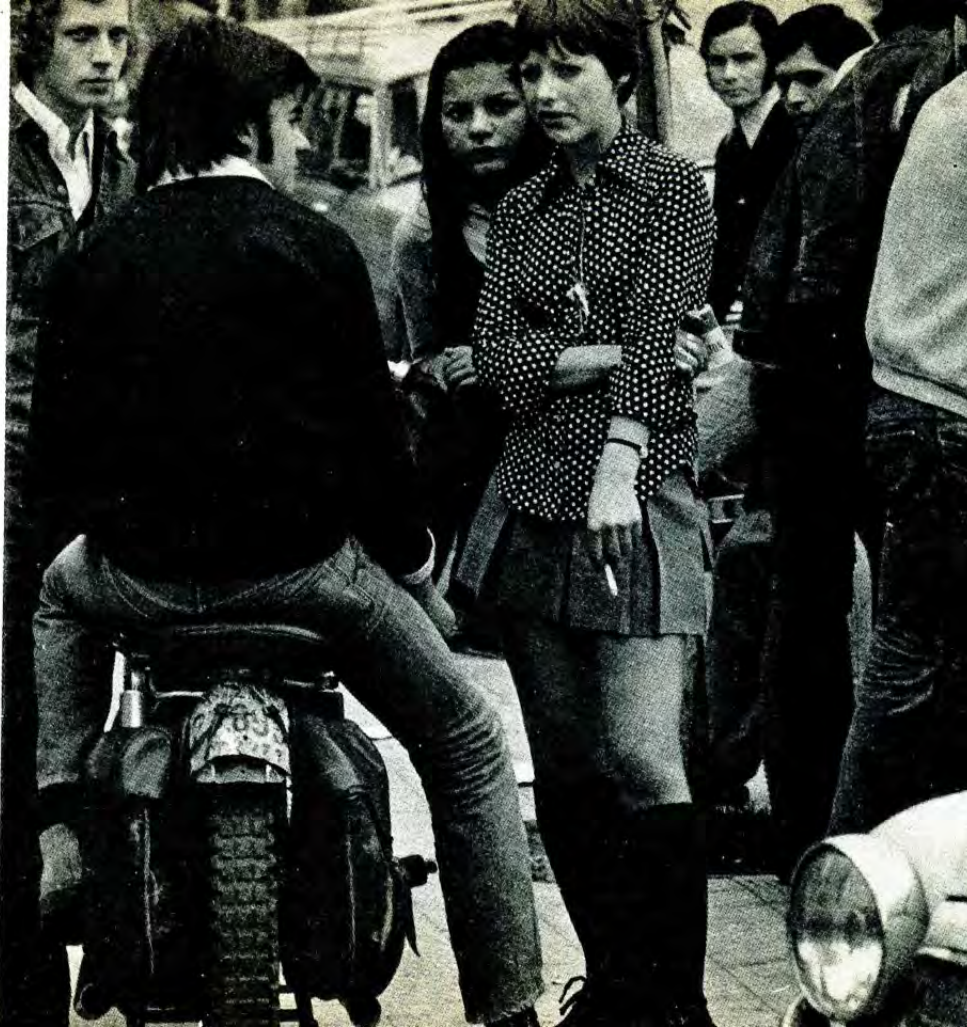
Había sido una tronadura perfecta. Después de la inspección, felicitaciones, abrazos y sonrisas. El yeso estaba allí, listo para ser transportado y procesado. Para ser convertido en material aislante, en planchas de volcanita, en paredes divisorias, en cielos rasos, en viviendas populares.





Seis
toneladas
de explosivos
acechan

Un nuevo
deporte
aplanar
calles
sin impulso



Un alto en el camino



El viaje recién comienza y ya empieza a enredarse el moño. No está de más, entonces, lanzar algunas dudas. ¿Por qué existen estos tipos de adolescentes tan distintos? Entre los jóvenes del "Topsi" y los de El Volcán no hay más similitud, aparentemente, que su edad. Salta a la vista que su vida, ideales, costumbres, gestos, vocabulario, ropas e incluso aspecto físico, son diametralmente opuestos. Mientras los unos durante el veraneo pasan todo el día tendidos en una playa, y en la noche bailan hasta las seis de la mañana, los otros están en plena cordillera, a esa misma hora, levantándose para ir a hacerle empuño en el oscuro y deprimente socavón de una mina.

¿Qué los hace tan diferentes que mientras unos exhiben como trofeos sus pinches de verano, otros muestran con orgullo los callos que se ganaron trabajando? ¿Es todo esto un reflejo de lo que sucede actualmente en el mundo y, con fuerza aun mayor, en América Latina? Porque, querámoslo reconocer o no, en nuestras sociedades existen conglomerados humanos que algunos llamamos clases sociales y otros denominan "sectores de ingresos per cápita diferenciados". El asunto es que, llamémosle como queramos llamarle, aquello está determinando que gente que habita un mismo país, hace ya mucho tiempo, constituya mundos separados. Y viven en barrios distintos, asisten a escuelas

distintas, comen, se movilizan, trabajan, se entretienen en forma diferente. Y etc., etc., etc.

Entonces, reconozcamos que el naípe viene barajado con pillullo desde que uno nace. No hay que olvidar que nuestros primeros héroes viven en Reñaca y los otros en Puente Alto. De aquí que uno comprende que para poder disfrutar de un veraneo guata al sol hay que tener billete, así como para resistir una temporada completa con el sol en el lomo hay que tener espíritu.

En todo caso todo esto no es una novedad y ya ha sido comprobado hasta la saciedad por las Ciencias Sociales. El asunto es que ahora vamos a hablar de todos aquellos jóvenes que se doran la guata y otras presas en los balnearios de moda, y otras formas similares de masoquismo.

Claro que capaz que más de alguno diga: "¡Pucha los gallos pa sectarios!" Pero si miramos bien, el asunto no es tan gratuito o tan arbitrario. Conversando una vez con Juan Manuel Serrat, una periodista aguachenta le hizo la típica pregunta idiota: "¡Ay Juan Manuel, dime... ¿qué opinas de la juventud chilena?" El catalán le respondió con aspereza: "¡Puez, que la juventud no se divide por nazionalidad, anda! ¡Ze divide por clazez zozialezzz!..." Y tenía razón. Un adolescente burgués nacional es diez mil veces más parecido a un hijo de familia media norteamericana que a un joven proletario chileno. Sus creencias y valores forman un mundo aparte, distinto y curioso.

II LA RESPLANDECIENTE OCIOSIDAD

En las sociedades dependientes, las normas y pautas culturales son dictadas desde las metrópolis. En nuestro caso, y en lo que se refiere a las clases y capas sociales enfermas de "*extranjeritis aguda*", los que dan la línea son E.E.UU., Inglaterra, Francia y otros próceres. Y dentro del país colonizado, los usos y costumbres de esa masa penetrada los dicta la clase dominante. Y como la clase dominante es la más permeable a esta invasión extranjerizante, así tenemos que nuestros lolitos son un increíble eslabón que permite, por ejemplo, que de repente se observen portentos tales como una robusta y morena descendiente de Arauco cantando a lo Sinatra: "Estrenyets in de nait... dubi-dubi-duuu..."

Es claro que, por el fortalecimiento de la ideología del proletariado, cada vez es menor la acogida que esta dependencia en dos pasos encuentra en los sectores populares. Prueba de ello es que la más nefasta revista juvenil de todos los tiempos, y que hace cinco o seis años alcanzó un tiraje de 180 mil ejemplares, ahora se defiende ratonamente con apenas 20 mil. Podemos concluir, entonces, que sólo permanecen atados a la burguesía la juventud de la pequeña burguesía arribista y los sectores jóvenes del lumpemproletariado.

Tenemos, entonces, que las metrópolis dictan las normas. Sin embargo no siempre nuestros héroes-lolitos pueden cumplirlas. Por ejemplo, en Estados Unidos, para ser choro hay que usar blue jeans "Lee", "Levi's" o "Wrangler". Y punto. No hay escapatoria. Entonces, en Chile, lolitos y lolitas se desviven por tener uno. Encargan a sus tías que viajan o escriben a algún amigo becado en California. Y al final, con grandes consuelos, no les queda otra que cruzar la Plaza Italia, partir para los barrios bajos, llegar a la Estación Central... y comprarse un ordinario "pecos bill" "El As" o "Rodeo": "*¡¡Qué humillación más espantosa, mami!!...*"

Otra característica es la moda en la pintura del caracho. Por lo general las niñas comunes y corrientes se pintan con harto pancake, su gruesa capa de sombra, métale delineador en rayas que llegan hasta las sienes, alargando y agrandando artificialmente las pepas. Las uñas pintadas con barniz color natural, rosado o gris perla. Igual, la pintura de labios es leve, en tonos naturales o claruchos. El efecto final es una niña de tipo "agitanada".

En cambio, nuestras lolitas jai están mucho más en la onda. Ellas jamás van a cometer el pecado de maquillarse tal como lo recetaban las revistas *Ecran* de allá por al año 1945.



"Never in the world!!... Jamais!!" Ellas siguen los consejos de *Vogue*, *Mademoiselle*, *Glamour*, *Seventeen* o *20 Ans*.

Vamos viendo qué tal es la pomadita: Mucho rimmel en las sedosas; sombra, morada o lila; colorete rojo Comité Central en los cachetes, y rouge fucsia o rojo oscuro; uñas de las manos y de los pies con cútex concho de vino. Es decir, le queda el rostro como una mezcla de Twiggy, Cleopatra y Marcel Marceau. Algunas, si no fuera por escrúpulos políticos, le pedirían ayuda a la Brigada Ramona Parra. El efecto final es semejante a una muñeca de cartón piedra o a la sota de bastos.

Este es otro de los rasgos lolos. Su afán de exclusividad. En cuanto logran contaminar a sectores modestos, tiran aquella moda al tacho de la basura. Y vamos leyendo *Vogue* para descubrir otra onda más computable, ¿cachái?

Los "héroes" . . . están cansados



La vida de los jóvenes de Providencia transcurre la mayor parte del tiempo fuera de la casa. Y a pesar de esto, sus actividades son restringidísimas, de un horizonte estrecho y limitado. Pareciera que todo se reduce a la sextología Pasear-Mirar-Bailar-Comer-Arreglarse-Choarse. Además, claro, de ciertas actividades naturales comunes a todos nosotros, como dormir, ir a las casitas y lavarse los dientes.

Otra cosa que también hacen es ir a colegios bastante caros, pero de ahí a afirmar que también estudian, no nos atrevemos, ya que tenemos una ética profesional que nos impide dar por cierto lo que no hemos comprobado. Porque al conversar con ellos, no impresionan en absoluto por la luminosidad de sus ideas ni la profundidad de sus conceptos.

Al revés, ese lenguaje compuesto de cinco sustantivos, ocho adjetivos, dos verbos y tres frases clichés (¡el descuefe!, ¿cachái?), más que un loable afán de síntesis, denota una pobreza de lenguaje de tipo franciscano.

Una de las características principales de estos niños es que se mueren de ganas de hacer nada. "*Síndrome amotivacional*", le llaman los psicólogos. "Estar choreados" lo denominan ellos. "¡Nacieron cansados!", diría mi abuela.

Y ahí uno los ve. Se cansan de tanto estar hastiados. Y se hastian de tanto estar cansados. Por eso, sus estados de ánimo son más inestables que gato de solterona. Están decididos hasta las últimas consecuencias, pero a los cinco minutos la idea los mata de aburrimiento.

La verdad es que quema ver a cabros y cabras jóvenes, sanos (al menos corporalmente, porque en lo que es la salud del cuesco, preferimos no meternos en forros), ágiles y fuertes en actitudes contemplativas.

Uno parte un sábado para Providencia, y ahí los ve, entre Pedro de Valdivia y Los Leo-

nes, hilando babas y tejiendo mocos, aplanando las baldosas y calentando los bancos. Meditan horas y horas en el caos que se produciría en el mundo si un buen día un sabio (alemán, desde luego) descubriera que: 1 más 1 no es 2. Sufren ante la perspectiva de tal catástrofe.

De pinta, ni hablar. Un día, para hacer un experimento, agarré a mi bisagüela, le pegué sus plumerazos y partí con ella al paseo de Provi. Lo primero que dijo fue: "¡¡Ave María Purísima... , qué niñitos más raros!!... ¡¡Y todos disfrazados igualitos!!" Justo, tal como lo imaginábamos nosotros. Daban ganas de gritar vivas a la viejita. Más sabe mi bisagüela por diablo vieja que por vieja pilla. Eso era precisamente lo que queríamos probar. De tanto echarse encima cartones, cueros, enchapados, rulos, miriñaques, parches, latas, fierros, palos, gomas y otros accesorios —además de un poco de ropa también—, terminaron por uniformarse.

En este paseo por los jóvenes jai, ustedes van a observar que aparecen actuando muy poco. Sus opiniones se pueden contar con los dedos de la mano izquierda y van a sobrar dedos. El asunto es que cuesta reportearlos. Por varias razones. En primer lugar, porque son pasivos, receptivos, apoltronados. Nada los motiva. Mucho menos un par de chascones como nosotros.

En segundo lugar, si se les consigue mo-

tivar, es repoco lo que puede sacárseles, porque no tienen la más mínima idea de nada. Y en tercer lugar, porque aparte de todas las llegadas estrechas que les cachamos, los perlas... ¡¡se dan el lujo de ser selectivos en sus relaciones!! ¡Ellos no se meten con cualquiera, no!... ¿Cómo lo van hallando?

Muchas veces fuimos rechazados violentamente. Aquello que nos dijo la cabrita del "Topsi" —"Yo me cacho a un peliento de lejos"... — parece que es común en todos los niños bien. Y como nosotros somos un par de pelientos —uno, peliento legítimo, de cuna pelienta; el otro, peliento por propia iniciativa o por degeneración—, el asunto es que la mayoría de las veces que quisimos reportear, poca bola, chaíto no más...

Bueno, aquí van nuestros distinguidos coetáneos en sus quehaceres característicos: la salida del sábado con la pololita en su Chorilohauto, la discothèque con el espectáculo de moda, el deporte contemplativo, el ristorante en la onda y el cine jai. Vamos allá.

La salida nocturna



La lolita se siente el descueve cuando el ganso del pololo la invita al "Eve", una discothèque de allá arriba en Vitacura. Sale a com-

No se meten
con cualquiera.



prarse una maxi a telar, de esas con dibujos diaguítas. Va para que la peine Luigi y la maquille Armando, un par de maricas que son el último grito de Providencia y la obsesión de la revista *Paula*. Corre a la casa, agarra el teléfono, le cuenta todo, todo, a cada una de las amigas y comienza después el lento y minucioso proceso de remodelación. Esto es como a las seis. A las siete ya decidió que la blusa que va a usar es la negra, esa escotada que le prestó la mamá, y llama a todas las amigas para contarle. Tipo siete y media encuentra que el peinado le quedó como la mona; procede a peinarse según sus propios conocimientos. A las ocho se larga a llorar porque la embarró. Llama a su mejor amiga y le cuenta. A las ocho y media, ya consolada, se da a la tarea de elegir los zapatos. Al fin agarra los primeros que había pensado. A las nueve en punto está lista y sentada en la cama. A la media hora llega el gallo en el Mini de la mamá, que de la mamá le queda el puro padrón.

La señora se ve mahoma no más en el charro azul con franjas plateadas, el escape directo, con patones y jaula. Pero, bueno, el pobre hijito tiene que manejar el auto de vez en cuando, ocasiones que aprovecha para ponerle faros de yodo, cinturones de seguridad, butacas, aros de magnesio, un par de tomas de aire y el infaltable tocacintas.

Por el puro ruido que mete, la lola lo es-





cucha como cinco cuadras antes. En ese instante, casualmente, descubre que no le gustan las medias, que se las va a cambiar y que demorará 15 minutos. Por entonces escucha apagarse el motor del Mini, el gallo se baja pausadamente, viene capo, con los pantalones de la “Maison” y esa chaqueta que se compró en Nicolás Flaño, la corbata que le trajo el viejo de Francia; se ve bien computable.

Después de un rato salen. Se suben al Mini y le meten cuesco, a todo lo que da. Para esto, ha tenido que revisar el amperímetro, el volómetro, el vacuómetro; le aprieta quince switches. Mete primera, mira el tacómetro, segunda, tercera, cuarta, esquina, embala en la segunda y dobla de punta y taco, mete cuesco, cruje la caja de cambios, chirrean los neumáticos, pasa a llevar a dos viejas (“Sonaron, gallo”), cruza por tres luces rojas. vuelve a doblar, embala en segunda y hace una impecable llegada arrastrada en el ripio del estacionamiento del “Eve”.

El gallo es capo.

A la entrada le pasa sus 20 lucas al portero, se aproxima al mesón de recepción, saluda al ñato que atiende y le pasa los 500 escudos de entrada. Recibe el vale y llama al maître.

—Oye, Víctor, la mejorcita.

Le indican la mesa y se sientan. Traen los

tragos. Se mete la mano a un bolsillo y saca un pequeño paquete, se lo pasa displicentemente a la lola. Sonrojada, baja la vista y comienza a abrir el regalo poco a poco. Aparece una cajita y dentro de ella un amoroso corazón de madera, de esos para colgarse del cuello, que dice: "Soy tierna".

—¡Ah! *Qué chori...*

Se miran, se paran, bailan. Se miran. Bailan. Se miran. Cada disco es más loco que el anterior: Soul, beat, blues, psychodelic, rock, modern jazz, country rock y folk. Al cabo de un buen rato, cansados, se miran. Deciden sentarse. Se miran, y se vuelven a mirar.

La tomadura de todos los pelos



Y comienza el espectáculo. "¡Esta noche y directamente desde allende los Andes llega para que lo disfruten todos ustedes: "De Todos los Pelos, el Pelo"!"

Aparecen en escena doce gallos y gallas argentinos. Chascones, jóvenes. Comienza la música de *Acuario*. Clao agarra el micrófono y con una voz entre agria y vinagre se larga a cantar la famosa canción de *Hair*. Después Susy, una chicoca rucia bien computable; ella cuenta que estaba enamorada de Clao, allá en Buenos Aires, y de repente quedó embarazada. Se fue donde su mamá. Clao descubrió en el firmamento una estrella muy brillante. La





"Hair"
en un
rato más
les voy a
mostrar
la "tulinga".

Aquí
comienza
el despelote.





siguio. Llego al Bolsón, que queda como 1.000 kilómetros al sur. Agotado, se tendió y besó la Tierra Prometida. Al cabo de medio año regresó a Buenos Aires para conocer a Aladino. Pero resultó que Susy amaba a Teddy y también un poco a Clao, y como Clao amaba a Bárbara y Bárbara amaba a Susy, no hubo ningún problema, y Susy, Bárbara, Teddy y Clao, más el diminuto Aladino, se fueron al Bolsón. Hasta que se les acabó la guita. Entonces decidieron que en Argentina no había libertad. Se vinieron a Chile (y la encontraron en el "Eve", a 500 lucas un par de tragos).

Además de esta pública narración, durante el show violan a Bárbara, acarician a Clao, crucifican a Teddy, se dan un banquete y se desnudan. Por efecto de las luces, no se ve ni cacho. Excepto los de primera fila, que alcanzaron a divisar algo cuando un viejo verde y libidinoso prendió un encendedor para aguaitar. Y termina "De Todos los Pelos, el Pelo". De todos los gansos, el ganso del Mini es uno de los que más aplauden. Piden otro trago, bailan, se miran, pagan y se van.

Suben al Mini y le meten cuesco, a todo lo que da. Para esto ha tenido que revisar el amperímetro, el volómetro, el vacuómetro, le aprieta quince switches, mete primera, mira el tacómetro, segunda, tercera, cuarta, y por Vitacura hacia arriba se pierde el pequeño bólico en la espesura y negrura de una noche del Barrio Alto.



Lolitos tuercas en Las Vizcachas

Pero los lolos no sólo farrean de noche. ¡No, no, no! También son muy deportistas, no vayan a creer. Y uno de los tipos más característicos es el lolo tuerca. Ese que no pierde fin de semana que no va al Autódromo de Las Vizcachas.

Para allá partimos un domingo en la tarde. El espectáculo es multicolor y floripondioso. Se lleva mucho el "Vizcachas Style", último alarido de la moda: pantalones "guargüero de pollo"; chalecos multicolores anudados a la cintura ("No te los recomendamos si tú eres un poco llenita, zas..."); blusa con motivos Peace; casaca de mezclilla Made in U.S.A. o parka "escandinava de las legítimas" displicentemente, OJO, displicentemente colgada de un hombro; anteojos mosca, y un gesto que debe ser practicado durante horas ante el espejo: una mezcla de hastío, entusiasmo y choreamiento. Este gesto debe ser bien llevado, porque si no, la tenida toma un acentuado matiz de mal gusto, ¿cachái?

En la pista, unos pobrecitos Fiat 600 y Austin Mini son espantosamente exigidos por sus desaprensivos dueños, que insisten en sacarles más de 80 km. por hora. ¡La explotación del más débil!

La explanada luce un aspecto hermoso.



"Tengo la
exclusiva, gallo."



50.000 personas en las galerías, sentadas, ordeñaditas. Todos mascan. Chicles, helados, barquillos, maní, chocolates, cabritas. A pesar de que compran por toneladas, no hay desabastecimiento.

Algunos tipos son realmente extraordinarios. Uno de ellos, mientras se come las uñas mirando pasar los bólidos, escucha en una radio portátil el partido del Estadio Nacional. O sea, hace dos deportes simultáneamente: automovilismo y fútbol. ¡¡Capo el gallo!!

Unas lolas adentro de un auto. Cada hora se informan de las alternativas de la carrera. Como cada vez que preguntan es una prueba distinta, no entienden ni cacho. Claro que nunca falta el amigo-lolo-tuerca, tipo entusiasta, que les relata detalladamente de todo: que los segundos, las mangas, las curvas, los promedios, el pique, fulano dejó forro en la partida, zutano quebró caja de cambios y mengano fundió en la primera vuelta. Ellas parecen impresionadísimas, dan grititos de excitación, pero a los cinco segundos, cuando el gallo se da vuelta, se les pasa. Ahora parecen lateadas. En compensación escuchan música ("*Yo no soy esa que tú te imaginas...*") y leen la *Revista del Domingo* de *El Mercurio*. ¡Ah, ya! ¡Estamos listos! Matizan la actividad física con el quehacer intelectual.

Oscurece en Las Vizcachas. Las pruebas han terminado. Y cada lolo tuerca, sintiéndose

un Kovacs, se viene rajado camino a Santiago, para desdicha de los peatones y desgracia de las gallinas puentealtinas.

★ ¿Te comerías una pizza? . . . , ¡nicca!

Con toda esta actividad, digamos, subirse al auto, sentarse, llegar a Las Vizcachas, bajarse, caminar, 20 metros sentarse, meter la mano al bolsillo, sacar plata y estirla para recibir el paquete de maní, y además de esos excesos, pasar tres horas pujando para que el auto de Perico corra más, les significa un gasto de energías que calculamos, un poco a la diabla, en unas 592 calorías, que se han perdido irremediablemente a no ser que se repongan de inmediato engullendo una pizza, a la cual le calculamos unas 594 calorías. Las 2 calorías que sobran las gasta el individuo en un sonoro bostezo mientras espera que el mozo lo atienda.

¿Y en dónde se consigue una pizza? Muy fácil.

En Apoquindo, altura del 5700, hay un paisaje algo especial. Una plaza tipo foro romano con escaños de piedra, losas, jardines con plantas exóticas y macizos de flores. Un ambiente de lujo sobrio y refinado. Rodea esta plazoleta un muestrario de las tiendas más representativas de la jai laif: Boutique Papillon ("un minuto para Papillon"), dos tiendas de Artesanía Populaire y Popular Art, papeles mu-





rales Colowall. En todas ellas se habla castellano también. En una vitrina un afiche (poster) solicita ayuda para el Hogar de Ancianos San José: "*Para aquellos que les quedan muy pocos días, dale uno de los tuyos*". El ingenio del publicista ha confundido días de vida con días de sueldo; ha confundido lo humano con lo material, lo mercantil. En todo caso, aquí en Apoquindo altura 5700 a nadie le importa. Arriba de las tiendas, en coquetones departamentos, funcionan cinco salones de belleza. Son para la gente que les queda algo más que algunos días de vida.

En medio de este panorama, como primerísimo actor, está "Nico's Pizza". La clientela llega en coches al inmenso estacionamiento. Hay uno por cada dos clientes. La mayoría son parejas jóvenes. Bajan de los autos y con gestos cansinos (no es de extrañar después de la agotadora jornada) se dirigen a la entrada. Evidentemente que no están muertos de hambre ni mucho menos. Todos visten a la última moda. Las lolas llevan dientes en los collares y perlas en las encías.

El "Nico's Pizza" los espera tibiamente, con faroles de suaves tonos amarillos y anaranjados, y una música ambiental soul. Adentro hay más plantas finas en maceteros. En el cielo raso, listas multicolores y vigas metálicas con dibujos rococó. Sillas y mesas de metal, madera y vidrio.

El local tiene grandes ventanales. Los que

dan hacia el norte y el poniente son rectangulares, por lo que los comensales parecen maniqués en exhibición. Y en realidad lo parecen, ya que sus rostros no reflejan emoción alguna, salvo un hastío de padre y señor mío. Hacia el oriente los ventanales son en forma de rombo. De afuera se semejan a un gran acuario lleno de peces tropicales.

El ambiente es quieto. Las pizzas son lo de menos. Todos conversan en voz baja y posan con elegancia. A pesar de que tratan de ignorar a los demás, la presencia de los otros parroquianos determina cada uno de los gestos y ademanes. El ambiente es tan frío y estirado que parece un banquete de culebras aristócratas (aunque no estamos seguros de si las culebras, especialmente las aristócratas, participan en banquetes).

Entre los clientes hay celebridades esta noche. Llega Helvio Soto, gran cineasta y director del ardiente filme *Voto+Fusil*. Espera pacientemente durante casi una hora (él, tan impaciente otras veces) y por fin lo instalan en una mesa junto a sus acompañantes. Seguramente anda buscando material para una nueva película cuyo título podría ser *Voto+Pizza* o *Pizza+Fusil*, según su estado de ánimo.

Al instalarse los clientes en una mesa, les ponen un individual de papel con dibujos sícodélicos. Ahí uno elige entre las cuarenta y tantas variedades de pizzas. Las sirven en unas





Conversan
en voz baja
y posan
con
elegancia.

cuestiones que parecen paletas de pimpón con mango y todo. Son mahoma no más las pizzas.

El equilibrio del ambiente es roto por la presencia de seis pelusitas que pegan su nariz a los ventanales. Dos de ellos fuman unos puchos de 5 milímetros de largo. Las muecas y los ademanes pedigüños incomodan a la clientela. Un mozo hace ademán de salir, y se retiran a prudente distancia. Los seguimos. Al principio son reacios a conversar. Sospechan que o somos tiras o los vamos a llevar a un hogar de menores.

—¿En qué andan?

—Na, tamos mirando no más.

—¿Y qué miran?

—¡Caso los dan pizzas!

—¿Y les dan o no?

—¡Qué nos van a dar! ¡Son puro cagones no más!



Gente de película

Al otro día nos las echamos para un cine. Y fuimos a parar al Lo Castillo, Vitacura altura del 4000, Comuna de Las Condes. El estacionamiento exclusivo está lleno de autos, de los cuales bajan las olorosas y bien alimentadas gentes de esos lugares.

Los lolosaurios recauchados vienen disfrazados de jóvenes, con sandalias, pantalones





**Piernas:
también
sirven
para
caminar.**

ajustadísimos y camisas “panza de elefante” abiertas a lo Tom Llons. Los acompañan unos ulpos de cosméticos, perfumes y joyas adentro de los cuales suele ir una vieja. También, por supuesto, llegan nuestros amigos lolitos y lolitas en bandadas, cada cual más coqueto, finito y lánguido.

La platea está llena, pero no hay ese calor humano, esa vivacidad que hemos advertido en los cines populares. Aquí todos están en sus asientos mirando con una especie de aburrimiento y/o desprecio a sus vecinos. Da la impresión de que son gente que viene de vuelta de todas las experiencias humanas, y ahora, pobrecitos ellos, deben conformarse con espectáculos absolutamente ordinarios.

Se apagan las luces y empieza la exhibición de un cortometraje chileno en colores. No tiene título. Habla de los libros, de la historia, del acervo cultural de los pueblos, etc. Pero son sólo chivas. Aparece la Papelera de Puente Alto. Toman de cerca a un obrero trabajando. De repente éste se da vuelta a la cámara, sonríe cual una calavera y empieza a recitar de memoria, con una voz monocorde e inexpressiva, una increíble letanía:

“Me-lla-mo-Pedro-Agui-le-ra-y-ten-go-cua-ren-ta-y-ocho-años-y-ha-ce-vein-te-que-tra-ba-jo. . .”

Nos baja una vergüenza ajena insoportable. El pobre hombrecito recita incómodo, lo hace malísimo. Le molestan la cámara y el mi-





Y en
la tarde,
al cine.

crófono, la voz se le quiebra, se muere de miedo.

Entonces, atrás nuestro, una patota de lolas se pone a reír.

—¿Dios mío? *¿Qué tipo más ridículo?*

Lanzan la exclamación en tono de pregunta. Entonces el pobre hombre, en su último estertor, manifiesta que él se opone terminantemente a la estatización de la Papelera, “*porque estamos muy contentos con el patroncito que tenemos*”. En el cine hay una ovación. Las lolas son las que más aplauden. El “tipo ridículo” es ahora todo un prócer.

Nosotros somos los únicos del teatro que chiflamos. Por fin, tras otras entrevistas muy parecidas, termina la infamante película entre las ovaciones de la pitucancia.

Un borrascoso intermedio



Decidimos ir a entrevistar a las lolas.

—Perdón, *¿podríamos conversar con ustedes dos minutos?*...

Una de las lolas reacciona en forma increíblemente agresiva:

—¡No... de ninguna manera... no tenemos el menor interés!...

—*¿Pero por qué? ¡Si no saben de qué se trata!*

—¡No nos interesa...; por favor retírate... no hablamos con desconocidos!



Hippies
"andante
con moto".

—*Bueno, nosotros no somos desconocidos. Somos dos periodistas muy famosos.*

Intentamos un chiste, porque en realidad estábamos asombrados. Para que ustedes entiendan, estamos absolutamente pasmados e impresionados ante la histérica reacción. La niña grita fuera de sí. No es una parada de carros discreta. Es agresiva, escandalosa. La gente de diez metros a la redonda mira burlona.

—¡Oye, por favor, retírense!. . . No queremos hablar con ustedes. . . ; porque no y punto. ¡Por favor. . . , no y no, y punto!

—*Bueno, no tienes para qué ser tan aparatosa. No es contigo especialmente con quien deseamos hablar, puede ser cualquiera. ¿Quién eres tú para contestar por todas?. . . ¿Líder, guía espiritual?*

Nos dirigimos a las otras cuatro, que miran avergonzadas. Ninguna quiere. Entonces no nos queda otra que encogernos de hombros, dar media vuelta y hundirnos en el asiento. ¿Por qué habrán reaccionado así? Puede que nos hayan visto tomando notas y cacharon nuestras intenciones. O nos escucharon chiflar

y se dieron cuenta para qué lado tiramos. Hundidos en estos pensamientos y calmándonos para no largarles un garabato, comienza la película.

Es una porquería, comercial y yanqui: *Corre, Angel, Corre*. Bandas de gringos mafiosos, los Hell's Angels. Hay motos tipo "Busco Mi Destino", drogas, alcohol, robos, asesinatos, violaciones, palizas y peleas a cuchillo. Todo muy edificante, como se puede apreciar.

Una niña se mete con los mafiosos, ingenuamente se pone a conversar con ellos en un bosque y los muy bellacos la violan brutalmente. Como todavía estamos sumamente picados, nos damos vuelta en el asiento y les decimos a las lolas:

—*¿Ven lo que le pasó por hablar con desconocidos?....*

Algunas se ríen, pero otras dan un bote en el asiento y adoptan un aire de princesas ofendidas. Después de unas cuantas escenas brutales más: FIN. La lolas lanzan una insólita carcajada, porque la película ha terminado y no han entendido nada. Y salen arrancando y no nos dejan decirles que, a pesar de que la película es una mugre, refleja de alguna manera la realidad de aquel país al cual ellas tanto admiran.

Pero se fueron antes, y nos dejan con esa "pica seca" que ustedes ya habrán notado.

La escuela quedó atrás.



III EL ESFUERZO DE TODOS LOS DIAS

Antes de contarles de otra juventud, afortunadamente muy distinta, vamos a acudir a unos datos que una vez leímos por ahí y que nos quedaron grabados a fuego en el mate.

En América Latina, según datos entregados por la CEPAL, la población puede dividirse en cuatro grupos de acuerdo a su ingreso monetario:

- a) Un primer grupo, que reúne al 60% de la población total (o sea, más de 170 millones de personas), recibe un ingreso promedio, por cada familia, que equivale, en la moneda de cada país, a 60 dólares mensuales. Este grupo incluye, especialmente, campesinos y obreros no calificados.
- b) Un segundo grupo, que representa al 30% de la población (unos 80 millones de personas), recibe solamente un ingreso promedio de 190 dólares al mes. Este grupo incluye obreros calificados, artesanos y empleados.
- c) Un tercer grupo, bastante menor, y que equivale al 9,9% (unos 25 millones de personas), recibe por familia un promedio de 490 dólares mensuales. En este grupo se encuentran empleados de alto nivel, industriales pequeños y medios, profesionales y comerciantes.
- d) Finalmente, hay un grupo ínfimo, de apenas el 0,1% de la población total de América La-

tina (no más de 250 mil personas), en que cada familia dispone mensualmente de ¡¡¡27.500 dólares!!! Forman este grupo los grandes empleadores o patronos.

¡Qué duda cabe, entonces, que entre los dos grupos de los extremos, más de alguna diferencia debe haber! Y en los hijos también.

En Santiago hay 515.360 jóvenes entre los 15 y los 24 años de edad. De esos, 218.160 (el 42,3%) trabajan en algún lugar. Y desde luego que pertenecen al sector de más bajos ingresos, por una razón muy simple: antes de los 15 años ya ha desertado de la educación un 45% de los niños. El continuar estudiando para los hijos de familias de trabajadores implica grandes dificultades. Entre muchas, se pueden señalar factores socioculturales y exigencias económicas que no se está en condiciones de cubrir (materiales de estudio, alimentación, vestuario, gastos de movilización, etc.). No constituye ninguna novedad señalar que los que continúan estudiando pertenecen en su gran mayoría a los que provienen de hogares de sólidos ingresos.

De aquel 45% que deserta, una mayoría se inicia en el trabajo apenas han finalizado la escuela primaria, para ayudar económicamente al grupo familiar. Un factor determinan-

te en esta deserción es una educación que jamás ha conseguido vertebrar siquiera un Plan de Educación coherente, a partir de las características socio-económico-culturales del niño proletario.

En el estudio *Los Problemas Funcionales del Adolescente Urbano Popular*, realizado por Cecilia Montero y M. E. Campusano, del Instituto de Sociología de la Universidad Católica, ambas autoras señalan: "En la transición de la escuela al trabajo, el joven encuentra muchos obstáculos, incertidumbres y desilusiones. Sin embargo, trata de sobrepasar los problemas y asumir su responsabilidad, movido por el deseo de cambiar el status de alumno por el de trabajador".

¿Y en qué trabaja ese 45% de jóvenes que desertó de la educación antes de los 15 años? Al principio, en actividades económicas de las llamadas terciarias, esto es, servicios. El hecho de no tener una preparación técnica o cultural adecuada, ya que los doce años de estudios primarios y secundarios están concebidos únicamente como paso previo para la Universidad, determina que los que no llegan, quedan ante un callejón sin salida.

De ahí para adelante viene un largo deambular, salpicado de experiencias amargas o risueñas, que van formando lo que Cecilia Montero y M. E. Campusano denominan en su estudio "un adulto prematuro". De estos jóvenes traba-





jadores, que en el país sobrepasan la cifra de 500 mil personas, vamos a hablarles en este capítulo.

Al revés de los jóvenes jai, no necesitamos describirlos mayormente. Tienen no sólo mucho que decirnos, sino también mucho que mostrárnos. Son los protagonistas de nuestra época.

Las lolas estatizadas



“Vayan a la fábrica de camisas McGregor. Mes a mes están batiendo todos los records de producción. El grado de conciencia es realmente alto. Y lo más extraordinario es que el 80% de los trabajadores son niñas jóvenes.”

Esa fue la información que nos hizo ir. Y allí estábamos nosotros, entre puras chiquillas buenas mozas. Sin embargo, el asunto era bien distinto a como nos lo habían pintado. Ninguna de ellas parecía contenta con la intervención estatal. Todo era puras quejas, reclamos. Que el desorden aquí, la politiquería allá. El respeto se había perdido. La eficiencia no existía.

Y nosotros, asombrados, compungidos. Con la moral a la altura de la suela de los zapatos. Entonces nos agarramos la cabeza a dos manos, con desesperación, y suspiramos

“¡Anda a peinarte.
Juana, que nos
van a sacar fotos!”

bieeeeeen hoooooondo. Ahí ellas se rieron con picardía. Nos consolaron como a niños chicos. Y nos empezaron a contar las cosas positivas también. Y nos abrieron las puertas a un mundo fascinante. Aquel mundo lleno de problemas. Pero un mundo lleno de todas esas cosas que caracterizan el cambio en una industria. De los modos y relaciones de producción típicamente capitalistas a otros de nuevo tipo, donde quienes empiezan a dirigir ahora son sus propios trabajadores.



En sus mejores manos

En los primeros metros de la Carretera Panamericana Norte está Algodones Hirmas, hoy en manos de sus trabajadores después de la intervención del Gobierno. Dentro de la enorme industria, y ocupando el ala sur del terreno, en medio de amplios jardines, se alza un moderno edificio: aquí funciona la fábrica de ropa deportiva ex McGregor, hoy Departamento de Confecciones de Algodones Hirmas.

Al cabo de algunos contactos, saludos y explicaciones, empezamos a recorrer los talleres. Centenares de máquinas de coser, modernísimas. El ruido de sus acelerados motores llena el ámbito como un panal de gigantescas abejas. Las operarias, la gran mayoría muy jóvenes, cosen agachadas sobre las máquinas, concentrada

y velozmente. Algunas levantan la cabeza y nos miran a hurtadillas. Hay secretesos y sonrisitas.

—¡Anda a peinarte, Juana, que nos van a sacar fotos!

Se ha reunido un grupo. Lindas, vitales, sonrientes, nos rodean por todos los lados.

—¿Y... , qué tal andan las cosas por aquí?

Hay un silencio. Se miran unas a otras. Por fin se adelanta una, muy decidida:

—Mire... , ¿quiere que le cuente la firme?

—Desde luego.

—Mal andan las cosas. Muy mal. Aquí se ha perdido el orden, el respeto. Todos gritan, pero nadie ordena. Las cosas andan al lote.

Y se nos viene el aluvión encima. Nos pilla desprevenidos y nos deja helados. Críticas, recriminaciones, acusaciones de abusos. Les pedimos que nos den ejemplos concretos de algún acto de prepotencia. Pero no contestan nada. Discuten entre ellas. Al fin, una se atreve:

—En los pagos nos embarran, ¿sabe? Aquí todas estamos a trato. Y los jefes no respetan esos tratos. Llega el fin de semana o fin de mes. Una está convencida, ilusionada que ganó tanto. Y le salen con que son varios miles menos. Muchas nos ponemos a llorar.

—A veces les echan la culpa a las IBM. O a los planilleros... A veces pienso que nos hacen lesas.

—Escuche, compañero. A nosotros nos pi-

den esfuerzos, que aumentemos la producción... Y lo hemos hecho. Pero no nos han respondido en los pagos. Y fallando la cuestión plata, todo se complica.

Durante un rato permanecemos en silencio, con el lápiz a medio camino. El joven empleado que nos acompaña se ha retirado a un discreto segundo plano, muy serio. Nos damos vuelta y lo interrogamos con la mirada; nos contesta con un gesto que se puede interpretar de cualquier manera. Es entonces cuando hacemos el gran teatro. Nos amargamos a tal punto que las convencimos de que si no nos reconfortan, nos vamos a suicidar de inmediato. Para más remate, una trabajadora que cada vez que ha intervenido lo ha hecho rezongando quejumbrosamente, con gesto taimado, se adelanta y dice con rencor:

—¡Yo preferiría que volvieran los antiguos patronos! Estábamos más esclavizadas, pero había más orden.

—¡Chih... no poh!... Ahí sí que te pasaste pa la punta. Nadie puede desconocer que en algunas cosas estamos mucho mejor.

—¡No "en algunas cosas"! En hartas cosas estamos diez mil veces mejor. Por ejemplo, la micro de la Industria nos trae desde nuestras casas en la mañana y nos lleva en la tarde.

—Ahora a las diez de la mañana tomamos desayuno.

—Antes el almuerzo costaba 5 lucas y no

se podía tragar. Ahora vale 3 escudos y está bastante potable.

—Y tenemos sala-cuna y jardín infantil.

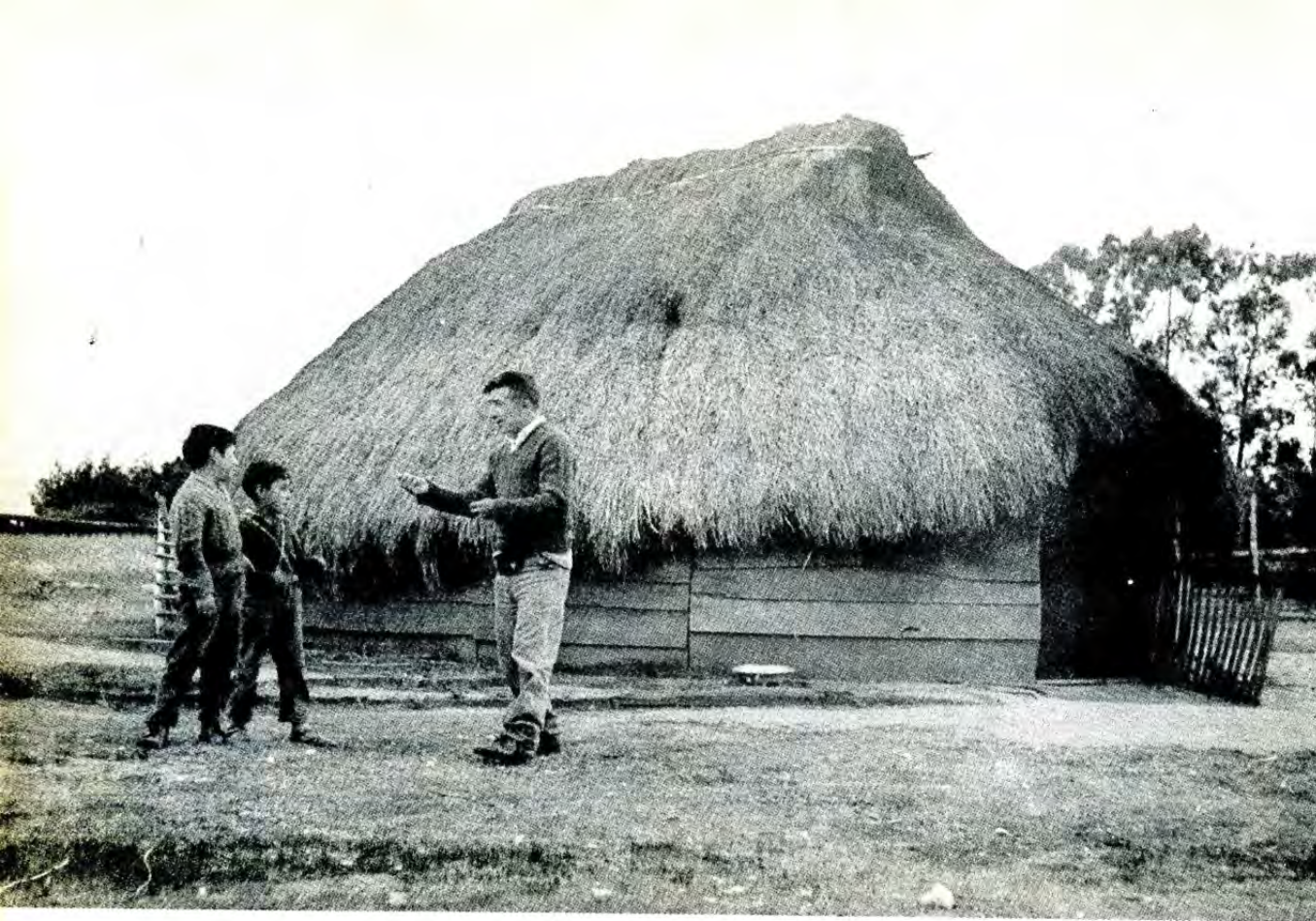
—Y podemos dar opiniones, lanzar iniciativas. Hay más libertad.

La conversación ha entrado en un franco tren de optimismo. Todos discutimos entonces e intercambiamos tallas en forma amistosa. Risas, secretos, morisquetas y más risas. Hay alegría, todas la revuelven. Les preguntamos por la producción. Nos contestan que esos datos no los tienen, que a ellas les gustaría saber muchas más cosas de las que pasan en la conducción de la industria. Y va a ser una niña rubia, de pelo ondulado y belleza serena, la que nos diga lo más impresionante que escuchamos en todo el día. Su nombre, Ingrid Pérez.

—¿Sabe, compañero? Aquí hay problemas, es cierto. A lo mejor nosotras somos injustas y criticamos a quien no lo merece. No somos capaces de ubicar bien dónde están las fallas. Puede que estén en nosotras mismas. Puede ser, porque no tenemos la preparación necesaria para explicarnos muchas cosas, ni menos para hacérselas entender a las demás compañeras.

Al final hay una encuesta popular: ¿Cuándo estaban más contentas: ahora o antes?

Y la Industria en manos de sus trabajadores gana por goleada en un ambiente de jolgorio.



Los hijos de La Araucanía



El paisaje es bellissimo. El camino que une Cholchol con Nueva Imperial serpentea por entre suaves ondulaciones del terreno cubierto de pastizales y sembrados. Cada cierto trecho se ven manadas de ovejas y vacunos. Nos salimos del camino y torcemos hacia el poniente, por una casi imperceptible huella que zigzaguea entre los pastos ralos. A lo lejos, recortándose en el horizonte, en la cima de unas suaves colinas, a unos cinco kilómetros, distinguimos las casas de la Reducción Indígena Carrerrení, que en dialecto mapuche significa "el lugar donde crecen los coligües verdes". Es una de las centenares de comunidades indígenas que existen en la provincia de Cautín, donde el 75% de la población rural es de origen mapuche.

Lo primero que llama la atención es la gran cantidad de niños que pastorean animales. En las colinas hay sembrados: trigo, cebada, avena. Algunas chacras pequeñas. Un coro de perros hermosísimos, de una raza semejante a los perros esquimales, nos sigue con sus ladridos.

Al fin llegamos a nuestro destino. Una ruca nos espera, pintoresca y de hermosa apariencia. Tablones abajo y totora arriba.

El interior es oscuro. Un olor a humos, penetrante, lo impregna todo. El tizne de la leña ha ennegrecido vigas, totora, utensilios, maderas. Una tetera cuelga de un grueso alambre desde el techo y cae perpendicularmente sobre el fogón encendido. El piso es de tierra. En los rincones se ve infinidad de enseres. De unos cordeles cuelga ropa secándose. Sentados en unos pisitos de madera, siete compañeros nos esperan. Ellos son delegados al Primer Encuentro Nacional de la Juventud Mapuche: Necul Painemal, 23 años, trabajador de la Radio Aucán, de Villarrica; Victor Antivil, 18, estudiante universitario en Temuco y comunero de la Reducción Metrenco; Oscar Paineo, 13, estudiante de quinto básico en Cholchol y anfitrión de todos nosotros, ya que el foro se realiza en la ruca de sus padres; Carlos Huisca, 20, empleado y estudiante nocturno en Osorno; Segundo y Antonio Painemal, 16 y 18, campesinos de la Reducción Coigüe; y Rosa Paillavil, 19, modista de la Reducción Ranquilco.

—Mira, este Encuentro sirvió para reunir por primera vez a los representantes de una minoría cultural que a lo largo de siglos ha soportado una verdadera guerra de exterminio. Desde la conquista del país hemos tenido que defendernos con las armas en la mano, en una lucha por la supervivencia, por la dignidad.

**Hermanos,
todos
hermanos...**





—Todos veníamos preparados; éramos los portadores de las inquietudes de los compañeros de base. Ellos nos nombraron sus legítimos representantes de las comunidades mapuches.

—Y ahora volvemos a nuestros campos con nuevo ánimo. Vinimos a educarnos y a hacer un aporte al estudio de la realidad de nuestro pueblo. Y el solo hecho de habernos reunido, de haber entrado en contacto, es ya un avance.

Yo acuso



—El racismo nos ha tenido por el suelo, compañero. Sobre nosotros se ha descargado una discriminación odiosa no estatuida en las leyes. Y ésta es una acusación que yo lanzo responsablemente. Hay pueblos enteros que viven del trabajo de los mapuches. Y es en aquellos lugares donde más mal se trata a los mapuches.

—¡Es cierto! Yo, por ejemplo, odio a Cholchol. Cada cuatro casas hay una cantina. En algunas partes les venden droga, el chamico, que es capaz de enloquecer a cualquiera.

—Cuántas veces los huincas se aprovechan de nuestra ingenuidad. Los tractoristas, por ejemplo. Vienen a las trillas de verano. Pues bien, se acercan a las casas, se ganan la confianza. Pero traen la mala intención desde un comienzo. Su táctica es llegar con chucos de

vino, emborrachan a los viejitos. . . , y después se aprovechan de las niñas, las violan impunemente.

—Nosotros sabemos que nuestros peores enemigos son los latifundistas. Sin embargo, también tenemos problemas con gente modesta igual que nosotros. Cantineros, choferes de micro y feriantes. En los recorridos rurales se ven casos increíbles. Los cobradores son unos matones y abusadores. Hace poco tiempo, aquí en la provincia, a un mapuche porque le faltaban 500 pesos para pagar el pasaje que se cobra al finalizar el recorrido, lo golpearon con un fierro hasta matarlo. Todo se silenció, se le echó tierra encima.

—Por eso a nadie debe extrañarle la desconfianza hacia el blanco. Incluso en muchos de nosotros existe un racismo al revés, como producto de una justa reacción.

—Nosotros somos unos desconocidos para el resto de los chilenos. A veces vienen unos investigadores entre comillas, y analizan toda nuestra realidad. . . , después de pasar tres días encerrados en el Hotel La Frontera. Fíjense que el único estudio serio hecho sobre nosotros es uno realizado por. . . ¡un checo! Milán Stuchlic es su nombre.

—Sí, yo conozco ese folleto. Y a propósito, fue también un extranjero, un periodista fran-





La Bernardita,
el Oscar y
el Duque.

cés, el que denunció casos frecuentes de *esclavitud* que se producen con niños mapuches. Niños de cinco o de seis años son comprados por períodos de unos dos años para cuidar ovejas. Sus padres reciben sacos de trigo por este arriendo.

Y es el pequeño Oscar Paineo el que reafirma a su compañero:

—¡Ciertos!, muchos amigos míos, compañeros de escuela, trabajaron así. Desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche, con un puro pedazo de pan. Muchas veces porque un chanco o una oveja se escapó y se metió a un sembrado, fueron azotados a rebencazos; los patrones les dejaban hinchadas las piernas.

Al despedirnos, y acompañada con las cuerdas bajas de la guitarra y un cultrún, escuchamos la sencilla, poética y combativa canción con que los hermanos Nahuelpán saludaron este Encuentro de Jóvenes Mapuches:

*Hermanos, todos hermanos,
que viene un gran combate, se dice,
hermanos, todos hermanos.*

*¿Qué haremos, hermanos, si esto fuera
cierto?*

*Si morimos, moriremos;
si vivimos, viviremos
hermanos, todos hermanos.*

Dos experiencias en el mineral de El Salvador



A mediados del año pasado estuvimos en el mineral de cobre de El Salvador. Y entre los mineros atacameños nos tocó vivir dos experiencias inolvidables. Conmovedora la primera. Interasantísima la segunda.

Por esos días había problemas en el mineral. Mal aconsejados por interesados personajes de nuestra política, que fomentaron entre ellos apetencias económicas desmedidas, los trabajadores acordaron una huelga. —“Si ahora el mineral es de todos ustedes, tirense no más, que lo que pidan van a conseguirlo”.

Quando la huelga cumplía su segundo día, un terremoto asoló el Norte Chico y dejó convertida en escombros la ciudad de Illapel. Entonces en una de las asambleas que discutían la marcha del conflicto un trabajador propuso enviar una ayuda a la gente de Illapel. Los sindicatos abrieron sus cajas de fondos, se hicieron colectas. Y al final los trabajadores enviaron a los sufridos damnificados un cheque por varios millones de pesos.

Al tercer día de huelga los mineros empe-



**¡Total,
con agua
sale!**

zaron a recibir telegramas desde todo el país. Los trabajadores organizados de todo Chile, Centros de Madres, Juntas de Vecinos, Centros de Alumnos y Federaciones Estudiantiles les solicitaban la vuelta al trabajo. El cobre, el sueldo de Chile, que ahora pertenecía a todo el pueblo, debía ser defendido en primer lugar por sus propios trabajadores, decían los telegramas. Les recordaban sus responsabilidades para con sus hermanos de clase.

Y cuando la huelga entraba en su quinto día llegó otro telegrama. Este tenía una redacción distinta. Se refería a otra cosa. Pero tenía un significado exactamente igual. Decía textualmente:

Desde el centro mismo de la catástrofe nos dirigimos a ustedes para informarles que nos hemos reunido en las ruinas de lo que antes era nuestra plaza. Y hemos tomado el acuerdo, por unanimidad, junto con agradecerles su gesto, de devolverles su aporte. Consideramos que ustedes lo necesitan mucho más que nosotros.

Firmado: EL PUEBLO DE ILLAPEL.

En la sala del Sindicato Industrial donde el telegrama fue leído en voz alta ante una multitud de huelguistas se produjo un silencio im-

presionante. La vergüenza proletaria golpeó como un bofetón a los duros mineros. Fueron largos minutos en que extraños sentimientos se abrieron paso por entre gargantas anudadas. Fue la hora en que la conciencia revolucionaria emergió por entre ojos nublados.

Al día siguiente, en un desfile espectacular de reafirmación de su responsabilidad para con los suyos, se produjo la reintegración al trabajo.

Fue en estos días cuando conocimos a los compañeros Hernán Monardes, "El Tribilín", de 21 años, y Bernardo Villalobos, "El Chino", de 23. Ambos obreros del interior de la mina y encargados juveniles de las actividades culturales de los trabajadores. Andaban muy entusiasmados porque por esos días se estrenaría una obra teatral didáctica escrita, dirigida, montada e interpretada por los propios trabajadores.

Y un día sábado asistimos al estreno en el teatro del mineral. El diálogo tenía asperezas que recordaban los vinos pipeños:

—¡Pero, mujer, por las entretelas... , qué diablos van a ir a esparramar a esas reuniones!...

—¡Esparramar... , esparramar!... Voh, Juan, lo único que sabís es reírte de too, pero no soi capí pa naita constructivo... .



**Actores y
espectadores,
todos
mineros.**

—Y ¡e llamái constructivo el irte a pelar con las otras viejas chasconas ahí al Centro de Madres. . . ¡¡Centro de Madres!! . . . ¡Centro de viejas ociosas les llamaría yo!

—No seái insolente oohh... ¿Voh creís que sea ociosa y chascona la señora del supervisor?

—¡¡Aahh, así que la cosa es con el arribismo también, ah!! ¿Qué tenís que ir a meterte voh con esas viejas copetúas. . . ah, ah, te pregunto?

La obra era seguida con extraordinario interés por los trabajadores. Pero también participaban de la misma. Al reconocer situaciones reales y muchas veces vividas en sus propios hogares recibían o encajaban tallas. Con harto humor y a “la sin picarse”. Fueron nuestros amigos “El Chino” y “El Tribilin”

quienes terminaron de explicarnos los objetivos de la obra: —Mira, compañero, esta obra fue concebida para terminar con algunas reticencias machistas de los mineros. Muchos se niegan a permitirles a sus mujeres participar en actividades comunitarias.

—Y estas obras sencillas son los primeros pasos del surgimiento de una cultura, nacida del pueblo, sin contaminaciones extranjerizantes y de acuerdo a las necesidades del momento.

—Fíjate en un detalle. Nosotros mismos, que tenemos gran conciencia de clase, a veces nos sentíamos disminuidos cuando nos tocaba ir a conversar con algún alto dirigente o ejecutivo. Era como un embarazo, una vergüenza por nuestro modo de hablar y expresarnos. Y entonces dijimos: “¡Esto tiene que terminar!”

—Y por esto estamos haciendo obras teatrales con nuestro propio lenguaje. O sea, queremos decirle al país que nuestros dichos, nuestros giros populares, son un modo de hablar tan digno y legítimo como cualquiera. ¿Onofre?

¿No es cierto que la semana pasada en el mineral de El Salvador bien valió por varias en Santiago?

Una pega rara . . . , limpiar murallas desde un trapecio



Hasta ahora hemos hablado de los jóvenes que trabajan en centros de producción bastante conocidos. Pero también sucede que hay una infinidad de pegas menudas; trabajos curiosos, modestos, insólitos, pintorescos, peligrosos, desconocidos.

Ustedes, en más de una oportunidad, se habrán detenido en el centro de Santiago a mirar hacia arriba, donde suspendidos en un andamio increíble, a más de 50 metros de altura, unos muchachos lanzan chorros de vapor hacia las murallas de un edificio. Sí, ¿no es cierto?

El asunto es que el otro día íbamos por Agustinas con Teatinos. Allá estaban los intrépidos muchachos. Y nos quedamos, como muchos transeúntes, con la boca abierta, mirándolos balancearse en el vacío. Entonces se nos prendió la ampolleta:

—Oye . . . , ¿y si fuéramos a ayudarles a los compañeros del columpio ese?

Y empezamos a chiflar como condenados, causando gran escándalo entre los graves y circunspectos peatones de ese sector cívico-financiero del centro de la capital.



Hay que
ser gallo
para
encaramarse.

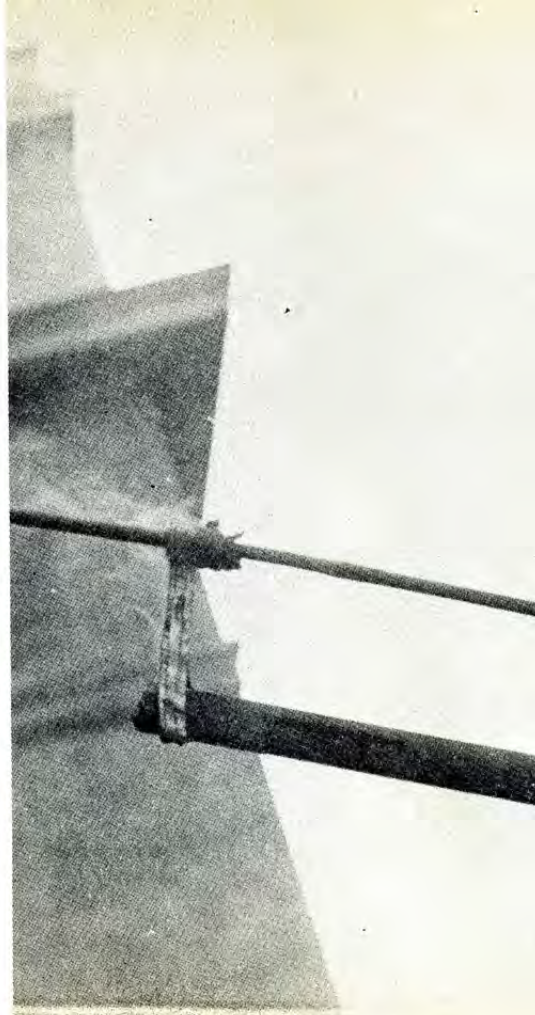
—¡Eeeeeeeehhhh... , compañeros trapecistaaaaaa!!... ¿Cómo podemos encaramarnos para allá arribaaaaaa?...

Ellos nos miraban perplejos, y nosotros, vamos haciendo muecas y ademanes ridículos que querían significar: “subir-ayudar-conversar-conocer-fotografiar-entrevistar”. Les mostramos las cámaras fotográficas y, al fin, entendieron. Nos pusimos de acuerdo por medio de musarañas y al rato subíamos rajados las escaleras.

Estaban detenidos justo en el sexto piso. Golpeamos en una oficina, explicamos y nos hicieron pasar. Nos pusimos de acuerdo con los cabros a través de una ventana. Mientras uno de ellos (Segundo Toro, 17 años) nos cedería su lugar, trabajaríamos con el otro (Elicer Vergara, 19 años) durante la media hora que les restaba de jornada.

Nos pasamos al columpio. Es un andamio que cuelga del tejado de unos alambres que nos parecieron espantosamente flacuchentos. Tenía barandas de fierro, y un espacio de 2 metros de ancho por $\frac{1}{2}$ de fondo. El aparato se mecía suavemente. Abajo, en línea recta, la calle. Y entre la calle y nosotros, ¡NADA! ¡Un puro gran pedazo de vértigo! Por lo menos, mientras permaneciéramos en el columpio, es-

**Chorros de vapor
a 50 metros de altura.**





taríamos atados de pies y manos a la buena voluntad de los compañeros cables.

—¿No se han caído nunca estas cuestiones?

—Por lo menos yo no me he caído nunca —nos tranquiliza Eliecer—, pero es porque soy nuevo. Llevo menos de un mes en esto... Y total, si nos caemos... , del suelo no vamos a pasar... .

Menos mal. Da gusto cuando a uno lo confortan. Allá abajo, una máquina infernal, parecida a una tetera, calentaba agua y la enviaba, por medio de una manguera, convertida en vapor hacia arriba. Y ahí empezó lo lindo. El chorro de vapor hacía transpirar las grisáceas murallas y las iba aclarando poco a poco. Una nube de vapor nos rodeaba. ¡¡Qué emoción!!

A la media hora suspendimos la pega. En treinta minutos habíamos limpiado como dos cuartas cuadradas de muralla. No era ninguna "Batalla de la Producción" ganada que digamos. Desenchufamos las mangueras y las mandamos ¡¡¡guaaaaaardaaa abaaaaajooo!!! Entonces hubo que subir el aparato. Unas palancas de chicharra, conectadas a un teclé, nos servían de impulsores. Con cada palanqueada, su-

bíamos algo así como... ¡2 centímetros!... ¡Y había que subir cuatro pisos más!

Al rato teníamos la lengua afuera. Estábamos tan cansados, que no habríamos sido capaces de levantar ni una calumnia. Eliecer nos llevaba cortitos, y si nos quedábamos atrás, el andamio se empezaba a ladear espectacularmente. Lo peor era el balanceo. Algo así como cruzar el cabo de Hornos en una tina. ¡Quién nos mandó a meternos en este forrito! Al fin llegamos a la ventana del último piso.

—Vamos a tener que pedir que nos abran —informó Eliecer.

—Pero... ¿que dejan el aparato colgando toda la noche?

Así no más era. Durante el día suben y bajan, igual que las arañas en un hilo. Al final de la jornada, lo dejan colgando lo más cortito posible y vuelven al otro día. Como entran y salen por las ventanas, es claro que necesitan la colaboración de los oficinistas o vecinos del edificio.

—¿Y quién vive en este departamento? —preguntamos frente a la ventana.

—No tengo idea.

—Pero... ¿y si no hay nadie? ¿Vamos a pasar la noche aquí afuera?

Empezamos a golpear los vidrios como locos. Atrás se veían unos visillos sucios. La ventana estaba inmunda por fuera. Llena de telarañas, hollín y mugre. Allí dentro, o no había nadie o... En ese momento captamos un casi imperceptible y extraño ser tras los visillos. Algo parecido a un rostro humano se adivinaba detrás. Presentíamos más bien un par de ojos malignos mirándonos torvamente.

Entonces ocurrió aquello... (Da escalofríos recordarlo.) Se abrieron los visillos y una cara espantosa se asomó a la ventana. Un graznido de pajarraco nos sacudió. Casi nos fuimos baranda abajo de puro terror.

—¡Váyanse de aquí, bandoleros! ¡Quítense de mi ventana, facinerosos!...

Era una dama antigua horrible, fea, pintarrajeada. Se parecía a la de *Qué Pasó con Baby Jane*. Eliecer empezó a disuadirla amablemente, intercalando en su alegato algunas maldiciones en voz baja.

—Oiga, pues, señora... Abranos... Estamos trabajando, dejándole bonitas sus ventanas. (¡Puchas la vieja pa huevona!) Sea buena persona, misia, qué le cuesta. (¡Abre, pos, vieja fea!) Por favor, madame, se lo ruego...

—No, esa ventana no se puede abrir. Yo la mandé soldar hace 35 años...

Pero se equivocaba si creyó que Eliecer es de los que se rinden así no más.

—¡Aahh!... Pero si no hay ningún problema... Precisamente ando trayendo una soldadora especial para desoldar ventanas soldadas... Con permiso...

Y se coló muy forongo. Debajo de la ventana había un mullido diván forrado en raso púrpura. Eliecer le puso las dos gambas arriba, y como andaba con zapatones tanque, los dejó marcaditos. Ahí quedó la crema.

—Miren cómo me dejaron mi “chiffonier Luis XV”... ¡Vándalos!...

La misia estaba enfurecida, parecía gallina clueca. Bufaba de ira, pasaban diez segundos y daba unas carcajadas histéricas. Luego se desplomaba arriba de un sillón. (“¡Traigan las sales!”)

—Bueno, señora, tenemos que hacer, así es que, lamentablemente, no vamos a poder seguir acompañándola...

—Debieran haberse mandado cambiar hace rato —nos contesta choreadísima.

—Entonces, será hasta mañana —se despidió Eliecer.

—Pero... ¿es que van a volver? —exclama al borde del ataque de caspa.

—Claro, porque es la única forma de volver al andamio.

—¡Ah... miren qué bueno!... ¿Y con qué quieren que los espere?... ¿Con pasteltos... , con un coctel?

La vieja es perversa, sin duda. Se aprovecha porque tiene la sartén por el mango. Intervenimos, medio picados.

—Mire, señora, por el coctel no se preocupe... De eso me encargo yo... Le voy a traer un coctel... ¡Molotov!... ¿Por qué es así, doña? Ellos son trabajadores que le están limpiando sus ventanas... Harta falta que les hacia por lo demás. Usted tiene la obligación de ayudarlos.

—Déjese de payasadas usted también. ¡Y ya, ya, ya... , vayan saliendo!...

—Usted debe llevar una vida sumamente aburrida, señora, encerrada aquí. Contenta debería estar de haber tenido en su casa a jóvenes alegres, buenos mozos... ¿Ve cómo se ha entretenido harto con nosotros?

Comenzó a gritar como una loca. Entonces ahí sí que nos retiramos. Y también nos despedimos de nuestros amigos. Ahí los dejamos, echándole el pelo, lidiando con viejas momias, arriesgando la vida y limpiándole el rostro a Santiago.



Una Olimpiada chora

Y ahora les vamos a contar cómo se hizo en La Granja la Olimpiada más chora de los últimos tiempos. ¿Es posible hacer de unos potreros disperejos un campus deportivo, sin medios económicos? Sí, ¡es posible! Con voluntad, con sacrificio e imaginación.

Los cabros de esa proletaria comuna se organizaron. El Ministerio de Obras Públicas se cuadró con la motoniveladora y la aplanadora; al cabo de dos días de intenso trajín, el terreno quedó más o menos parejo. ¡No se trataba de ponerse muy exigente tampoco! ¡Ya, listo, flor flay!

Un viernes de octubre, Gran Inauguración Gran. Cuatrocientos jóvenes, hombres y mujeres. Siete deportes: atletismo, básquetbol, vóleibol, ciclismo, pimpón, baby-fútbol y ajedrez.

En un lugar doce muchachos lanzan la bala. La emoción es doble. Por un lado la apasionante lucha por el primer lugar; por el otro, la preocupación de todos porque la bala no vaya a descabezar a un cabro chico. ¡¡Palabra!! Los menores hormiguean por millones a todo lo largo y ancho del campus.

Andan radiantes.

Cada prueba los motiva al máximo, ven lanzar la bala, y al rato una docena se ha pre-





Olimpiada
chora:
final
100 metros
damas



munido de una pie-dra-más-o-me-nos-re-donda-y-bien-pe-sa-da-pero-no-tan-to, y la lanzan con fiereza. Se hacen trampa en las distancias, discuten acaloradamente.

—Chih, no, güeón, no seái pillo, güeón, pusiste el pie más adelante, güeón.

Acá, salto alto. Dos palos rústicos de dos pulgadas de diámetro, clavados en el suelo. Unas abrazaderas “máde in La Granja” (soldadas por nosotros mismos) sujetan un coligüe no muy derecho que digamos. El saltador debe luchar contra la altura y contra el público que se achoclona y no lo deja tomar vuelo. Hay carreras de velocidad, postas. Se pasan el bastón sin ningún estilo, a la que te criaste.

Un mozalbete en equipo de gimnasia repasa una y otra vez el trazado de la pista; usa un curioso artefacto hecho con un palo de escoba, dos ruedas de un coche de guagua y una tetera. Después de cada prueba, pacientemente y con cariño, sale y rehace el tizado.

Los pequeños ahora se multiplican. Corren, saltan, lanzan, brincan. ¡¡Más de algún excelente decatleta debe salir de aquí!! Hacen mil cabriolas. Se desafían. Sólo se quedan tranquilos frente a los ajedrecistas, a quienes miran con seriedad y respeto. A pesar de que no entienden nada, observan con fijeza. Escrutan durante largo rato el tablero y las piezas. Hablan

con gravedad y en voz baja. “¿No cierto que los arfiles y las cabezas de caballo valen más que los peones?... ¿No cierto?... ¡Veís!... ¡Veís!...”

Afuera las barras ponen el bullicio. Bromas, chistes, tallas. Mientras tizan nuevamente la cancha, nos acercamos a conversar con un grupo.

—No tenemos medios. Aquí todo es rústico e improvisado. Pero no nos importa. Queremos demostrar que la juventud obrera se la puede.

—Los problemas de muchos jóvenes de esta comuna son el alcoholismo y la delincuencia. Ahora último, incluso, la marihuana. Pues bien, tú has visto a todos estos cabros chicos. Ya no van a querer imitar al “choro” del barrio, sino al compañero que ganó los cien metros planos.

—Nosotros pensamos que nuestro ejemplo debe ser seguido en otras partes. En escuelas y clubes deportivos. Así, masificando nuestro deporte, lo podemos sacar del estado en que se encuentra.

Se ha hecho de noche, nos despedimos poco antes de que comience el Gran Baile con que termina la Olimpiada. Chao, compañeros. Ya nos veremos. Hay mucho más que podemos conversar.

IV EL EMPEDRADO CAMINO DEL APRENDIZAJE

En nuestro país hay 5.101.250 personas entre los 5 y los 25 años. Indiscutiblemente que somos un país joven. ¡Y eso que no metimos en el saco a los enanos chicos entre los 0 y los 4 años, y que son otro lote de este porte: 1.110.420! Entre los cinco millones y tantos que están entre los 5 y los 25 años, 900.600 son lolos entre 15 y 19 años, constituyendo un 10% del total de la población del país. Ellos son los adolescentes de Chile. De ellos hemos querido contarles aquí. Si no los hemos agarrado a todos ellos juntos, si no hemos hablado de "la juventud chilena", es porque hemos considerado que, si bien tienen inquietudes comunes y comportamientos similares (estilos propios, rebelión en general, conflictos), tales coincidencias no deben desviar del hecho de que la índole de sus problemas es distinta. Ellos están en estrecha relación con el tipo de sociedad en que viven y se desenvuelven. Es por esto que los hemos separado, sin pretender abarcarlos a todos.

Ahora vamos a contarles de los estudiantes. Si nos dejamos llevar por algunos datos (en Chile, al ingresar a primaria, los hijos de campesinos constituyen el 75% del total; al

ingresar a la Universidad, son apenas el 3%), podríamos concluir que los estudiantes se diferencian muy poco de los lolitos jai, ya que, en su gran mayoría, tienen un origen de clase semejante. Y esto no es tan así. En algunos casos se da. En otros, nica... Pero mejor que sean ellos quienes lo muestren.

Los secundarios: grandes señores y rajadiablos



El grupo de lindas chiquillas con sus uniformes de liceo atravesaban la Plaza de Armas de Temuco cuando las interrumpimos.

—¿Ah? ¿Son de Santiago? ¿Un reportaje... en serio? ¡Ya, vamos al tiro!

Así más o menos empezó la conversación. Ágiles, entusiastas, vitales, las chiquillas que abordamos en la plaza nos llevaron hacia el local del liceo. Y en una sala desocupada armamos al tiro la chuchoca.

—Mira, la juventud actual es más egoísta. Nosotros, que tuvimos acceso a la educación, somos injustos ya que les echamos la culpa de todo a nuestros padres, que no tuvieron esa oportunidad. O cuando no es a los padres, es



Escuela Pública de Coigüe, comuna de Cholchol

a la sociedad. Y yo me pregunto: ¿Hasta dónde de la sociedad tiene la culpa? En total desacuerdo. Aquí el conflicto no es con los padres, sino con una sociedad que los jóvenes en su gran mayoría rechazamos. El capitalismo no es responsabilidad individual de nadie, sin embargo nos castiga a todos.

—¡Claro! Unos lo sufren económicamente, y otros moralmente, pero a todos perjudica. Por eso es que los jóvenes tenemos mucho que hacer, mucho que contribuir. Y resulta extraño que algunos jóvenes estén más preocupados de justificar el pasado que de mirar con optimismo al futuro.

—¿Aquí, en Temuco, tienen problemas con los hippies, las drogas, etc.?

—Mira, aquí claro que hay algunos adolescentes penetrados culturalmente. Los marihuanoes de la Avenida Alemania, por ejemplo, donde vive toda la crema de Temuco. Esos pobres cabros viven, hablan, visten y piensan siguiendo moldes de sociedades viejas y corrompidas.

—¿Y qué tal andan sus asuntos sentimentales, el "atrinque", como le llaman aquí?

—Para mí, atrinque es sinónimo de oscuridad. Apenas el cabro invita a "pasear a donde estemos más tranquilos", "a la terraza", ¡tate! ¡Este huevo quiere salir! Y el atraque o pololeo gestado en la frivolidad de una fiesta no es una base para iniciar nada serio. Al contrario, es denigratorio para una chiquilla.





Lolas de
la Frontera.

—Y las ridiculeces que nos dicen: “Tú eres lo que siempre soñé”, “Antes de conocerte, te imaginé”. Y para qué vamos a hablar de la maniobrita cuando nos invitan al teatro y empiezan con las rodillas. . .

—Hay factores de deformación cultural, malos hábitos, malas políticas educacionales. Por ejemplo, todos los liceos deberían ser mixtos. Ahí el ambiente es más sano. En el Liceo de Hombres, si ven de repente a una mujer, parecen obsesionados sexuales como miran. En cambio, en el Comercial, que es mixto, hay más madurez y comprensión.

Días más tarde, en Santiago, fuimos a ver a los “angelitos” del Liceo Lastarria. Ahí dialogamos con un segundo medio. Treinta alumnos entre 13 y 16 años, y entre 1,50 metro y 1,90 de estatura. (“¡Por Dios que está grande este niño, cómo pasa el tiempo!”)

—Con los profesores jóvenes nos avenimos mejor. Y no porque estemos planteando una lucha generacional, sino, se me ocurre a mí, porque los cabros recién salidos de la Universidad tienen frescos los problemas que se les presentaban a ellos como estudiantes; por lo tanto, son más flexibles y comprensivos.

—Yo quiero referirme a un asunto específico. Creo que no debería permitirse la política en los liceos. Es una plaga que perjudica. ¡Cuántas huelgas se han producido como consecuencia de esta politización!

—Yo no estoy de acuerdo con eso. Frente

a cualquier problema, es deber de todo ciudadano asumir una posición. Y para llegar a ella es necesario tener un mínimo de conocimientos de diversas materias de las ciencias sociales. ¡Si eso tan simple no puedes comprenderlo, allá tú!

—La política es tan sólo el arte de bien gobernar. A lo mejor estamos muy nuevos para meternos en honduras. Es cuestión de madurez de cada cual y yo creo que ahora es un buen momento para empezar. Y el liceo es el lugar más adecuado para hacerlo.

Antes de despedimos un cabro chico bromea con respecto a la marihuana. Les preguntamos si la han fumado y quince de ellos (la mitad del curso) responden afirmativamente. “Yo he fumado como ocho veces”, contesta uno con cara de niño regalón que no se la puede. “¿Y por qué?”, le preguntamos. Y con su mejor cara de inocencia nos contesta: “Por pura curiosidad”.

¡Harto exagerará la curiosidad del cabro!
¿No?

Vehementes . . . , chispeantes . . . , 
talleros . . . , patudos

El Primer Encuentro Nacional de la Juventud Chilena, realizado por el Departamento de Educación Extraescolar del Ministerio de Educación, nos permitió reunir a un grupo de cabros estudiantes secundarios, desde Arica a Puerto Montt. Y una mañana, entre tallas, chis-



Pensando en...



...el amor.

tes, anécdotas y hueviche, les sacamos punta a algunas cuestiones.

Jorge Romero (16, Liceo de Quillota): —Si bien los jóvenes podemos participar en las luchas políticas, quienes van a construir en definitiva la nueva sociedad son los obreros, los trabajadores en general. Nosotros hablamos muy lindo, pero los teóricos aquí no valen mucho. Hablando somos capaces de las mayores hazañas. Pero cuando llega la hora de la verdad, no estamos dispuestos a sacrificarnos.

Alejandro Cuevas (18, Liceo de Arica): —Está bien eso de buscar el desarrollo para el pueblo, pero me carga eso de andar imitando. Hay que decirles no a los yanquis, pero no también al Che Guevara y a cualquiera que venga con ideas extranjeras. Las soluciones deben salir de cabezas chilenas. Todos los que aquí hablan de revolución no aplican ideas chilenas.

Mario Devan (16, Liceo de La Unión): —Yo te voy a hacer una sola pregunta para que veas lo irracional de tu afirmación. La nacionalización del cobre: ¿la recomendó Carlos Marx o la decidió el pueblo chileno?

—¿Cómo ven ustedes, que son jóvenes, cuestiones como el matrimonio, el pololeo, el sexo?

Ladislao Gajardo (18 años, Instituto Comercial de Arica): —Las relaciones sexuales prematrimoniales deben ser un paso previo al matrimonio, ya que la gran mayoría de los

fracasos matrimoniales son causados por desavenencias sexuales, producto de su no preparación anterior.

Adriana Maulén (19, Escuela Normal Superior de La Reina): —Lo único malo es que con esa chiva ustedes nos hacen lesas... y después ni se casan con una... Yo pregunto: ¿no se podrían preparar las parejas, sin que sea necesario acostarse? Con las puras clases teóricas no más, digo yo.

Basilio Barrientos (18, Liceo 2 de Valparaíso): —¡No, pues, compañerita! Acuérdate lo que dijo Lenin: "La teoría debe ir estrechamente ligada a la práctica"... A propósito de esto, les voy a contar un caso que le pasó a un amigo mío... Tenía 16 años y quería "hacerlo" por primera vez. Como no tenía con quién, decidió ir a un prostíbulo. Juntó plata hartito tiempo, peso por peso. Y cuando ya le alcanzaba, partió, se vistió bien endomingado, se bañó, se perfumó... Llegó al prostíbulo y bien cortado habló con la regente. La vieja lo llevó a una pieza resucia donde estaba una fiata acostada. Fea, vieja, bigotuda, tirada encima de la cama leyendo *La Tribuna*. Con remalos modos le dijo que se anduviera empiluchando su poco... Cuando el compadre estaba listo, le dijo: "Ya, huevón, hazlo rápido"... Y lo atendió así no más, ni se movió. No me acuerdo si este gallo me contó que había dejado el diario a un lado o no. Bueno, esto es como para dejarlo a uno por un año sin habla.



**"Y después,
ni se
casan
con una."**

**Alejandra
Mizala,
17 años,
850 puntos**



Ladislao: —Bueno, pos, Basilio... ¿Y vos qué le dijiste? ¡Debiste haberle reclamado! ¡O no pagarle, en último caso!

Un cedazo temible: la Prueba de Aptitud Académica



Los cabros estudian su poco, la revuelven su resto, discuten, opinan, etc. Y al final de doce años de estudios una ominosa sombra se cierne sobre ellos. Es la Prueba de Aptitud Académica. Al principio era la terrible perspectiva de quedar fuera de la Universidad. Pero poco a poco las Universidades, con el apoyo presupuestario del Gobierno, han conseguido ir ampliando la cuota de matrículas. En 1965 no eran más de 15 mil los privilegiados que conseguían su matrícula. Ahora las cifras han subido a 60 mil anuales. Pero no sólo es el problema de quedar afuera, sino también el ser rechazado de las carreras elegidas. De los 80 mil que dan la Prueba, casi todos desean seguir Medicina, Ingeniería o... Periodismo. Y los más altos puntajes se transforman, por aquellos días de febrero, en favoritos absolutos de los periodistas y de amigos y parientes chochos.

Alejandra Mizala Salces, 17 años, fue uno de los tres más altos puntajes nacionales en las Pruebas de Selección. Y que le permitió ingresar en el primer lugar a Economía con 850

puntos. Ella es rucia, bonita, ojos verdes, chiquitita y muy amiga nuestra... ¡Nosotros le estuvimos enseñando un poquitito de matemáticas cuando se estaba preparando para la Prueba!

—¿Cómo recibiste la noticia de haber sacado el primer puntaje en Economía?

—Con una alegría tranquila.

—¿Qué factores te ayudaron en tus estudios?

—Es bueno que me lo preguntes. Yo estoy consciente de que el ingreso a la Universidad es una especie de carrera en la que todos no tienen las mismas oportunidades. Yo, por ejemplo, lo tuve todo: alimentación, libros, facilidades de todo tipo. Además, nunca tuve problemas en el hogar. Soy una privilegiada en ese sentido. Es por eso que no le doy mayor valor a mi puntaje.

—¿Y quiénes no tienen esas facilidades?

—Los estudiantes que provienen de hogares modestos, los hijos de obreros y campesinos. Todos aquellos niños que estudian en medio de condiciones increíblemente adversas. Aquellos que a pesar de todo esto logran llegar... ¡ésos sí que merecen la admiración de todos!

¡En la escuela...



El joven ha conseguido llegar. ¿Y qué pasa una vez que está adentro? ¿Cómo mira a la sociedad, a los suyos, a su clase de origen?

¿Se acentúan en él sus rasgos egoístas o, por el contrario, emerge su altruismo? ¿Y cómo mira al resto de la juventud? Para tener una idea (no pretendemos agotar el tema ni mucho menos), una mañana que estábamos en nuestra Escuela de Periodismo de la "U" propusimos esta conversación a un grupo de compañeros.

Carmen Lechuga (22, 4.º año): —El medio del cual venimos la mayoría de nosotros te forma una imagen distorsionada de la universidad. Entonces ella pasa a ser para uno algo así como una meta. Hacer una carrera y tener un título es un imperativo.

Patricia Politzer (20, 4.º): —A la universidad llega gente de una sola clase social, por causas socioeconómicas conocidísimas. Y la gran mayoría de los que llegan vienen porque esto da status y porque después van a salir a ganar dinero como locos, motivados por el lucro.

Roberto Careaga (23, 4.º): —Es que la universidad tiene un carácter de clase, siempre ha servido a las clases dominantes para tener profesionales técnicamente preparados que sirven y refuerzan el sistema.

Paty Espejo (20, 2.º): —Yo vengo de un colegio para élites económicas. Y cuando llegué aquí, los propios planes de estudio me obligaron a leer bastante de Ciencias Sociales, a Marx. He cambiado mi visión del mundo en





Amable
diálogo
con
futuros
colegas

forma increíble, y ahora recibo la presión de mi medio.

—*De ustedes seis... ¿cuántos pertenecen a familias de gente de derecha? (Cinco de ellos levantan la mano.)*

Héctor Bustos (21, 3.º): —Mi caso es curioso. Yo soy hijo de campesinos que mientras no tuvieron nada fueron de izquierda. Pero la familia se vino a la capital y poco a poco fue subiendo en la escala social. Ahora mi padre es un vendedor viajero. Tenemos todo tipo de comodidades y los mayores de la familia han ido evolucionando hacia la derecha y adquiriendo la ideología burguesa.

Augusto Alvarado (24, 4.º): —La pequeña burguesía se caracteriza por su posición fluctuante. Por un lado aspira a subir de status. Por el otro, ha madurado políticamente junto con el ascenso de la lucha del pueblo. Esta contradicción es la que condiciona la permanente frustración del estudiante universitario.

—*¿Creen ustedes que se puede hablar de la juventud como un todo?*

Héctor: —Yo creo que no; hay que separar. Un lolo de Providencia no se asemeja en nada a un joven proletario que ha tenido que trabajar desde los 12 años.

Paty: —Yo no creo que los lolos jai sean malos. Lo que sucede es que desconocen, viven en un mundo muy estrecho. Fíjense que a un niño de 8 años, al que le hago clases parti-

culares y vive en una mansión, el otro día le pedí que me hiciera una composición sobre el invierno. Y puso que había que prender leña en la chimenea, poner más frazadas en la cama, usar calcetines de lana, etc. Y cuando le conté que había casas que se llovían, él no lo podía creer. . .

Patricia: —Eso es cierto. A los niños de familias acomodadas, sus padres tratan por todos los medios de esconderles la realidad social. En mi caso, mi mamá me dice que yo voy a ayudar a las poblaciones cuando hay emergencia de puro morbosa que soy, que me gusta mirar lo feo. Desde luego que ella sería incapaz de ir alguna vez, porque para ella el barro, la desnudez, la desnutrición, son cosas horribles, pero en el sentido estético de la palabra.

Roberto: —La burguesía es muy sabia. Es mucho más conveniente para ella tener gente marginada de la realidad. Y como la ideología burguesa también se mete en el proletariado, así tienen juventudes homogéneamente ajenas y desinformadas.

Héctor: —Se crean mitos, estereotipos. Así, tenemos a “la mujer Paula”, “al adolescente Ritmo”. La burguesía provee de pautas y conductas sociales a todas las clases. Una vez **Ritmo** decía: “Llegó el invierno, chicas; tomen sus esquís y partan para Farellones”. Y como la tal revisita se vendía preferentemente en sectores populares, se producían casos patéticos.



**"Nos
esconder
la
realidad
social."**

—Una vez, cuando chico, me pasó un chasco. Fue una patota a Farellones y yo me pegué. Como no tenía parka, mi mamá me mandó con abrigo. . . , ¡cáchense! . . Me miraban como pájaro raro. . . Es cierto lo que tú dices, Héctor. Se produce un rechazo social fuerte. . .

Augusto: —La juventud no es una sola, de acuerdo. Pero sí como bloque tiene crisis que corresponden al desmembramiento del sistema capitalista, que no le da la oportunidad de desarrollarse íntegramente. Y estos problemas los vive tanto el joven burgués como el trabajador. Igual como el problema de los viejos (ricos o pobres) que sufren el problema de la soledad, de que los desechan porque ya no son productivos. El comprender esto nos puede ir facilitando el camino, puesto que lo peor que podríamos hacer es ser sectarios en este aspecto. Son jóvenes que se oponen al sistema. Ahora, que están mal proyectados, de acuerdo, pero no podemos descalificarlos por eso, sino tomar en cuenta sus problemas de juventud también en crisis.

Y en la calle



Las fábricas en manos de sus trabajadores corrían peligro. Entonces, al llamado del Departamento Juvenil de la CUT, miles de muchachos y jóvenes universitarios salieron a la calle. Lienzos alusivos. Bosques de banderas chilenas. Estandartes rojos, verdes, azules, rojine-

gros. Las Federaciones de Estudiantes con sus dirigentes a la cabeza.

Como un torrente de entusiasmo y combatividad, la marcha avanzó por Alameda. Una, dos, tres, cinco, muchas más cuadras de muchachos coreando consignas.


“¡La industria estatizada. . . jamás será entregada!”

Un muchacho de pelo largo dirige los gritos de una gruesa columna. Camina de espaldas, dando la cara a sus compañeros, haciéndose bocina con las manos. Es Jano Jiménez, vocal de la FECH. Tiene un vozarrón imponente:

—¡Los momios en Chile! —Y doscientas gargantas rugen al unísono: —¡NO PASARAN! . . . —¡Los vendepatrias! . . . —NO PASARAN! . . . —¡Los yanquis ladrones! . . . —¡NO PASARAN! . . . —¡Los sinvergüenzas! . . . —¡NO PASARAN!

Frente a la Biblioteca Nacional, el desfile se detiene por algunos momentos. Sube a un improvisado estrado el rubio vicepresidente de la FECH, “Maño” Riesco. En sus manos sostiene un megáfono.

— . . . En el día de ayer, un inmundo pasquín vendido al imperialismo ha tenido el descaro de pedirle al compañero Allende que se suicide. . . (Hay gritos indignados entre los jóvenes. “Maño” los calma y sigue en un tono in crescendo.)



**LLAMA: A PARAR EL FASCISMO Y
CON EL PROGRAMA REVOLUCIONARIO DE
MUP T 72**

No nos
moverán.





”Nosotros, los jóvenes, desde aquí, queremos decirles a esos desgraciados, a esos traidores, que se anden con cuidado... Han pretendido crear una crisis constitucional. Pues bien, si en el Congreso no logran reunir los dos tercios, que se olviden de su proyecto... , que se olviden... (Habla con garra y va creando una verdadera mística en la masa. Toma fuerzas para el final.) Porque el pueblo no vuelve atrás, el pueblo caminará siempre, y siempre hacia adelante, el pueblo... (Sus últimas palabras son ahogadas por las ovaciones y gritos de los jóvenes.)

El desfile entra por Ahumada. Son miles las personas que lo ven pasar, desde las aceras, desde los balcones. Hay aplausos, manifestaciones de solidaridad. Frente al Café Haití los gritos se redoblan. Dedos acusadores que apuntan... “¡Los que trafican con dólares!... ¡NO PASARAN!... ¡Los delincuentes de cuello y corbata!... ¡NO PASARAN!... ¡Los pichicateros!... ¡NO PASARAN!”

El desfile abarca ya quince cuadras. Nuevos manifestantes se incorporan. El final del desfile no dobla aún por Ahumada, cuando el frente de la columna empieza a bajar desde Plaza de Armas, por Estadó.

Y es precisamente en ese momento cuando un grupo de jóvenes obreros se bajan bulliciosa y alegremente de la micro que los llevaba a sus casas, y se incorporan al desfile.



LOS AUTORES: Lucho Abarca y Juan E. Forch son alumnos del cuarto año de la Escuela de Periodismo de la U. de Chile. Entre los dos tienen un término medio de veintitantos años y han trabajado juntos en la revista "Ramona", de la cual se ha obtenido parte del material que conforma "Viaje por la Juventud".

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de la
EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU LTDA.,
Av. Santa María 076, Santiago de Chile, en septiembre de 1972.

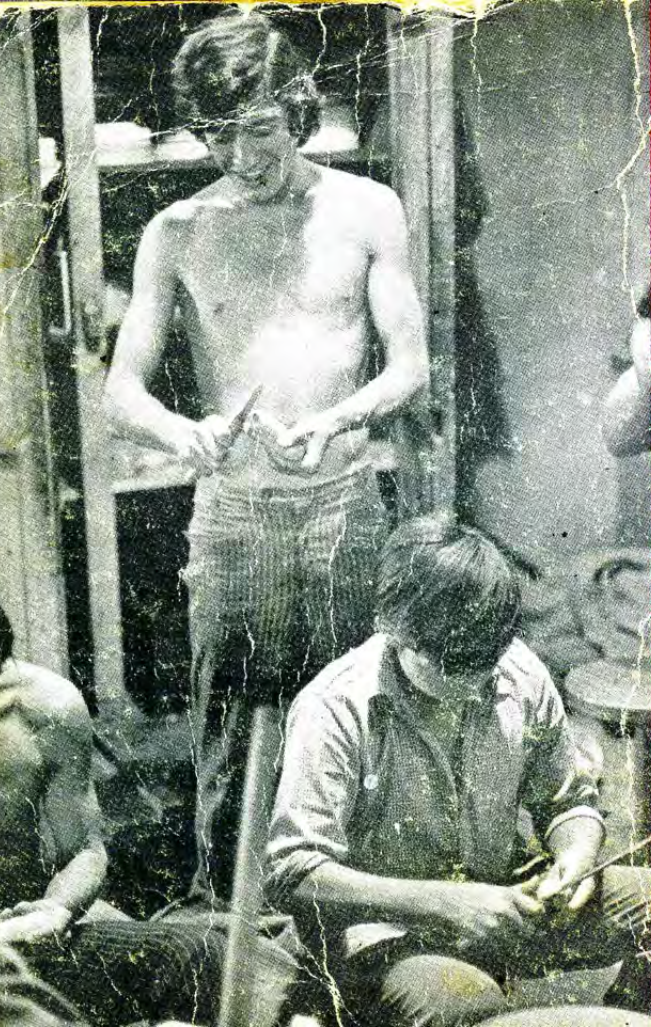
Director de la División Editorial: JOAQUIN GUTIERREZ
Jefe del Departamento: ALEJANDRO CHELEN ROJAS

Director de la Colección: HANS EHRMANN
Asesor: MARIO VERGARA
Diseño: PATRICIO DE LA O
Documentalista: HEBERT CORBO

Edición de 50.000 ejemplares; 1.º al 20.º millar. \$ 40.100.
Fotografías: Lucho Abarca, Juan E. Forch y Pool Fotográfico de Quimantú
Secretaría de la Redacción: Vinka Zamorano

INDICE

I	En un verano, dos mundos	7
II	La resplandeciente ociosidad	26
III	El esfuerzo de todos los días	49
IV	El empedrado camino del aprendizaje	74



COLECCION NOSOTROS LOS CHILENOS.

Volúmenes publicados:

1. Quién es Chile.
2. Así trabajo yo, tomo I.
3. La lucha por la tierra.
4. Historia del cine.
5. Así trabajo yo, tomo II.
6. Yo vi nacer y morir los pueblos salitreros.
7. Así trabajo yo, tomo III.
8. Los araucanos.
9. Chiloé, archipiélago mágico, tomo I.
10. Chiloé, archipiélago mágico, tomo II.
11. Historia de las poblaciones callampas.
12. Así trabajo yo, tomo IV.
13. Pintura social en Chile.
14. Historia de la aviación chilena.
15. Los terremotos chilenos, tomo I.
16. Los terremotos chilenos, tomo II.
17. Geografía humana de Chile.
18. Así trabajo yo, tomo V.
19. Niños de Chile.
20. Las grandes masacres.
21. Islas de Chile.
22. La mujer chilena.
23. Comidas y bebidas de Chile.
24. Viaje por la juventud.